

Nora Roberts

DOBLE IMAGEN

Título original: Dual image
© 1985 Nora Roberts

CAPÍTULO 1

Amanda entró en casa balanceando una bolsa de compra. Irradiaba felicidad. Del exterior le llegaba el trino de los pájaros que cantaban al sol de la primavera. Su alianza de oro brillaba a la luz. Llevaba apenas tres meses casada y estaba ansiosa por preparar una cena íntima para darle una sorpresa a Cameron. Las largas horas que pasaba en el hospital le impedían cocinar a menudo, a pesar de que, como cualquier recién casada, disfrutaba haciéndolo. Esa tarde le habían cancelado dos citas inesperadamente y pensaba preparar una cena refinada, laboriosa y memorable. Una cena para tomar con vino y velas.

Entró en la cocina canturreando, lo cual, siendo una mujer reservada, era una extraña muestra de emoción en ella. Sonriendo satisfecha, sacó de la bolsa una botella del borgoña preferido de Cameron. Leyó la etiqueta sonriendo al recordar la primera vez que compartieron una botella de vino. Cameron se había mostrado tan romántico, tan atento, tan perfecto para ella en ese momento de su vida...

Al echar un vistazo al reloj vio que aún quedaban cuatro horas para que su marido llegara a casa. Tiempo suficiente para preparar una cena exquisita, encender las velas y sacar la cristalería.

Primero, decidió, subiría al piso de arriba para quitarse el traje y los zapatos. Guardada tenía una finísima túnica de seda en difuminados tonos de azul. Esa noche no quería ser una psiquiatra, sino una mujer enamorada.

La casa estaba escrupulosamente limpia y decorada con gusto, cosas ambas que Amanda lograba sin esfuerzo. Al subir las escaleras su mirada se posó un momento en un jarrón de cristal Baccarat y de pronto deseó haber comprado flores. Tal vez llamara a la floristería para que le enviaran un ramo. Su mano se deslizaba suavemente por la barandilla brillante. Sus ojos, por lo general serios e incisivos, tenían una expresión soñadora. Empujó distraídamente la puerta del dormitorio.

Su sonrisa se heló, reemplazada por una expresión de completa perplejidad. Mientras permanecía de pie en el vano de la puerta, el color pareció desaparecer de sus mejillas. Sus ojos se agrandaron y se anegaron de dolor. De su boca solo salió una palabra acongojada.

—Cameron...

La pareja que yacía en la cama, unida en un abrazo apasionado, se separó de golpe. El hombre, de un atractivo blando, levantó la mirada asombrado. La mujer, felina, procaz, bellísima, sonrió con extrema lentitud. Casi podía oírsele ronronear.

—Vikki —Amanda miró a su hermana con ojos desencajados.

—Llegas pronto —había un ápice, tan solo un atisbo de burla en la voz, de su hermana. Cameron se apartó un poco más de su cuñada. —Amanda, yo...

En una fracción de segundo, el rostro de Amanda se contrajo. Con los ojos fijos en la pareja de la cama, rebuscó en el bolsillo de su chaqueta y sacó un pequeño revólver.

Los amantes la miraron anonadados y en silencio.

Ella apuntó fríamente y disparó. Una nube de confeti salió despedida del revólver.

—¡Ariel!

La doctora Amanda Lane Jamison, más conocida como Ariel Kirkwood, se volvió hacia su alterado director mientras la pareja de la cama y los miembros del equipo de grabación se partían de risa.

—Lo siento, Neal, no he podido resistirme. Es que Amanda siempre es la víctima —dijo dramáticamente mientras sus ojos danzaban—. Imagínate cómo subirían los índices de audiencia si perdiera la templanza y se liara a tiros.

—Mira, Ariel...

—O si hiere a alguien gravemente —continuó ella rápidamente—. ¿Y quién —agregó, gesticulando hacia la cama— se lo merece más que el sinvergüenza de su marido y la pérfida de su hermana? ,

Viendo que el equipo empezaba a aplaudir y a jalearla, Ariel hizo una reverencia y luego le entregó de mala gana el arma al director, quien había extendido la mano hacia ella.

—Tú —dijo él exhalando un suspiro resignado —eres una perfecta lunática y lo has sido desde que te conozco.

—Gracias por el cumplido, Neal.

—Esta vez vamos a grabar —le advirtió él, intentando contener la risa—. A ver si podemos acabar esta escena antes de irnos a comer.

Ariel descendió al piso bajo del decorado. Aguardó pacientemente mientras le retocaban el peinado y el maquillaje. Amanda siempre estaba impecable. Era ordenada, meticulosa, serena; o sea, completamente distinta de Ariel. Esta llevaba más de cinco años haciendo el papel de Amanda en el popular culebrón diurno *Nuestras vidas, nuestros amores*.

A lo largo de aquellos cinco años, Amanda se había licenciado con honores en la universidad, se había doctorado en Psiquiatría y se había convertido en una afamada terapeuta. Su reciente boda con Cameron Jamison parecía proyectada por los dioses. Pero, como cabía esperar, él era un arribista que se había casado con Amanda solo por su dinero y su posición social y que, en realidad, estaba más interesado por su hermana... y por la mitad de la población femenina de la ciudad ficticia de Trader's Bend.

Amanda estaba a punto de descubrir la verdad. El desarrollo argumental de la serie llevaba seis semanas apuntando hacia aquella revelación, y las cartas de los telespectadores llegaban a raudales. Tanto ellos como Ariel pensaban que ya era hora de que Amanda se enterara de que estaba casada con un crápula.

A Ariel, Amanda le caía bien. Sentía respeto por su integridad y su templanza. Cuando las cámaras rodaban, ella «era» Amanda. Aunque personalmente prefiriera pasarse un día en un parque de atracciones a asistir a una función de ballet, comprendía a la perfección las tribulaciones de la mujer a la que encarnaba.

Cuando se emitiera aquella escena, los espectadores verían a una mujer esbelta e impecable, con el pelo rubio pálido recogido hacia atrás en un sofisticado moño. Su tez era de porcelana, guapísima y dotada de una gélida belleza que evidenciaba una sexualidad inhibida. Tenía clase y estilo. Sus ojos, azules como lagos, y sus altos pómulos le conferían un aspecto de refinada elegancia. La boca, perfectamente perfilada, tenía tendencia a las sonrisas serias. Las cejas finamente enarcadas y un tanto más oscuras que el delicado rubio de su pelo, acentuaban el efecto de sus exuberantes pestañas. Una belleza impoluta y perfectamente serena: esa era Amanda.

Mientras aguardaba que llegara su turno, Ariel se preguntó vagamente si había apagado la cafetera esa mañana.

Hicieron de nuevo la escena de cabo a rabo y luego la repitieron una segunda vez al descubrir que a Vikki se le veía el bañador sin tirantes cuando se movía entre las sábanas. Después rodaron algunos primeros planos: la cámara enfocó el rostro pálido y desencajado de Amanda y sostuvo su imagen durante largos segundos de gran intensidad dramática.

—¡A comer!

De pronto se produjo un revuelo. Los adúlteros saltaron de la cama cada uno por un lado. Ataviado con un bañador, J. T. Brown, el marido de Ariel en la pantalla, la agarró por los hombros y le dio un largo y brusco beso.

—Mira, cariño—empezó a decidir, manteniéndose en su papel—, te lo explicaré todo más tarde. Confía en mí. Ahora tengo que llamar a mi agente.

—Caradura —dijo Ariel tras él con una sonrisa muy poco propia de Amanda. Luego tomó del brazo a Stella Powell, su hermana en la teleserie—. Ponte algo encima del bañador, Stella. Hoy no me siento capaz de tragar la comida de la cantina.

Stella se echó hacia atrás la melena rojiza.

—¿Invitas tú?

—Siempre gorroneando a tu pobre hermana —masculló Ariel—. Vale, invito yo, pero date prisa. Estoy que me muero de hambre.

Para ir a su camerino, Ariel tenía que salir del decorado y atravesar otros dos más: el quinto piso de un hospital y el cuarto de estar de los Lane, la familia de potentados de Trader's Bend. Le daban ganas de cambiarse de ropa y soltarse el pelo, pero, si lo hacía, tendría que pasar de nuevo por vestuario y maquillaje después de comer. Así pues, agarró su bolso, una especie de zurrón que resultaba un tanto incongruente junto al elegante traje de vestir de Amanda. Ya estaba pensando en una gruesa porción de *baklava* rociada con miel.

—Vamos, Stella —Ariel asomó la cabeza en el camerino contiguo al suyo mientras Stella se subía la cremallera de unos vaqueros ceñidos—. Me están rugiendo las tripas.

—Como siempre —replicó su compañera, poniéndose una gruesa sudadera—. ¿Adónde vamos?

—Al griego de la esquina.

Ariel echó a andar por el pasillo con su largo y bamboleante paso mientras Stella se apresuraba tras ella.

—¿Y mi dieta? —preguntó Stella.

—Tómate una ensalada —le dijo Ariel sin asomo de piedad. Giró la cabeza y miró a Stella de arriba abajo—. ¿Sabes?, si en la serie no llevaras siempre esa ropa tan provocativa, no tendrías que matarte de hambre.

Stella sonrió mientras salían por la puerta de la calle.

—Estás celosa.

—Sí. Yo siempre voy elegante y discreta. Tú eres la única que se divierte —al salir, Ariel inhaló una bocanada del aire de Nueva York. Le encantaba; siempre le había encantado, de un modo que normalmente quedaba reservado a los turistas. Ariel había vivido toda su vida en la larga y angosta isla de Manhattan y, con todo, sus calles seguían siendo una aventura para ella. Las vistas, los olores, los sonidos...

Hacía frío para mediados del abril y amenazaba lluvia. El aire era húmedo y olía a tubo de escape. En las calles y aceras reinaba el trasiego propio de la hora de la comida: todo el mundo iba deprisa, todos tenían asuntos importantes que atender. Un peatón lanzó una maldición y pegó un puñetazo al capó de un taxi que pasó rozando el bordillo de la acera. Una mujer con el pelo puntiagudo y naranja, calzada con botas de cuero negro, pasó a su lado dándole un empujón. Alguien había escrito un insulto sobre un cartel que anunciaba una comedia de éxito en Broadway. Pese a todo, Ariel se fijó en un vendedor callejero que vendía narcisos. Compró dos ramilletes y le dio uno a Stella.

—A ti no se te pasa nada por alto, ¿eh? —masculló Stella, hundiendo la cara entre las flores amarillas.

—Imagínate todo lo que me perdería si no prestara atención —contestó Ariel—. Además, es primavera.

Stella se estremeció y alzó la mirada hacia el cielo plomizo.

—Sí, ya.

—Vamos a comer —Ariel la agarró del brazo y tiró de ella—. Cuando te saltas una comida, no hay quien te aguante.

El restaurante estaba lleno de gente y de aromas. Especies y miel. Aceite y cerveza. Ariel, cuyos sentidos estaban siempre alerta, se empapó de aquella mezcla de olores antes de abrirse paso hasta la barra. Tenía una habilidad especial para pasar entre la multitud sin utilizar los codos ni pisar a nadie. Mientras avanzaba, mantenía los ojos y los oídos bien abiertos. No quería perderse ningún olor, ni la textura de una voz, ni los colores entremezclados de la comida. Mientras miraba tras el mostrador cubierto de cristal, saboreaba ya los manjares que allí se exponían.

—Queso fresco, una rodaja de piña y café... solo —dijo Stella dando un suspiro.

Ariel la miró con pena.

—Ensalada griega, *kebab* y una porción de *baklava*. Café con leche y azúcar.

—Das asco —le dijo Stella—. No engordas ni un gramo.

—Lo sé —Ariel se acercó a la caja—. Es una cuestión de control mental y vida sana —ignorando el áspero resoplido de Stella, pagó la cuenta y se abrió paso entre la gente hacia una mesa vacía. Llegó a ella al mismo tiempo que un hombre del tamaño de un armario ropero. Ariel se limitó a sostener la bandeja y a lanzarle una sonrisa radiante. El hombre irguió los hombros, metió tripa y le cedió el paso:

—Gracias —dijo Stella secamente, sabiendo que, si no lo ahuyentaba, Ariel invitaría a aquel tipo a sentarse con ellas, arruinando así cualquier posibilidad de mantener una conversación privada. Su amiga, pensó Ariel, necesitaba un ángel guardián.

Ariel hacía cosas que cualquier mujer en su sano juicio evitaría por principio. Hablaba con extraños, paseaba sola por la noche y abría la puerta sin echar la cadena. Y no porque fuera irresponsable o temeraria, sino porque sencillamente creía en la bondad de la gente. Y, de algún modo, la gente nunca la decepcionaba. Lo cual llenaba a Stella de perplejidad y preocupación.

—Lo de la pistola ha sido una de tus mejores salidas de toda la temporada —comentó Stella mientras pinchaba su ración de queso fresco—. Pensé que a Neal iba a darle un ataque.

—Neal necesita relajarse —dijo Ariel con la boca llena—. Está desquiciado desde que rompió con esa bailarina. ¿Y tú? ¿Sigues con Cliff?

—Sí —Stella alzó los hombros—. Pero no sé por qué. Lo nuestro no va a ninguna parte.

—¿Y adónde quieres que vaya? —preguntó Ariel—. Si tienes un objetivo, tendrás que ir tras él.

Stella esbozó una carcajada y empezó a comer.

—No todo el mundo va por la vida lanzándose de cabeza a la piscina como tú, Ariel. La verdad es que me asombra que nunca hayas tenido una relación seria.

—La razón es muy simple —Ariel clavó el tenedor en la ensalada y luego masticó lentamente—. Nunca he conocido a nadie que hiciera que me temblaran las piernas. En cuanto lo conozca, iré por él.

—¿Así, sin más?

—¿Por qué no? La vida no es tan complicada como la mayoría de la gente cree —echó una pizca de pimienta al *kebab*—. ¿Estás enamorada de Cliff?

Stella frunció el ceño. No por la pregunta, pues estaba acostumbrada a la franqueza de Ariel, sino por la respuesta.

—No sé. Puede ser.

—Entonces es que no lo estás —dijo Ariel con naturalidad—. El amor es una emoción muy concreta. ¿Seguro que no quieres cordero?

Stella no se molestó en contestar.

—¿Cómo lo sabes, si nunca te has enamorado?

—Tampoco he estado nunca en Turquía y sé dónde está.

Riendo, Stella tomó su taza de café.

—Maldita sea, Ariel, tú siempre tienes respuesta para todo. Háblame del guión.

—Oh, Dios —Ariel dejó su tenedor y, apoyando los codos en la mesa, cruzó las manos—. Es lo mejor que he leído en toda mi vida. Quiero ese papel. Y lo voy a conseguir —añadió con convicción—. Llevo mucho tiempo esperando un papel como el de Rae. Es una mujer despiadada —continuó, descansando la barbilla sobre las manos juntas—. Compleja, egoísta, fría, insegura—. —Un papel así... —se interrumpió, sacudiendo la cabeza—. ¡Y la historia! —añadió dejando escapar un largo suspiro mientras saltaba de un pensamiento al siguiente—. Es casi tan fría y despiadada como tú, pero te atrapa.

—Booth DeWitt —musitó Stella—. Se rumorea que para el papel de Rae se ha inspirado en su ex mujer.

—Pues él tampoco sale muy bien parado. Si lo que cuenta es cierto, la llevaba por la calle de la amargura. En cualquier caso —dijo, y comenzó a comer otra vez—, es el mejor papel que se me ha cruzado en el camino. Haré la prueba dentro de un par de días.

—Un telefilme —dijo Stella, pensativa—. Debe de ser una producción de calidad, con guión de De Witt y Marshall en la producción. Tendrás a nuestro productor a tus pies si consigues el papel. ¡Madre mía, qué tirón para el índice de audiencia!

—Ya ha estado tanteando el terreno —frunciendo el ceño, Ariel partió un pedazo de *baklava*—. Me ha mandado una invitación para ir a una fiesta en el piso de Marshall, esta noche. Se espera que también vaya De Witt. Por lo que he oído, es él quien, tiene la última palabra en la elección del reparto.

—Según dicen, le gusta controlarlo todo —dijo Stella—. ¿Porqué pones esa cara?

—Porque las relaciones públicas son como la lluvia en abril: sabes que es necesaria, pero aun así resulta molesta y engorrosa —se encogió de hombros, ahuyentando aquella idea, como hacía con todo lo inevitable. Al final, si los comentarios que circulaban sobre Booth De Witt eran ciertos, conseguiría el papel por sus propios méritos. Si había algo que le sobraba a Ariel era confianza. Siempre la había necesitado.

A diferencia de Amanda, el personaje que interpretaba en la teleserie, Ariel no había gozado durante su infancia de una situación económica desahogada. En su casa abundaba más el afecto que el dinero. Nunca lo había lamentado, como tampoco lamentaba la lucha cotidiana para llegar a fin de mes. Su madre había muerto cuando ella tenía dieciséis años y su padre se había sumido en un estado de postración que había durado casi un año. Ariel nunca había pensado que fuera demasiado joven para asumir la responsabilidad de atender una casa y criar a dos hermanos pequeños. No había nadie más para hacerlo. Había vendido maquillaje y perfumes en unos grandes almacenes para pagarse la universidad, mientras se ocupaba de la casa y aceptaba los papelitos que le iban ofreciendo. Habían sido años difíciles y agitados, y quizá fuera eso precisamente lo que le había proporcionado ese superávit de energía del que siempre hacía gala. Además de la convicción de que todo cuanto hubiera que hacer, podía hacerse.

—Amanda...

Ariel alzó la mirada y vio a una mujer madura, de corta estatura, que sostenía una bolsa de comida para llevar de la cual emanaba un penetrante olor a ajo. Ariel estaba acostumbrada a que la llamaran por el nombre de su personaje tanto como por el suyo, de modo que sonrió y extendió la mano.

—Hola.

—Soy Dorra Wineberger y quería decirte que eres tan guapa como en la tele.

—Gracias, Dorra. ¿Te gusta la serie?

—No me pierdo ni un capítulo —la mujer le sonrió y se inclinó un poco hacia ella—. Eres maravillosa, querida, y tan amable y paciente... Creo que alguien debería decirte que Cameron... no te conviene. Lo

mejor que puedes hacer es ponerlo de patitas en la calle antes de que le eche mano a tu dinero. Ya ha empuñado tus pendientes de diamantes. Y esta... —Dorra frunció los labios y miró a Stella—. ¿Por qué te molestas con ella después de los problemas que te ha dado? Si no hubiera sido por ella, Griff y tú os habríais casado, que era lo que teníais que hacer —lanzó a Stella una mirada ofendida—. Sé que vas detrás del marido de tu hermana, Vikki.

Stella intentó contener una sonrisa y, poniéndose en su papel, echó la cabeza hacia atrás y achicó los ojos.

—Los hombres se sienten atraídos por mí —dijo lenta y suavemente—. No pueden remediado.

Dorra sacudió la cabeza y volvió a mirar a Ariel.

—Vuelve con Griff —le aconsejó calurosamente—. Él te quiere, siempre te ha querido.

Ariel le devolvió el rápido apretón de manos.

—Gracias por su preocupación.

Las dos vieron alejarse a Dorra antes de volverse la una hacia la otra.

—A todo el mundo le gusta la doctora Amanda —dijo Vikki sonriendo—. Es prácticamente una santa.

—Y a todo el mundo le gusta odiar a Vikki —riendo, Ariel apuró su café—. Mira que eres mala..

—Sí —Stella dejó escapar un suspiro satisfecho—, lo sé —: masticó lentamente su piña, lanzando miradas melancólicas al plato de Ariel—. Pero siempre me parece muy raro que la gente me confunda con Vikki.

—Eso solo significa que haces bien tu trabajo —dijo Ariel—. Si te metes en la casa de la gente todos los días y no consigues suscitar en ellos ninguna emoción, es mejor que te dediques a otra cosa. A la física nuclear, o a aserrar maderos. Y hablando de trabajar... —añadió mirando su reloj.

—Lo sé... Oye, ¿vas a acabarte eso?

Riendo, Ariel le dio el resto de la *baklava* mientras se levantaban.

Eran más de las nueve cuando un taxi dejó a Ariel frente al edificio de P. B. Marshall en Madison Avenue. No le preocupaba llegar tarde porque no tenía conciencia de la hora. Nunca se llegaba tarde a un rodaje ni a una prueba, pero, cuando no estaba directamente relacionado con su trabajo, el tiempo era sencillamente algo que prefería disfrutar o ignorar.

Le dio una generosa propina al taxista, se metió la vuelta en el bolso sin contarla y, caminando bajo la fina llovizna, entró en el vestíbulo. Le pareció que el edificio olía como la sala de una 'funeraria. Había demasiadas flores y demasiado pulimento. Tras dar su nombre en el mostrador de seguridad, se subió en un ascensor y apretó el botón del ático. No le inquietaba particularmente la idea de adentrarse en los dominios de P. B. Marshall. Para Ariel, una fiesta era una fiesta. Confiaba en que sirvieran champán. Tenía un antojo de champán.

Le abrió la puerta un hombre de espalda tiesa y expresión circunspecta, vestido con un traje oscuro, que le preguntó su nombre con suave acento británico. Ella sonrió y él aceptó casi sin darse cuenta la mano que le tendía. Ariel se alejó del mayordomo dejando en el ánimo de este una impresión de vitalidad y erotismo que lo mantuvo desconcertado durante varios minutos. Ella tomó una copa de champán de una bandeja y, localizando a su agente al otro lado de la habitación, se acercó a ella.

Booth vio entrar a Ariel. Por un instante, le recordó a su ex mujer. El color del pelo y de la piel, la estructura ósea... Pero un instante después aquella impresión se desvaneció y de pronto se halló mirando a una joven cuyo cabello rizado, que caía descuidadamente más abajo de los hombros, parecía rociado de gotas de lluvia. Una cara preciosa, pensó. Sin embargo, su aspecto de reina de los hielos se disipó en cuanto se echó a reír. Su risa poseía brío y energía.

Qué extraño, pensó Booth, tan vagamente interesado en ella como lo estaba en la copa que sostenía. Dejó que sus ojos la recorrieran con la mirada y pensó que debía de ser muy delgada bajo los pantalones de pinzas y la blusa de corte cuadrado que llevaba. Pero, de serlo, habría exhibido su figura en lugar de ocultarla. Por lo que Booth sabía de las mujeres, estas procuraban acentuar sus encantos y ocultar sus defectos. Había llegado a aceptar aquel rasgo como algo propio de la innata deshonestidad femenina.

Booth dedicó a Ariel una última mirada mientras ella se ponía de puntillas para besar al protagonista de una producción de fuera de Broadway. Dios, odiaba aquellas largas y multitudinarias fiestas de pastel.

—...si elegimos a la protagonista femenina.

Booth se giró hacia P. B. Marshall y alzó su copa.

—¿Hmm?

Marshall, que estaba acostumbrado a los despistes de Booth, repitió:

—Podemos empezar a rodar la película y acabarla a tiempo para la temporada de otoño, si elegimos pronto a la actriz principal. Es prácticamente lo único que nos queda por hacer.

—A mí no me preocupa la temporada de otoño —replicó Booth secamente.

—Pero a la cadena, sí.

—Pat, elegiremos a Rae cuando la encontremos.

Marshall miró ceñudo su whisky y luego se lo bebió de un trago. Con sus más de cien kilos de peso, necesitaba varios vasos para empezar a sentir el efecto del alcohol.

—Ya has rechazado a tres actrices de primera fila.

—He rechazado a tres actrices que no servían —dijo Booth, y bebió de su vaso como un hombre que, conociendo los estragos del alcohol, mantenía relaciones cautelosas con él—. Reconoceré a Rae en cuanto la vea —sus labios se curvaron en una fría sonrisa—. ¿Quién iba a conocerla mejor que yo?

Marshall miró al otro lado de la habitación al oír una risa sonora y espontánea. Sus ojos se achicaron un instante, fija su atención en un punto.

—Ariel Kirkwood —le dijo a Booth, señalando con el vaso vacío—. Los directivos de la cadena pretenden recomendártela.

Booth observó a Ariel de nuevo. No parecía una actriz. Su entrada le había llamado la atención precisamente por su falta de efectismo. Aquella mujer poseía un aire de espontaneidad muy raro en su profesión. Llevaba en la fiesta el tiempo suficiente como para haberse hecho presentar a Marshall o a él, y sin embargo parecía contentarse con permanecer al otro lado de la habitación, bebiendo champán y flirteando con un actor en ciernes. Se movía con naturalidad, con una desenvoltura que no parecía una pose y que, sin embargo, resultaba sumamente fotogénica. Ariel le hizo una mueca ridícula al actor. El contraste entre su aspecto de reina de las nieves y su desenfado avivó la curiosidad de Booth.

—Preséntamela —le dijo, este a Marshall, y se dirigió al otro lado de la habitación.

Ariel no podía ponerle ninguna pega al gusto que demostraba Marshall para la decoración. El ático estaba decorado con estilo, en elegantes tonos de dorado y crema. La alfombra era gruesa; las paredes, lacadas. Ariel reconoció la litografía firmada que había a sus espaldas. Sabía que Amanda habría disfrutado en una habitación como aquella. A Ariel le agradaba hallarse allí de visita. Pero sería incapaz de vivir en un lugar así. Se rió cuando Tony le recordó el curso de improvisación al que ambos habían asistido un par de años antes.

—Y tú empezaste a decir palabrotas para asegurarte de que todos estaban despiertos —le recordó ella, tirándole de la perilla.

—Y funcionó. ¿Qué causa has enarbolado esta semana, Ariel?

Ella alzó las cejas mientras se bebía su *champán*.

—Yo no tengo causas semanales.

—Quincenales, entonces —se corrigió él—. Asociación de Amigo de las Focas, Salvad a las Mangostas... ¿En qué estás metida ahora?

Ella sacudió la cabeza.

—En una cosa que me ocupa mucho tiempo. Pero no puedo hablar de ello.

La sonrisa de Tony se desvaneció. Conocía aquel tono.

—¿Algo importante?

—Vital.

—Bueno, Tony —Marshall palmeó la espalda del joven actor—, me alegra que finalmente hayas podido venir.

Tony se puso alerta, aunque muy sutilmente.

—Es una suerte que haya celebrado la fiesta la noche que cerraba el teatro, señor Marshall. ¿Conoce a Ariel Kirkwood? —puso una mano sobre el hombro de Ariel—. Nosotros nos conocemos desde hace muchísimo tiempo.

—He oído hablar muy bien de usted —Marshall le tendió la mano.

—Gracias —Ariel le sostuvo la mano un momento mientras ordenaba sus impresiones. Aquel hombre era un triunfador con debilidad por la comida y dotado de una amabilidad que utilizaba según las conveniencias. Era, además, astuto. Aquella combinación gustó a Ariel—. Sus películas son excelentes, señor Marshall.

—Gracias —contestó él e hizo una pausa, esperando que ella continuara con sus halagos. Al ver que Ariel no decía nada más, se giró hacia Booth—. Booth DeWitt, Ariel Kirkwood y Tony Lazaros.

—He visto su función —le dijo Booth a Tony—. Conoce usted muy bien su papel —fijó su mirada en Ariel—. Señorita Kirkwood.

«Qué ojos tan desconcertantes», pensó ella, «de un verde tan límpido y nítido, en un rostro tan distante».

DeWitt irradiaba frialdad, ciertas trazas de amargura e inteligencia a raudales. Saltaba a la vista que no le preocupaban en exceso las tendencias de la moda. Tenía el pelo abundante y oscuro, y un poco más largo de lo que dictaba la moda. Ariel pensó que le sentaba bien a su cara. Pensó que tenía una cara propia del siglo XIX: fina y docta, con un toque de aspereza y una boca severa. Su voz era grave y atrayente, pero pose a cierta crispación que delataba su impaciencia. Ariel pensó que tenía ojos de un observador y el aire de un hombre que no toleraba ni intromisiones ni confianzas. Ignoraba si le gustaba o no, pero estaba segura de admirar su trabajo.

—Señor DeWitt —su palma tocó la de él. La mano de DeWitt era fuerte, como Ariel esperaba. Había fortaleza en su complexión, en su elevada estatura y en su cuerpo fibroso, y también en su rostro. Su apretón de manos era asimismo distante, pero eso Ariel también lo esperaba—. Me gustó mucho *La última campana*. Fue la película que más me gustó el año pasado.

Él ignoró su comentario y siguió escrutando su cara. Ariel, su olor, su físico, exudaban erotismo. No un erotismo agresivo, ni tampoco huidizo, sino diáfano y libre.

—Me parece que no estoy familiarizado con su trabajo.

—Ariel encarna a la doctora Amanda Lane Jamison en *Nuestras vidas, nuestros amores* —dijo Tony.

«Cielo santo, un culebrón», pensó Booth.

Ariel percibió su leve expresión desdeñosa. Pero eso también lo esperaba.

—¿Tiene alguna objeción de carácter moral en contra de las teleseries, señor DeWitt? —dijo con naturalidad antes de beber un sorbo de *champán*—. ¿O solo es un *esnob* con ínfulas de artista? —sonrió mientras hablaba, lanzando aquella rápida y deslumbrante sonrisa que quitaba el aguijón a sus palabras.

A su lado, Tony se aclaró la garganta.

—Perdonen un minuto —dijo, e hizo mutis por la izquierda.

Marshall masculló algo acerca de que necesitaba otra copa.

Una vez solos, Booth siguió observando la cara de Ariel. Aquella mujer se estaba riendo de él. Booth no recordaba cuándo había sido la última vez que alguien había tenido el valor o la ocasión de hacer tal cosa. No sabía si ello lo molestaba o si picaba su curiosidad. Pero al menos ya no estaba como hacía media hora. Es decir, aburrido.

—No tengo ningún prejuicio moral en contra de las teleseries, señorita Kirkwood.

—Ah —ella bebió *champán*. El brillo del zafiro que llevaba en el dedo pareció reflejarse en sus ojos—. Un *esnob*, entonces. En fin, está en su derecho, como todo el mundo. Puede que podamos hablar de otra cosa. ¿Qué opinión le merece la política exterior de la actual administración?

—Una opinión ambivalente —murmuró él—. ¿Qué clase de personaje encarna?

—Uno excelente —sus ojos siguieron danzando—. ¿Qué le parece el programa espacial?

—Me preocupa más el planeta en el que vivo. ¿Cuánto tiempo lleva en la serie?

—Cinco años —ella sonrió a alguien al otro lado de la habitación y alzó una mano.

Booth volvió a mirarla cuidadosamente y, por primera vez desde que había llegado a la fiesta, sonrió. Aquella sonrisa embelleció su rostro, aunque eso no le hiciera parecer más accesible.

—No le apetece hablar de su trabajo, ¿eh?

—No especialmente —Ariel le devolvió una franca sonrisa. Algo que creía dormido se agitó levemente en el interior de Booth—. Sobre todo, con alguien que lo desprecia. Dentro de un momento me preguntará si he pensado dedicarme a algo más serio, y yo probablemente tendré que ponerme desagradable. Y mi agente me ha aconsejado que me muestre encantadora con usted.

Booth percibió la sencillez que irradiaba de ella y sintió recelo.

—¿Es eso lo que está haciendo?

—En este momento no estoy trabajando —replicó Ariel—. Y, además —apuró su *champán*—, con usted no es fácil mostrarse encantadora.

—Veo que es usted observadora —dijo Booth—. ¿También es buena actriz?

—Sí, lo soy. No merece la pena dedicarse a algo si no se hace bien. ¿Qué me dice de los deportes? —ella balanceó su vaso vacío—. ¿Cree que los Yankis tienen alguna oportunidad este año?

—Si refuerzan el medio campo... —no era una mujer cualquiera, decidió Booth. Cualquier otra actriz que optara a un papel protagonista en uno de sus filmes, lo habría cubierto de halagos y habría enumerado

todos sus trabajos delante de un cámara—. Ariel... —Booth tomó una copa de *champán* de la bandeja de un camarero que pasaba por allí y se la tendió a Ariel—. El nombre le sienta bien. Una sabia elección.

Ella sintió una nítida punzada de emoción que parecía proceder del modo en que él pronunciaba su nombre.

—Se lo diré a mi madre.

—¿No es un nombre artístico?

—No. Mi madre estaba leyendo *La tempestad* cuando se puso de parto. Es una mujer muy supersticiosa. De haber sido niño, me llamaría Próspero —encogiéndose levemente de hombros, Ariel bebió un sorbo de *champán*—. Bueno, Booth —empezó, decidiendo que ya era hora de tuteado—. ¿No deberíamos hablar de una vez por todas del hecho de que, como ambos sabemos, dentro de un par de días haré una prueba para el papel de Rae? Y te advierto que pienso hacerme con él.

Él asintió. Aunque la sinceridad de aquella mujer resultaba refrescante, aquello se parecía más a lo que esperaba de ella.

—Entonces, te diré con franqueza que no eres el tipo que estoy buscando.

Ella enarcó una ceja sin mostrar disconformidad.

—¿Ah, no? ¿Yeso por qué?

—Para empezar, eres demasiado joven.

Ella se echó a reír: una risa desenvuelta y fresca que parecía perfectamente natural y que, sin embargo, suscitó de nuevo el recelo de Booth.

—Supongo que ahora me toca decir que puedo aparentar más edad.

—Tal vez. Pero Rae es una mujer dura. Dura como una piedra —alzó su copa sin apartar los ojos de ella—. Tú tienes demasiados puntos flacos. Se te nota en la cara.

—Porque esta es mi cara. Y todavía no he hecho de mí misma delante de una cámara —hizo una pausa mientras una idea circulaba por su cabeza—. Y, ahora que lo pienso, creo que no me importaría interpretarme a mí misma.

—¿Una actriz es alguna vez ella misma?

Los ojos de Ariel volvieron a clavarse en él.

Booth la escrutó de nuevo con una fijeza que la mayoría de la gente habría encontrado perturbadora. Ariel sintió de nuevo una punzada de emoción, pero aceptó aquella mirada porque provenía de él.

—No tienes en gran estima a las actrices, ¿eh?

—No —por alguna razón que no se cuestionó, Booth se sintió impulsado a ponerla a prueba. Le apartó un mechón de pelo. Era suave; sorprendentemente suave—. Eres preciosa —murmuró.

Arielladeó la cabeza mientras lo observaba.

Los ojos de él no habían perdido su franqueza.

A Ariel le habría complacido aquel cumplido de no saber que era calculado. Así pues, se sintió defraudada.

—¿Y?

Él frunció el ceño.

—¿Y?

—Ese comentario suele conducir inexorablemente a otro. Siendo escritor, sin duda tendrás alguno guardado en la manga.

Él dejó que sus dedos le rozaran el cuello.

Ariel sintió su fuerza y el descuido de su gesto.

—¿Cuál te gustaría que fuera?

—Uno sincero —le dijo Ariel llanamente—. Pero como sé que eso no es posible, ¿por qué no olvidamos el asunto? Phil, tu personaje, es un hombre áspero, desconfiado y de sangre fría. Me parece que te has retratado muy bien a ti mismo —alzó la copa una última vez y decidió que era una lástima que Booth tuviera tan pobre opinión de las mujeres, o quizá de la gente en general—. Buenas noches, Booth.

Cuando ella se alejó, Booth se quedó observándola un instante antes de romper a reír. En ese momento, no se le ocurrió que aquella era la primera risa espontánea que profería en casi dos años. Ni siquiera se le ocurrió que se estaba riendo de sí mismo.

No, Ariel Kirkwood no era su Rae, pensó, pero era una buena actriz. Muy, muy buena. Tendría que acordarse de ella.

CAPÍTULO 2

De pie junto a los amplios ventanales del despacho de Marshall, Booth observaba el tráfico de Nueva York. A aquella altura se sentía separado de la ciudad, del ajetreo y de la energía que irradiaban sus calles y aceras. Le agradaba sentirse desvinculado de todo aquello. Los vínculos suponían una implicación que le resultaba molesta.

Ninguna de las actrices a las que habían entrevistado en las dos semanas anteriores se acercaba siquiera a lo que buscaba. Él mejor que nadie sabía lo que quería para el papel de Rae. Había empezado a escribir el guión de aquella película dejándose llevar por un impulso. Había sido una especie de terapia, pensó con una agria sonrisa. Más barato que un psiquiatra y mucho más satisfactorio. Su única intención entonces era acabar el guión, purgarse y guardarlo en un cajón. Pero luego se había dado cuenta de que era el mejor trabajo que había hecho. Quizá la ira fuera la décima musa. En cualquier caso, él que fuera exponer las miserias propias a ojos del gran público, no pensaba arrumbar en un cajón su mejor obra. Y dado que iba a llevar el guión a la pantalla, quería hacerlo bien.

Había creído que sería difícil encontrar al actor que encarnaría a Phil, el personaje en el que se había plasmado a sí mismo. Sin embargo, dar con él había resultado sorprendentemente sencillo. El eje de la historia no era Phil, sino en Rae, y esta era un reflejo dolorosamente preciso de su ex mujer, Elizabeth Hunter, una actriz soberbia, una celebridad condescendiente, una mujer sin un ápice de espontaneidad.

Su matrimonio había empezado en un torbellino y había acabado en desastre. Booth no se consideraba inocente, pero culpaba ante todo a su credulidad. Había creído en la imagen que proyectaba Elizabeth, se había enamorado apasionadamente de la perfección de su rostro y su cuerpo. Podría haber disculpado sus fallos, sus defectos pronto puestos al descubierto. Pero jamás le perdonaría que lo hubiera utilizado. Y, con todo, Booth distaba aún de saber con certeza si culpaba a Liz por haberse aprovechado de él, o si se reprochaba a sí mismo haberlo permitido.

En cualquier caso, los tempestuosos cinco años de su matrimonio le habían proporcionado material para construir una historia dura y precisa que iba camino de convertirse en una elaborada producción televisiva. Y, además, habían infundido en él una arraigada desconfianza hacia las mujeres y, particularmente, hacia las actrices. Dos años antes, cuando al fin se había consumado la ruptura, Booth se había prometido que nunca volvería a mantener una relación con una mujer que tuviera talento para la interpretación. La honestidad, de existir, sería lo que buscara cuando estuviera preparado para enamorarse de nuevo.

Sus pensamientos retornaron a Ariel. Tal vez pensaba tanto en ella porque físicamente se parecía a Liz, aunque no estaba seguro de que esa fuera la razón. No había semejanza entre sus ademanes, la cadencia de su voz o su forma de vestir. Y el mayor contraste entre ellas parecía provenir de sus personalidades. Ariel no se había molestado en seducirlo, ni en llamar su atención siquiera. Y sin embargo había conseguido ambas cosas. Quizá simplemente abordara de forma distinta el atávico juego de la seducción.

Su falta de artificio le había gustado, aunque no se fiara de ella. Su risa ligera, sus ademanes carentes de afectación, su expresión espontánea... Hacía mucho tiempo que una mujer no le producía una impresión tan duradera. Una pena, pensó Booth, que no sirviera para el papel. Le habría venido bien un poco de distracción. Y algo le decía que Ariel Kirkwood era todo un entretenimiento.

—Yo sigo inclinándome por esa tal Julie Newman —Chuck Tyler, el director, tiró una fotografía sobre la mesa de Marshall—. Tiene presencia ante la cámara y su primera lectura fue muy buena.

Con la foto en la mano, Marshall se reclinó hacia atrás en su mullida silla de cuero. El sol que entraba a sus espaldas se derramaba sobre la foto y los anillos de oro que el productor lucía en ambas manos.

—También tiene un currículum impresionante.

—No —Booth no se molestó en volverse. Permaneció contemplando el flujo del tráfico. Por alguna extraña razón, se imaginó en su barco, en Long Island Sound, haciéndose a la mar—. Le falta elegancia y le sobra vulnerabilidad.

—Puede meterse en el papel, Booth —dijo Marshall, mostrando impaciencia.

—No, no sirve.

Marshall se metió automáticamente la mano en el bolsillo, buscando el tabaco que había dejado un mes antes. Masculló una maldición en voz baja.

—Nos estamos quedando sin tiempo y sin opciones.

Booth se encogió de hombros con indiferencia. Sí, deseaba hallarse navegando, con el pecho desnudo, el sol en la espalda y el azul del agua hiriéndole los ojos. Deseaba estar solo.

Marshall dejó escapar un profundo suspiro al oír el pitido del interfono y se inclinó hacia delante para contestar.

—La señorita Kirkwood está aquí, señor Marshall.

Marshall profirió un gruñido, abrió la carpeta que había enviado la agente de Ariel y se la pasó a Chuck.

—Dígame que pase.

—Kirkwood —dijo Chuck, frunciendo el ceño sobre la fotografía de Ariel—. Kirkwood... Ah, sí, la vi el verano pasado en una producción alternativa de *Un tranvía llamado deseo*.

Vagamente interesado, Booth giró la cabeza hacia atrás.

—¿Hacía el papel de Stella?

—No, de Blanche —dijo Chuck, revisando el currículum de Ariel.

—¿De Blanche DuBois? —Booth dejó escapar una breve risa mientras se giraba del todo—. Pero si es quince o veinte años más joven que ese personaje.

Chuck se limitó a alzar los ojos.

—Pues lo hacía bien —dijo con sencillez—. Muy bien. Y, por lo que he oído, también lo hace muy bien en la serie. No hace falta que te diga cuántas estrellas empezaron así.

—No, no hace falta —Booth se sentó descuidadamente en el brazo de un sillón—. Pero, si lleva cinco años haciendo el mismo papel, o bien no es lo bastante buena como para trabajar en un largometraje o en una producción teatral importante, o bien carece completamente de ambición. Y, dado que es actriz, yo apostaría que se trata de lo primero.

—Tú sigue sacándole punta a tu cinismo —dijo Marshall—. Te sienta bien.

Booth le lanzó una de sus raras sonrisas, una de esas sonrisas que aparecían tan pronto como se iban y que dejaban a su interlocutor asombrado y confuso.

Ariel captó su sonrisa al entrar en el despacho, y al verla la opinión que se había formado de él empezó a mejorar. Se le pasó por la cabeza, tan fugazmente como aquella sonrisa había atravesado el rostro de Booth, que tal vez tuviera ciertas cualidades que lo redimieran. Ella siempre estaba dispuesta a creer en la bondad ajena.

—Señorita Kirkwood —Marshall se incorporó con dificultad y le tendió la mano.

—Señor Marshall, me alegro de volver a verlo —escudriñó rápidamente la habitación y su mirada se detuvo un instante en Booth, que seguía sentado en el brazo del sillón—. Su despacho es tan impresionante como su casa.

Booth aguardó mientras presentaban a Ariel y a Chuck. Advirtió que ella iba vestida con extrema sencillez. Con engañosa sencillez, teniendo en cuenta los pañuelos de vivos colores que se había atado, retorcidos, alrededor de la cintura del vestido azul. Violeta, esmeralda y rosa salvaje. Una combinación atrevida y asombrosamente efectiva. Llevaba el pelo suelto, lo que le confería un aire de juventud y descaro que no casaba con el personaje que debía interpretar. Booth sacó distraídamente un cigarrillo y lo encendió.

—Booth —Ariel le lanzó una leve sonrisa antes de mirar el cigarrillo—, eso te matará.

Él dio una calada y expelió el humo lentamente.

—Puede ser —ella llevaba el mismo perfume sensual y penetrante que Booth había percibido la noche de la fiesta. Booth se preguntaba por qué aquel perfume parecía al mismo tiempo cuadrar y contrastar con ella. Aquella mujer resultaba fascinante. Y, aparentemente, sin esfuerzo alguno—. Yo te daré la réplica —continuó, tomando una copia del guión—. Vamos a hacer la escena de la discusión del tercer acto. ¿La conoces?

«Qué profesional», pensó Ariel. «¿Es que nunca se relaja? ¿Nunca le apetece tomarse un respiro?» Aunque ella rara vez se crispaba, advertía la tensión de Booth y se preguntaba a qué se debía. Los nervios que ella sentía se limitaban a un leve nudo deslizante en el centro de su estómago. Tenía localizado aquel nudo y sabía que, en todo caso, la ayudaría a superar la prueba.

—Sí, la conozco —dijo, aceptando otra copia del guión.

Booth dio una última calada a su cigarrillo y lo apagó.

—¿Quieres que ensayemos primero?

—No —Ariel tenía ahora las palmas húmedas.

Bien. No quería relajarse; sabía que la excitación aguzaba su talento. Respiró hondo y hojeó el guión hasta que encontró la escena. No era una escena fácil. Llegaba al fondo del personaje, a su ambición egoísta y su gélida sexualidad. Se tomó un minuto para prepararse.

Booth la observaba. Parecía más una muchacha ingenua que una mujer calculadora y autoritaria, pensó, y casi lamentó que no hubiera lugar para ella en la película. Entonces Ariel alzó la mirada y lo pasó con una fría y despiadada sonrisa que lo llenó de perplejidad.

—Siempre fuiste un idiota, Phil, pero un idiota con éxito. Sin embargo resultabas aburrido tan pocas veces que apenas merece la pena mencionarlo.

El tono, los ademanes, incluso la expresión eran tan precisos que Booth no supo cómo reaccionar. Por un instante, se olvidó de Ariel y sintió un nudo en el estómago, no de atracción, ni de admiración, sino de ira: una ira totalmente inesperada y real. No tuvo que mirar el guión para recordar su réplica.

—Eres tan transparente Rae... Me asombra que logres engañar a todo el mundo.

Ariel profirió una risa tan hermosa que los tres hombres sintieron un escalofrío.

—Me gano la vida engañando a la gente. Todo el mundo quiere ilusiones. Incluido tú. Y eso es lo que yo os doy.

Estirándose suave y lentamente, Ariel se pasó una mano por la melena y luego la dejó caer. El pálido oro de su pelo brilló a la luz de la mañana. Aquel era uno de los gestos más característicos de Liz Hunter.

—Actuando conseguí salir de la mísera ciudad de Missouri en la que tuve la desgracia de nacer, y actuando me he abierto camino hasta la cumbre. Tú me fuiste de gran ayuda —se acercó a él con aquella leve y fría sonrisa aún en los labios y en los ojos. Con un gesto elocuente, le pasó la mano por la mejilla—. Y fuiste recompensado. Con creces.

Phil la agarró de la muñeca y le apartó la mano. Ariel se limitó a alzar una ceja al percibir la violencia de aquel movimiento.

—Tarde o temprano tropezarás —le advirtió él.

Ella ladeó la cabeza y dijo suavemente:

—Cariño, yo nunca tropiezo.

Booth se levantó despacio. Su semblante habría hecho temblar a cualquier mujer. Ariel se limitó a alzar la mirada hacia él con la misma expresión de sorna. Fue él quien tuvo que obligarse a mantener la calma.

—Muy bien, Ariel Kirkwood —Booth tiró a un lado el guión.

Ella sonrió, comprendiendo instintivamente que había vencido. Dejó escapar un largo suspiro y casi sintió que Rae salía de ella.

—Gracias. Es un papel impresionante —añadió, notando que su estómago se relajaba—. Realmente impresionante.

—Se nota que se ha documentado —murmuró Marshall desde detrás de su mesa. Dado que conocía a Elizabeth Hunter, la lectura de Ariel le había producido un molesto desasosiego. Y, dado que también conocía a Booth, sabía sin asomo de duda lo que sentía en ese momento el creador de Rae—. ¿Estará disponible si hubiera que repetir la prueba?

—Desde luego.

—Vi su Blanche DuBois, señorita Kirkwood —dijo Chuck—. Quedé muy impresionado, igual que ahora.

Ella le lanzó una sonrisa sin afectación, a pesar de que era consciente de que Booth todavía la estaba mirando. Si había logrado turbado, la prueba había ido mejor de lo que esperaba.

—Ese papel ha sido mi mayor reto hasta ahora —Ariel deseaba salir de allí, caminar, tomar el aire, saborear la victoria que sentía al alcance de la mano—. En fin, gracias otra vez —se apartó el pelo mientras miraba de nuevo a los tres hombres—. Espero recibir noticias tuyas muy pronto.

Mientras se dirigía al ascensor, le daba miedo pensar que lo había hecho bien y más aún pensar que lo había hecho mal. Hasta ese momento, no había querido detenerse a considerar lo mucho que deseaba aquel papel y lo que podía significar para ella. No carecía de ambición, pero había decidido dedicarse a la interpretación y seguir en ella por amor a su trabajo. Y por el desafío que suponía para ella. Encajar el papel de Rae le serviría en bandeja todo cuanto deseaba.

Al entrar en el ascensor, tema las palmas secas y el corazón le latía con fuerza. No oyó acercarse a Booth.

—Me gustaría hablar contigo —Booth entró con ella en el ascensor y apretó el botón del vestíbulo.

—Está bien —ella dejó escapar un suspiro —se apoyó en la pared del ascensor—. Dios, cuanto me alegro de que se haya acabado. Me muero de hambre. No hay nada que me dé más hambre que hacer una prueba.

Booth intentó identificar a aquella mujer que le sonreía con ojos cálidos y vivos con la mujer con la que acababa de intercambiar unas líneas. Pero no pudo. Ariel era mejor actriz de lo que él pensaba y, por lo tanto, mucho más peligrosa.

—Ha sido una lectura excelente.

Ella lo miró con curiosidad.

—¿Por qué tengo la sensación de que acabas de insultarme?

Las puertas del ascensor se abrieron. Booth esperó un momento y luego asintió.

—Creo que ya te he dicho que eres muy perspicaz.

Los finos tacones de Ariel tamborilearon en el suelo de baldosas cuando cruzaron el vestíbulo. Booth notó que un par de cabezas se giraban para mirarla. Ella pareció no notarlo.

—¿Por qué trabajas en televisión?

Ariel le lanzó una mirada de reojo antes de echar a andar por la calle en dirección norte.

—Porque tengo un buen papel en una serie entretenida y bien escrita. Eso para empezar. Además, es un trabajo fijo. Los actores, cuando estamos sin trabajo, tenemos— que servir mesas, lavar coches o vender tostadoras y, por lo general, nos deprimimos. Y aunque las tres primeras opciones no me desagradan especialmente, odio la cuarta. ¿Has visto alguna vez un capítulo de la serie?

—No.

—Entonces, no deberías arrugar la nariz —se detuvo frente a un puesto callejero y aspiró el aroma de los panecillos calientes—. ¿Quieres uno?

—No —repitió Booth, metiéndose las manos en los bolsillos. Sexualidad, sensualidad... Ariel parecía derramar ambas cosas mientras permanecía junto al puesto de panecillos en la acera atestada de gente. Booth seguía mirándola cuando dio ávidamente el primer mordisco.

—Podría vivir a base de panecillos —le dijo ella con la boca llena y una expresión divertida en los ojos—. La buena alimentación es muy recomendable, pero durísima de soportar. A mí me gusta ignorarla durante largos periodos de tiempo. Vamos a dar un paseo —sugirió—. Yo, cuando estoy nerviosa, necesito andar. ¿Tú qué haces?

—¿Cuándo?

—Cuando estás nervioso —explicó Ariel.

—Escribir —se puso a su paso mientras el grueso de los peatones pasaba apretándose a su lado.

—Y, cuando no estás nervioso, también escribes —dijo Ariel antes de darle otro mordisco al panecillo—. ¿Siempre has sido tan eficiente?

—Es un trabajo fijo —replicó él, y ella se echó a reír.

—Muy ingenioso. Creía que no ibas a gustarme, pero tienes sentido del humor, aunque sea un tanto seco —Ariel se detuvo junto a otro puesto y compró un ramillete de violetas. Aspiró hondo y cerró los ojos—. Qué maravilla —murmuró—. Siempre pienso que la primavera es lo mejor del mundo, hasta que llega el verano. Luego me enamoro del calor hasta que llega el otoño. Y después del otoño, hasta que llega el invierno —riendo, miró a Booth a los ojos por encima de las violetas—. También suelo parlotear sin ton ni son cuando estoy nerviosa.

Cuando bajó las flores, Booth la tomó de la muñeca sin la violencia que había usado durante la audición, pero con la misma intensidad.

—¿Quién eres? —preguntó—. ¿Quién demonios eres?

Ella perdió la sonrisa, pero no se apartó.

—Ariel Kirkwood. Puedo ser muchas otras personas cuando estoy delante de una cámara o en un escenario, pero, cuando la función se acaba, soy Ariel Kirkwood. Nada más. ¿Buscas complicaciones?

—No tengo por qué buscarlas. Siempre están ahí.

—Qué extraño, yo no suelo encontrármelas —ella lo observó atentamente, con sus ojos francos y su límpida belleza. Booth sintió que algo se agitaba en su interior, pero no le concedió importancia—. Ven conmigo —sugirió ella, y lo tomó de la mano antes de que él pudiera decir nada.

—¿Adónde?

Ella echó hacia atrás la cabeza y señaló la imponente superficie vertical del Empire State Building. —A la cumbre —riendo, tiró de él hacia el interior del edificio—. Directos a la cumbre.

Booth miró a su alrededor con impaciencia mientras ella compraba las entradas para el mirador.

—¿Para qué?

—¿Es que siempre tiene que haber un motivo? —ella remitió las violetas en los pañuelos que llevaba enrollados a la cintura y le dio el brazo—. Me encantan estas cosas. La isla de Ellis, el ferry de Staten Island, Central Park... ¿Qué sentido tiene vivir en Nueva York si no las disfrutas? ¿Cuándo fue la última vez que viniste aquí? —su hombro oprimió el brazo de Booth al entrar en el ascensor lleno de gente.

—Creo que tenía diez años —a pesar de las apreturas y de la mezcla de olores, Booth percibió el olor dulce y salvaje de Ariel.

—Oh —Ariel lo miró, riendo—. Así que te has hecho viejo. Qué lástima.

Booth guardó silencio un momento y siguió observándola. Ariel parecía reírse constantemente. Reírse de él o de alguna broma privada que se guardaba para sí. ¿Se sentiría realmente tan a gusto con la vida y consigo misma?

Entonces él preguntó:

—¿Acaso no nos hacemos todos viejos?

—Claro que no. Todos crecemos, pero lo de más es una elección personal —salieron de un ascensor y entraron en el que debía llevarlos a la azotea.

Le gustaba aquel hombre, se dijo Ariel mientras permanecía junto a Booth. Le gustaban su carácter serio y reflexivo y su sentido del humor seco y reticente. Sin embargo, debía pensar en el personaje de la película. Tendría que separar cuidadosamente sus sentimientos respecto a uno y otro. Pero ella nunca había tenido problemas para separar a la mujer de la actriz.

De momento, la prueba se había acabado y tenía la tarde libre. Estaba de buen humor y tenía a su lado a un hombre al que deseaba estudiar más de cerca: El día no podía: ofrecerle nada mejor.

Los puestos de recuerdos estaban llenos de gente de diferentes países y lenguas. Ariel decidió comprarse algo absurdo cuando se fueran. Sorprendió a Booth mirando a su alrededor con los ojos ligeramente entornados. Un observador, pensó ella, asintiendo levemente con admiración. Ella también lo era, aunque tal vez en distinto grado. Él sin duda diseccionaba, analizaba y clasificaba. Ella se limitaba a disfrutar del espectáculo.

—Vamos fuera —sugirió Ariel, tomándolo de la mano de nuevo—. Es una maravilla —empujando la pesada puerta, recibió riendo el primer golpe del viento. Sin soltar la mano de Booth, se acercó apresuradamente al poyete para mirar Nueva York.

Ella nunca veía la ciudad como un damero, como hacían muchos desde aquella altura, sino como algo real que podía palparse y olerse desde cualquier distancia. Cuando estaba allí, le parecía que podía conseguir todo lo que quisiera.

—Me encantan las alturas —se inclinó hacia delante todo lo que pudo y sintió la fuerte corriente de aire que giraba en torbellino a su alrededor—. Las alturas de vértigo y el viento. Si pudiera, vendría aquí todos los días. Nunca me canso de esto.

Booth siguió dándole la mano, a pesar de que por lo general habría evitado semejante muestra de intimidad. La piel de Ariel era tersa y fina; el aire áspero sonrojaba su rostro y desordenada su pelo. Sus ojos, pensó, eran demasiados vívidos, demasiado exultantes. Una mujer así sin duda exigía emociones exacerbadas a quienquiera que tocara. Esta vez, Booth no consiguió ignorar tan fácilmente la leve agitación que sentía. Apartó deliberadamente la mirada de ella y bajó los ojos.

—¿Por qué no el World Trade Center? —preguntó él, paseando la mirada por la isla en la que vivía.

Ariel sacudió la cabeza.

—No es como esto. Nada lo es. Igual que solo hay una torre Eiffel, un Gran Cañón, o un Laurence Olivier —no se molestó en apartarse el pelo de la cara al ladear la cabeza hacia él—. Todos ellos son espectaculares y únicos. ¿A ti qué te gusta, Booth?

Una familia pasó riendo a su lado. La madre se sujetaba las faldas y el padre llevaba en brazos a un bebé. Booth los vio pasar y miró por encima del muro.

—¿En qué sentido?

—En todos —dijo Ariel—. Si hoy hubieras podido disponer de tu tiempo, ¿qué habrías hecho?

—Salir a navegar —dijo él, recordando aquel instante en el despacho de Marshall—. Estaría navegando en el Sound.

La curiosidad brilló en los ojos de Ariel, como parecían brillar todas sus emociones e ideas.

—¿Tienes un barco?

—Sí, pero no puedo dedicarle mucho tiempo.

«No quieres dedicarle mucho tiempo», se dijo ella para sus adentros.

—Una afición solitaria. Es admirable —ella se dio la vuelta y se apoyó de espaldas en el poyete para mirar a la gente que flanqueaba el mirador. El viento le pegaba el vestido al cuerpo, revelando la elegancia de sus formas—. A mí normalmente no me gusta estar sola —murmuró—. Necesito el contacto con otras personas, el contraste. No hace falta que las conozca. Me conformo con saber que están ahí.

—¿Por eso eres actriz? —ahora permanecían cara a cara, muy cerca, como si fueran amigos. A Booth aquello le pareció extraño. Sin embargo, no sentía deseos de apartarse—. ¿Para tener un público?

La expresión de Ariel se tomó pensativa, pero, al sonreír, pareció aligerarse.

—Eres un hombre muy cínico, ¿lo sabías?

—Es la segunda vez que me lo dicen hoy.

—No importa. Seguramente te viene bien para tu obra. Sí, actúo para tener un público —continuó ella—. No voy a negar que soy vanidosa, pero creo que en primer lugar actúo para mí misma —alzó la cara para que le diera el aire—. Esta es una profesión maravillosa. ¿Cómo, si no, podría ser gente tan distinta? Una princesa, una mendiga, una víctima, una pobre desgraciada... Tú escribes para que te lean, pero ¿no escribes en primer lugar para expresarte?

—Sí —él sintió algo extraño, casi perturbador: una dilatación de los músculos, una distensión del pensamiento. Tardó un momento en darse cuenta de que se estaba relajando y solo un instante más en crispase. Si uno se relajaba, salía mal parado. De eso estaba seguro—. Pero el ego de los escritores es casi tan grande como el de los actores.

Ariel profirió un sonido a medio camino entre un suspiro y un resoplido.

—Esa mujer te hizo polvo, ¿verdad?

La voz y la mirada de Booth se helaron de pronto.

—Eso no es asunto tuyo.

—Te equivocas —a pesar de sentir una punzada de inquietud al notar que Booth se replegaba, Ariel continuó—. Si voy a hacer el papel de Rae, es asunto mío, y mucho. Booth... —puso una mano sobre su brazo, deseando comprenderlo lo suficiente como para ser capaz de traspasar el muro de sus recelos—, si hubieras querido mantener esa historia en secreto, no la habrías convertido en un guión.

—Es solo una historia —afirmó él—. No me expongo a mí mismo.

—En la mayoría de los casos, no —convino ella—. Siempre me ha parecido percibir una especie de distancia en tu trabajo, aunque sea excelente. Y, a pesar de tener tanto éxito, siempre has procurado pasar desapercibido, incluso cuando te casaste con Liz Hunter. Pero en este guión te has expuesto. Y ahora es demasiado tarde para dar marcha atrás.

—He escrito una historia sobre dos personas completamente incompatibles que se utilizan la una a la otra. Él es en cierto sentido un idealista lo bastante crédulo como para enamorarse de un rostro exquisito. Antes del final de la historia, descubre que las apariencias significan muy poco y que la confianza y la lealtad son meras ilusiones. Ella es fría y ambiciosa. Tiene talento, pero nunca se conformará con sus propias habilidades. Es una vampiresa en el sentido estricto del término, y—le chupa la sangre a él hasta dejarlo seco. Hay muchas semejanzas entre la historia y la realidad, pero mi vida sigue siendo mía.

—Prohibido el paso —Ariel se giró para mirar de nuevo la ciudad, el mundo que comprendía—. Está bien, ya he visto las señales de advertencia —escuchó el sonido del viento, el murmullo de las voces. Alguien olía a colonia barata. Una bolsa de patatas vacía rozó girando el muro de cemento—. A mí no se me dan muy bien los negocios. No voy a pedir disculpas por mi modo de vida, ni por mi carácter, pero haré lo que pueda para que nuestras conversaciones se mantengan a un nivel estrictamente profesional —respiró hondo y se volvió hacia él. Sus ojos habían perdido en parte su calor, y Booth sintió una desilusión momentánea—. Soy una buena actriz, una excelente artesana. Desde el momento en que tomé el guión en mis manos supe que podía hacer el papel de Rae. Y soy lo bastante astuta como para saber que la prueba me ha salido muy bien.

—No eres tonta, desde luego —a pesar de su desilusión, Booth se sentía más cómodo hablando en aquel tono. Ahora la comprendía: era una actriz en busca de un papel estelar—. Pensaba que no eras lo que estaba buscando... hasta esta tarde. Nadie ha llegado como tú a la esencia del personaje.

Ella sintió una cierta sequedad en la garganta, una súbita alteración del ritmo cardíaco.

—¿Y? —logró decir.

—Y quiero que vuelvas y leas el guión con Jack Rohrer. Él va a hacer el papel de Phil. Si hay química, el papel es tuyo.

Ariel respiró profundamente. Se apoyó contra un telescopio y procuró calmarse. Le había dicho a Booth que se comportaría de forma profesional. Qué tontería, se dijo sintiendo que la alegría emergía a borbotones en su interior. No tenía sentido. Lanzando un grito de alegría, le echó los brazos al cuello.

Ariel Kirkwood, la chica flaca y soñadora de la calle 18 Oeste, iba a trabajar en una película de DeWitt y P.B. Marshall, con Jack Rohrer como coprotagonista. ¿Dejaría alguna vez la vida de asombrarla? Mientras abrazaba a Booth, pensó que ojalá no.

Booth había deslizado las manos hasta su cintura en un acto reflejo, pero las dejó allí mientras sentía la risa de Ariel en sus oídos. Le pareció extraño que aquello le recordara dos cosas: la alegría sin límites de su sobrina cuando, una Navidad, le había regalado una muñeca, y la primera vez que, siendo ya un hombre adulto, había abrazado a una mujer. Sentía la suavidad, esa fortaleza única que solo el cuerpo de una mujer podía proporcionar. Sentía también una euforia pueril, una alegría ingenua que solo los jóvenes poseen.

Podía haberla abrazado. Tenía ganas de hacerlo, de abrazar algo suave, dulce y desprovisto de sombras. Ella se amoldaba tan bien a su cuerpo. La curva de su mejilla contra la de él, el alineamiento de sus cuerpos... Booth permaneció perfectamente quieto, sin atraerla hacia sí.

Ariel sintió que algo se deslizaba entre su placer y su alegría. Él olía a jabón. Un olor sólido, como su cuerpo. En él no había nada alocado, nada ligero o frívolo. Era todo intensidad e intelecto. Su fortaleza tiraba de ella; su reserva la atraía. Era un hombre que estaría allí para recogerla si se caía, aunque lo hiciera a regañadientes. Un hombre exigente que esperaba que se le concediera exactamente el espacio que quería y cuando él quería. Un hombre al que una mujer impetuosa debía evitar.

Ariel deseó casi dolorosamente que la abrazara, aunque estaba casi segura de que no lo haría. Se apartó de él, pero mantuvo la cara pegada a la suya para intentar adivinar lo que sentiría si aquella boca severa que nunca sonreía se inclinaba sobre la suya. Contenía el aliento y sus ojos no ocultaban la atracción que sentía hacia él, ni la sorpresa que esa atracción le causaba.

—Lo siento —dijo suavemente—. Soy muy dada a las demostraciones afectivas. Pero tengo la sensación de que a ti no te entusiasman.

¿Había deseado alguna vez besar a una mujer tanto como deseaba besar a Ariel? Casi podía saborear su boca. Casi podía sentir su textura. Sin embargo, cuando habló, su voz pareció indiferente y sus ojos remotos.

—Para todo hay un momento y un lugar.

Ariel dejó escapar un largo suspiro y pensó que ella misma se había buscado aquel revés.

—Eres un— hombre duro, Booth DeWitt —murmuró.

—Soy realista, Ariel —sacó un cigarrillo y protegió el encendedor del viento con las manos, sorprendiéndose al ver que le temblaban levemente.

—Eso debe de ser terrible —ella procuró relajarse: primero los músculos de los hombros; luego los del estómago; después, los de las manos. Una turbación momentánea no era necesariamente algo preocupante. Ya había experimentado antes aquella sensación; para una mujer como ella, era al mismo tiempo un regalo y una maldición. Ariel no concebía la indiferencia hacia la gente o las cosas. Todo cuanto veía, tocaba u oía disparaba en ella alguna emoción—. Pero, claro, a ti te sirve —más tranquila, le sonrió—. Creo que va a gustarme trabajar contigo, Booth, aunque sé que no será coser y cantar. Voy a esforzarme cuanto pueda para hacer bien mi papel, y ambos saldremos beneficiados.

Él asintió mientras las volutas de humo se elevaban hacia el cielo.

—Yo solo acepto lo mejor.

—Bien, entonces no te defraudaré —tenía ganas de extender la mano y tocarlo. Pero con un revés era suficiente por un día.

—Me alegra saberlo.

Riendo, ella sacudió la cabeza.

—Me gustas, Booth. Y no tengo ni idea del porqué, porque en realidad no eres muy simpático.

Él exhaló el humo y la miró despacio.

—No, no lo soy —dijo.

—En cualquier caso, profesionalmente nos convenimos el uno al otro.

En ese momento, y debido a que raramente se resistía a un impulso de la clase que fuera, Ariel lo besó en la mejilla y, tirándole las violetas, se alejó de él para marcharse. Booth se quedó al viento en la cúspide de Nueva York, con una ramillete de flores en la mano, mirándola alejarse.

CAPÍTULO 3

Booth había pasado la mayor parte de su carrera entre decorados. Allí había gabinetes del siglo XIX, dormitorios del XX, bares, restaurantes y grandes almacenes. Naves espaciales y cabañas de madera. Con unos cuantos bastidores, un poco de atrezzo y una buena dosis de imaginación, se podía construir cualquier cosa.

En el fondo, todos los platós eran iguales: técnicos, focos, cámaras, micrófonos, kilómetros de cable... Aquella era una industria basada en la ilusión y la apariencia. Lo que fuera del negocio parecía lleno de glamour, era a fin de cuentas solo un trabajo a menudo tedioso y agotador. Largas jornadas, esperas interminables, focos que convertían el estudio en un horno y café amargo.

Nunca, ni siquiera al principio de su carrera, le había gustado aislarse con su máquina de escribir y sus ideas. Desde su primer guión había insistido en involucrarse en el desarrollo de la producción. Conocía los procesos técnicos y creativos que se requerían para conseguir un buen encuadre de cámara, una luz adecuada. Todo ello despertaba el interés de su lado práctico. Con todo, tenía la capacidad de olvidarse de los abrumadores medios técnicos y de contemplar todo aquello como un extraño, como un simple espectador. Eso atraía al soñador que había en él y al que siempre había procurado mantener a raya.

Booth ignoraba qué lo había impulsado a visitar el plató de *Nuestras vidas, nuestros amores*. El guión en el que estaba trabajando parecía haber embarrancado, y quería volver a ver a Ariel. Tal vez fuera porque, cuando intentaba trabajar, seguía sintiendo el olor de las violetas. Dos veces había hecho intento de tirarlas a la basura, pero al final había desistido. Una parte de él reprimida desde hacía mucho tiempo necesitaba aquellas cosas, por más que le disgustara reconocerlo.

De modo que había ido en busca de Ariel diciéndose que quería simplemente verla trabajar antes de darle el papel de Rae. Era lógico, perfectamente natural. Y, si embargo, había intentado resistirse a ello.

Ariel estaba en la cocina, sentada a la mesa con los pies descalzos apoyados en una silla, mientras Jack Shapiro, que hacía el papel de Griff Martin, el novio de juventud de Amanda, hacía un solitario. En otro lado del plató, los padres televisivos de Ariel hablaban sobre sus hijos. Cuando hubieran acabado, Jack y Ariel grabarían su escena.

—Seis negro sobre siete rojo —masculó ella, y Jack le lanzó una mirada de fastidio.

—Esto es un solitario —le recordó él—. O sea, que lo hace uno solo.

—Es un juego antisocial.

—A ti hasta un walkman te parece antisocial.

—Porque lo es —sonriendo dulcemente, movió el seis ella misma.

—¿Por qué no llamas al Comité para la Salvación de los Mamíferos Terrestres de Tres Patas? Seguramente te invitarán a su próximo almuerzo.

Ariel pensó que no era el momento más adecuado para pedirle un donativo para el refugio para gatos en el que estaba interesada en esos momentos.

—No seas tan quisquilloso —dijo suavemente—. Se supone que me adoras.

—Debí hacer que me examinaran la cabeza cuando me dejaste tirado por Cameron.

—Fue culpa tuya por no explicarme qué hacías en ese hotel con Vikki.

Jack dejó escapar un soplo y le dio la vuelta otra carta.

—Debiste confiar en mí. Uno tiene su orgullo.

—Ahora estoy atrapada en un matrimonio desastroso y puede que embarazada.

Él alzó la mirada y sonrió.

—Los índices de audiencia subirán como la espuma. ¿Has visto los de esta semana? Hemos subido un punto entero.

Ella apoyó los codos sobre la mesa.

—Espera a que las cosas vuelvan a calentarse entre Amanda y Griff —puso un diez negro sobre la sota de diamantes—. Arderán las brasas, saltarán chispas de pasión.

Él le dio una palmada en la mano.

—A ti eso se te da de maravilla —incapaz de resistirse, añadió:— Hace seis meses que no te beso.

—Entonces, grandullón, cuando tengas la oportunidad, hazlo bien. Amanda no se conformaría con cualquier cosa —levantándose, se alejó lánguidamente para que le revisaran por última vez el maquillaje.

El decorado del hospital ya estaba listo para la breve pero intensa escena del reencuentro entre los antiguos amantes, Amanda y Griff. A Ariel le pintaron sutiles trazos oscuros bajo los ojos para aparentar que había pasado la noche sin dormir. El resto del maquillaje le confería una suave palidez.

Cuando las cámaras empezaron a rodar, Amanda estaba en su despacho, rebuscando en su archivo. Parecía muy tranquila, en pleno dominio de sí misma. Su expresión era totalmente serena. De pronto, cerró el cajón y, dándose la vuelta, comenzó a pasearse por el despacho. Cuando montaran la cinta, insertarían allí un flash back en el que ella recordaría el instante en que había sorprendido in flagranti a su marido y a su hermana. Amanda agarró una taza de porcelana de su mesa y la estrelló contra la pared. Llevándose el dorso de la mano a la boca, observó fijamente los fragmentos rotos. Al oír que llamaban a la puerta, cerró los puños e hizo visibles esfuerzos por recomponerse. Rodeó despacio el escritorio y se sentó.

—Pase.

La cámara enfocó a Jack, caracterizado como el doctor Griff Martin, un hombre de aspecto y maneras ásperas y apremiantes que había sido el primer y único amante de Amanda antes de su matrimonio. Ariel sabía lo que el director esperaba de ella cuando, más tarde, grabaran un primer plano para registrar la reacción de Amanda, pero en aquel momento, mientras la cámara grababa la entrada de Jack, hizo una mueca y le sacó la lengua. Jack le dedicó una de aquellas largas miradas que hacían temblar el corazón de las telespectadoras.

—Amanda, ¿tienes un minuto?

Cuando la cámara volvió a enfocarla, Ariel tenía otra vez un semblante serio y contenido, bajo cuya serenidad se adivinaba un atisbo de tensión.

—Desde luego, Griff —juntó las manos sobre la mesa, evidenciando así una sutil muestra de nerviosismo.

—Tengo un caso de violencia doméstica —empezó a decir él con el tono crispado, casi desabrido, de su personaje. Tanto Amanda como varios millones de espectadoras encontraban irresistible su estilo de diamante en bruto—. Necesito tu ayuda.

Iniciaron la escena, sentando los cimientos de una línea argumental que haría que se encontraran una y otra vez durante las siguientes semanas y que creciera entre ellos la tensión sexual. En un momento en que la cámara estaba a espaldas de Jack, este se puso bizco y sacó los dientes. Al volver hacia su archivador, ella lo pisó deliberadamente. Nada de ello alteró el ritmo de la escena.

—Pareces cansada —Jack, en el papel de Griff, hizo amago de tocarle el hombro, pero se detuvo. Sus ojos irradiaban frustración—. ¿Va todo bien?

Amanda se dio la vuelta y le lanzó una mirada franca y conmovedora. Abrió la boca, temblorosa, y volvió a cerrarla. Se giró lentamente hacia el archivador y cerró despacio el cajón.

—Sí, todo va bien. Estoy muy ocupada. Y dentro de unos minutos tengo cita con un paciente.

—Entonces, me voy —él se acercó a la puerta y se detuvo. Con la mano en el picaporte, la miró fijamente—. Mandy...

Amanda siguió dándole la espalda. La cámara se acercó mientras ella cerraba los ojos y procuraba refrenarse.

—Veré a tu paciente mañana Griff —dijo con un ligerísimo temblor en la voz.

Él aguardó cinco segundos.

—Está bien.

Al oír que la puerta se cerraba, Amanda se llevó las manos a la cara.

—Corten.

—Esta me la vas a pagar —dijo Jack abriendo de nuevo la puerta del decorado—. Creo que me has roto el zapato.

Ariel lo miró batiendo las pestañas.

—Mira que eres crío.

—Está bien, chicos —dijo suavemente el director—, vamos a grabar los primeros planos.

Ariel se colocó obedientemente tras el escritorio de Amanda. Fue entonces cuando vio a Booth. Su rostro delató sorpresa y placer, aunque la expresión de Booth no parecía acogedora. La estaba mirando con el ceño fruncido y los brazos cruzados sobre el informal jersey negro. No le devolvió la sonrisa, ni Ariel esperaba que lo hiciera. Booth DeWitt no sonreía a menudo. Lo cual espoleaba el deseo de Ariel de hacerle reír.

Había pensado en él más de la cuenta desde su último encuentro. De momento, tenía muchas cosas en que pensar, tanto en su vida privada como en la profesional, y aun así a menudo se había sorprendido preguntándose por Booth DeWitt y por lo que se ocultaba bajo su fachada de indiferencia. Había creído vislumbrar algo cálido y accesible bajo su apariencia. Yeso bastaba para impulsarla a indagar un poco más. Por otra parte, estaba aquella punzada de emoción, una punzada que recordaba con perfecta claridad. Quería sentirla otra vez, disfrutar de ella, comprenderla.

Al acabar de rodar, tenía una hora libre antes de que Stella y ella representaran la escena de su confrontación en el decorado del salón de los Lane.

—Jerry, he encontrado un gatito para tu niña —le dijo a uno de los técnicos al levantarse—. Tiene manchas de colores. Puedo traértelo el viernes.

—Ya estamos otra vez —dijo Jack con un suspiro.

Ariel no le hizo caso y, saltando por encima de una cable, se acercó a Booth.

—Hola, ¿quieres un café?

—De acuerdo.

—Tengo una cafetera en mi camerino. El que dan en la cantina es puro veneno —ella fue delante, sin molestarse en preguntarle qué hacía allí. La puerta del camerino estaba abierta, como siempre. Ariel entró y se acercó sin preámbulos a la cafetera—. Tendrás que conformarte con leche en polvo.

—Lo prefiero solo.

En el camerino reinaba el desorden. Prendas de vestir, revistas y panfletos cubrían todo el espacio disponible. El tocador estaba cubierto de botes, frascos y fotografías enmarcadas del reparto. Olía a flores frescas, a maquillaje y a polvo. En la pared había un calendario abierto por la página de febrero, a pesar de que estaban casi a fines de abril. El reloj eléctrico, desenchufado, se había parado en las 7:05. Booth contó tres pares y medio de zapatos esparcidos por el suelo.

En medio de todo aquello permanecía Ariel, vestida con un traje de seda salvaje de color melocotón, con el pelo rubio y lustroso recogido en un sofisticado moño. Olía como debía oler una mujer al atardecer: a un perfume suave y levemente perturbador. Cuando el café comenzaba a gotear en la cafetera, Ariel se volvió hacia Booth.

—Me alegro de volver a verte.

La sencillez de aquella declaración casi convenció a Booth de su sinceridad. La observó con cautela, manteniendo una distancia prudencial entre ellos.

—La grabación ha sido muy interesante. Tienes talento, Ariel. Le has sacado a esa escena todo su jugo.

Ella tuvo de nuevo la impresión de que aquello era más una crítica que un cumplido.

—En una teleserie, es necesario. Aquí trabajamos con pequeñas cápsulas. Algunas personas solo nos ven un par de veces por semana. Y hay otros que solo nos sintonizan por casualidad. Tenemos que atrapar su atención.

—Tu personaje —él observó el traje, aprobando su discreta elegancia—, yo diría que es una mujer muy profesional y contenida que en estos momentos atraviesa una crisis personal. Entre ella y el joven doctor saltaban chispas de erotismo.

—Muy bien —con una sonrisa, Ariel tomó dos tazas desparejadas—. Lo has resumido a la perfección. ¿Quieres unos M & M's? Tengo una pequeña reserva en el cajón.

—No. ¿Siempre haces payasadas, en el set cuando no estás en cámara?

Ella echó leche en polvo en un café, añadió una generosa cucharada de azúcar y le tendió su taza a Booth.

—Jack y yo mantenemos una pequeña competición, a ver quién consigue que el otro meta la pata primero. La verdad es que hace que agucemos el ingenio y rebaja el nivel de tensión —ella quitó las revistas que había encima de una silla y las dejó distraídamente en el suelo—. Siéntate.

—¿Cuántas páginas de diálogo tienes que aprenderte cada semana?

—Depende —dijo ella, y bebió un sorbo de café—. Ahora cada capítulo dura una hora, así que solemos hacer ochenta y cinco páginas de guión al día. Algunos días, si aparece mi personaje, puedo tener hasta veinte o, treinta, pero normalmente grabo solo tres días por semana. No hacemos demasiadas tomas —abriendo un cajón del tocador, sacó un puñado de golosinas y comenzó a comérselas una a una—. Dicen que es lo más parecido a la televisión en directo que se puede ver.

Él bebió sin dejar de observarla.

—Parece que disfrutas trabajando en esto.

—Sí, me siento muy cómoda con Amanda. Por eso precisamente quiero hacer también otras cosas. La rutina es un lugar muy cómodo, pero también puede ser muy tedioso.

Él paseó la mirada por la habitación.

—No te imagino en un lugar como ese del que hablas.

Ariel se echó a reír y se sentó al borde del tocador.

—Un cumplido fantástico. Y no los prodigas mucho —algo en la fría y distante expresión de Booth la hizo sonreír—. ¿Te apetece cenar? —preguntó, dejándose llevar por un impulso.

Por un instante, el semblante de Booth delató sorpresa. Era la primera vez que Ariel veía en él aquella expresión.

—Es un poco pronto para cenar —dijo suavemente.

—Me gusta hablar contigo —dijo ella, asintiendo—. Contigo la conversación nunca es aburrida. Si estás libre esta noche, puedo recogerte a las siete.

Le estaba pidiendo una cita, pensó Booth. De manera muy sencilla, muy suave, en un tono más amistoso que seductor. De nuevo se preguntó cuáles serían sus intenciones.

—Está bien, a las siete —metiendo la mano en el bolsillo, sacó un cuaderno y anotó algo—. Aquí tienes mi dirección.

Ariel tomó el papel y lo leyó, dejando escapar un sonido que indicaba admiración.

—Mmm, debes de tener una vista fantástica del parque —alzó la mirada y le lanzó aquella sonrisa que a Booth le hacía pensar que se estaba riendo de una broma privada—. Soy una fanática de las vistas.

—Ya lo he notado.

Booth se acercó al tocador para dejar su taza y se quedó tan cerca de ella que sus piernas se rozaron. Ella no se apartó, sino que siguió mirándolo con sus ojos claros y vivos. Había algo mortal en aquella cara, pensó Ariel. Algo que cualquier mujer reconocería y de lo que, si era sensata, se mantendría alejada. Fascinada, Ariel contó los latidos de su pulso acelerado.

—Te dejo para que continúes con tu trabajo. Él se movió levemente y el contacto quedó roto. Ariel permaneció donde estaba.

—Me alegro de que hayas venido —dijo, aun que ya no sabía si era cierto.

Él asintió y se fue.

Ariel se quedó sentada al borde del tocador, preguntándose por primera vez en su vida si no habría mordido más de lo que podía masticar.

El sol, una gran bola roja, empezaba a ponerse cuando Ariel se bajó del taxi a dos manzanas del edificio de apartamentos de Booth. Quería pensar un rato en la llamada de teléfono que había recibido acerca de Scott, el hijo de su hermano.

Pobre pequeño, pensó. Tan frágil, tan responsable. Se preguntaba cuánto tiempo pasaría antes de que los tribunales decidieran sobre su destino. Deseaba tanto que estuviera a su lado que se negaba a pensar que las cosas no salieran como ella quería. El hijo de su hermano, que había quedado huérfano repentinamente, era profundamente infeliz con sus abuelos maternos.

Ellos no lo querían, pensó Ariel. Entre el amor y el deber había un mundo. Cuando todo estuviera arreglado, Ariel podría darle la infancia feliz y despreocupada que ella había tenido, con las ventajas económicas que a ella le habían faltado.

No quería pensar en las complicaciones. Si se detenía a pensar en ellas, empezaría a dudar del resultado, y no podría soportarlo. Sus abogados y ella estaban dando todos los pasos necesarios.

Ariel no quería que la publicidad afectara a su sobrino. Debido a ello había mantenido el asunto en secreto, cosa que raramente hacía. O tal vez fuera porque no tenía a nadie a quien hablarle de ello, pensó, preocupada. Cada día se decía que Scott iría a vivir con ella antes de que acabara el verano. Mientras se lo repitiera una y otra vez, sería capaz de creerlo. Ahora era casi de noche y no había nada más que pudiera hacer al respecto.

Eran poco más de las siete cuando apretó el botón del ascensor del elegante edificio de Park Avenue en el que vivía Booth. Ya había conseguido ahuyentar el leve nerviosismo que Booth le causaba y había decidido disfrutar de la velada. La idea de que aquel hombre pudiera ponerla nerviosa le infundía una extraña curiosidad.

Le gustaban los hombres, las diferencias esenciales de personalidad entre ellos y las mujeres. Muchos de sus mejores amigos eran hombres de dentro y de fuera del mundillo artístico. Pero solo eran eso:

amigos. Ariel era muy cautelosa respecto al amor. Consciente de que se dejaba llevar por sus emociones, siempre había sido muy prudente respecto a las relaciones físicas.

Era una romántica y no se avergonzaba de ello. Nunca había dudado de que todo el mundo tenía reservado un gran amor y no estaba dispuesta a conformarse con menos. Cuando encontrara al hombre adecuado, lo sabría. No le importaba que fuera al día siguiente o al cabo de veinte años, con tal de encontrarlo. Mientras tanto, llenaba sus días con su trabajo, sus amigos y sus causas. Sencillamente, Ariel Kirkwood no creía en el aburrimiento.

Le gustó el pasillo silencioso y enmoquetado que llevaba al apartamento de Booth. Tenía un alto friso— y era elegante: 'Pero, al alzar la mano para llamar al timbre, volvió a sentir aquel extraño hormigueo de nerviosismo.

En el interior del piso Booth permanecía de pie junto a los altos ventanales que miraban sobre Central Park. Estaba pensando en Ariel. Prácticamente no había hecho otra cosa en todo el día. Y eso no le agradaba.

Por dos veces había estado a punto de llamarla para cancelar la cita, diciéndose que tenía trabajo que hacer. Intentaba convencerse de que no tenía tiempo ni ganas de cenar con una actriz a la que apenas conocía; Pero al final no la había llamado porque seguía viendo el modo en que se suavizaban los ojos de Ariel, la forma en que cambiaba toda su cara cuando sonreía.

Un truco profesional. Liz los tenía a montones y a menos que Booth se equivocara por completo, aquella mujer era tan buena actriz como Liz Hunter. Eso era lo que se decía a sí mismo y sin embargo... Y sin embargo no había cancelado la cita.

Al oír el timbre, giró la cabeza hacia la puerta. Tan solo era una noche, se dijo. Unas cuantas horas durante las cuales podría estudiar a la mujer que probablemente interpretaría el papel protagonista en una película importante. Apenas tenía dudas de que, antes de que acabara la cita, Ariel intentaría alguna estratagema para asegurarse el papel. Encogiéndose de hombros, Booth se acercó a la puerta. Así eran los negocios, y ella estaba en su derecho de intentarlo.

Entonces, al abrir la puerta y verla sonriendo, se dio cuenta de que la deseaba con una intensidad que no sentía desde hacía años.

—Hola. Qué guapo estás —dijo ella.

La lucha que mantenía con el deseo hizo que Booth apareciera más distante y que su voz sonara más escrupulosamente educada.

—Entra.

Ariel atravesó el umbral y observó la habitación con evidente curiosidad. El piso parecía muy limpio. Reinaba en él un orden meticuloso y también era elegante. ¿Qué podía objetarse a una refinada mezcla de Chippendale y Hepplewhite? Los colores eran tenues, suaves a la vista. La disposición de los muebles producía una sensación de equilibrio. No olía ni a polvo ni a aceite de linaza. Era como si la habitación estuviera perpetuamente limpia y recogida, como si solo muy de tarde en tarde alguien la habitara. Por alguna razón, a Ariel le pareció que aquella casa no cuadraba con la expresión áspera y decimonónica de Booth. No, aquella formalidad resultaba excesiva para un hombre de su aspecto y sus ademanes. A pesar de que la casa no le pareció acogedora, la admiró su belleza más bien pasiva y su racional elegancia.

—Un hombre muy puntilloso —murmuró, acercándose a las ventanas para contemplar la vista de la ciudad.

Llevaba un vestido con metros y metros de falda y un arco iris de colores. Booth se preguntó si sería por eso por lo que de pronto sentía que se había producido una extraña tensión en la estancia. Él prefería la quietud, el silencio, incluso la soledad. Sin embargo, de algún modo, sintió por primera vez la tentación de disfrutar del calor que parecía haber invadido su casa.

—Yo tenía razón —dijo Ariel, metiendo las manos en los profundos bolsillos de su falda—. Es preciso. ¿Dónde trabajas?

—Tengo un despacho en otra habitación.

—Yo seguramente habría puesto mi mesa aquí mismo —riendo, se volvió hacia él de tal modo que la mezcla de colores de su vestido pareció vibrar—. Claro que no avanzaría gran cosa —los ojos de Booth eran muy oscuros y penetrantes; su rostro permanecía tan inexpresivo que parecía estar pensando en otra cosa, o en nada—. ¿Miras a todo el mundo así?

—Supongo que sí. ¿Quieres una copa?

—Sí, un vermú seco, si tienes —se acercó a un aparador de madera de cerezo y observó la colección de Waterford que poseía Booth. Nadie desprovisto de pasión atesoraría objetos tan delicados, tan capaces de atrapar el fulgor de la luz. ¿Dónde estaba la pasión de Booth?, se preguntaba Ariel. ¿Estaría enterrada tan adentro que la había olvidado, o simplemente entumecida por falta de uso?

Booth se detuvo a su lado y le ofreció un vaso.

—¿Te gusta el cristal?

—Me gustan las cosas bonitas.

—¿Ya qué mujer no?, Pensó él amargamente. Un abrigo de lince ruso, un diamante en forma de pera. Sí, a las mujeres les gustaban las cosas bonitas, sobre todo cuando se las proporcionaban los demás. Él ya estaba harto de todo eso.

—Hoy he visto la serie —comenzó Booth, decidiendo darle a Ariel ocasión de presentar su caso y descubrir sus estratagemas—. Haces muy bien el papel de psiquiatra competente.

—Amanda me cae bien —Ariel bebió un sorbo de su vermú—. Es una mujer muy estable con leves trazas de debilidad y pasión. Me gusta ver si puedo sacarlas a la luz de manera sutil, sin mostrarlas por completo. ¿Qué te ha parecido la serie?

—Un amasijo de enredos y complicaciones. Pero me ha sorprendido que el argumento no incluya enfermedades fatales y tórridas escenas de cama.

—Estás desfasado —ella sonrió por encima del vaso—. Naturalmente, todos los culebrones incluyen esos elementos en ciertas dosis, pero nosotros nos hemos diversificado mucho. Tenemos asesinatos, política, asuntos sociales, incluso ciencia ficción. Ahora, con la carrera por los índices de audiencia, grabamos mucho en exteriores —bebió de nuevo. Esta vez, en su mano relucía un ópalo de un azul blanquecino—. El año pasado rodamos en Grecia y en Venecia. No había comido tanto en toda mi vida. Griff y Amanda hacían una escapada a Venecia, pero alguien se la saboteara. Supongo que te habrás fijado en Stella. Hace el papel de mi hermana Vikki.

—Ah, sí, la lagarta —Booth asintió—. Conozco el tipo.

—Oh, Vikki lo hace de maravilla. Es una mujer intrigante, pérfida y calculadora, y casi siempre desagradable. Stella se lo pasa en grande con ella. Vikki ha, tenido una docena de aventuras, ha roto tres matrimonios y arruinado la carrera de un senador. El mes pasado empeñó el broche de esmeraldas de nuestra madre para pagar sus deudas de juego —dando un suspiro, Ariel bebió otra vez—. Ella sí que sabe divertirse.

La sonrisa de Booth brilló de pronto, permaneciendo en sus ojos al mirar a Ariel.

—¿Te refieres a Stella o a Vikki?

—A ambas, supongo. Me preguntaba si lo con seguiría.

—¿El qué?

—Hacerte sonreír. No sonríes muy a menudo, ¿sabes?

—¿Ah, no?

—No —Ariel sintió de nuevo aquella punzada, aguda y claramente física. Su mirada se posó un instante en la boca de Booth, y disfrutó de la sensación que ello le produjo—. Supongo que estás demasiado ocupado diseccionando a la gente.

Él apuró su bebida y dejó el vaso a un lado.

—¿Es eso lo que hago?

—Sí, siempre. Supongo que es natural teniendo en cuenta la índole de tu trabajo, pero yo me había propuesto arrancarte una sonrisa antes de que acabara la noche.

El seguía mirándola y, aunque de su sonrisa solo quedaba un atisbo, aún no se había extinguido del todo. Ariel pensó que aquel leve vislumbre de humor, de un humor cauteloso y hasta reticente, le sentaba bien, Y de nuevo sintió un hormigueo de excitación. Frunciendo levemente el ceño, se acercó a él.

—¿Tú no sientes curiosidad? —preguntó suavemente y, al ver que él no contestaba, añadió—. La verdad es que no creo que pueda pasar toda la noche preguntándome cómo será.

Apoyó una mano sobre el hombro de Booth y se inclinó hacia delante hasta que sus labios se tocaron. No hubo presión, ni exigencia por parte alguna, y sin embargo ella sintió que aquel leve contacto atravesaba por entero su cuerpo. Sintió que algo se agitaba en su interior y que un suave susurro resonaba en sus oídos. La boca de él era más cálida de lo que esperaba y su sabor más potente. Sus cuerpos no se tocaban, y el beso no pasó más allá del roce de los labios. Ariel se sintió expuesta y levemente sorprendida. Luego notó que le temblaban las rodillas y quedó asombrada.

Se apartó lentamente, sin darse cuenta de que tenía los ojos muy abiertos por la impresión.

Booth había sentido una oleada de deseo al sentir su boca, pero sabía cómo ocultar sus emociones. Deseaba a Ariel: en su cama y en el papel de Rae. En su opinión, no pasaría mucho tiempo antes de que ella le ofreciera lo uno para conseguir lo otro. Era mucho más joven cuando Liz se había metido en su cama para conseguir un papel. Ahora era más adulto y conocía las reglas del juego. Y, por alguna razón, sabía que Ariel las aplicaría con mayor honestidad.

—Bueno... —Ariel exhaló un largo suspiro mientras su mente corría a toda velocidad. Deseaba poder estar sola cinco minutos para reflexionar sobre todo aquello. Por alguna razón, siempre había creído que se enamoraría en un santiamén, pero no era tan idealista como para creer que sería correspondida de inmediato. Tenía que sopesar detenidamente su siguiente movimiento—. Y ahora que ha desaparecido la tensión... —dejó su vaso a un lado—. ¿por qué no nos vamos a cenar?

Antes de que pudiera alejarse, Booth la asió del brazo. Si iban a hacer una escenita, quería acabarla allí mismo.

—¿Qué es lo que quieres?

Su voz carecía del suave calor que Ariel había notado en sus labios. Ella lo miró a los ojos y no vio otra cosa que su propio reflejo. Enamorarse de aquel hombre era una insensatez, pensó. Pero, por otro lado, siempre había esperado cometer una insensatez cuando le llegara el momento de enamorarse.

—Ir a cenar —dijo ella.

—Te he dado la oportunidad de hablar del papel y no lo has hecho. ¿Por qué?

—Eso son negocios. Y esto, no.

Él dejó escapar una breve risa.

—En este mundillo, todo son negocios —replicó—. Tú quieres el papel de Rae.

—No habría hecho la prueba si no lo quisiera. Y, cuando haga la próxima prueba, será mío —le irritaba que Booth no la comprendiera—. Booth, ¿por qué no me dices adónde quieres ir a parar? Será más fácil para los dos.

Él inclinó la cabeza y, dejando la mano sobre el brazo de Ariel, la atrajo un poco hacia sí.

—¿Qué estás dispuesta a ofrecer a cambio?

Ariel se sintió como si le hubiera dado una bofetada. No sintió rabia, sino una aguda punzada de dolor que la hizo palidecer y oscureció su mirada.

—Estoy dispuesta a actuar lo mejor que pueda —desasiéndose con brusquedad, se dirigió a la puerta.

—Ariel... —no pretendía retenerla, pero su mirada le había hecho sentirse despreciable. Al ver que ella no se detenía, cruzó la habitación sin pensárselo dos veces— Ariel... —tomándola de nuevo del brazo, la obligó a girarse. Ella tenía una expresión tan dolida que Booth se vio forzado a tomarla por auténtica. El deseo de apretarla: contra su pecho resultaba casi doloroso—. Te pido disculpas.

Ella lo miró fijamente, deseando poder mandarlo al infierno.

—Acepto tus disculpas —dijo—, porque que estoy convencida de que no tienes costumbre de disculparte por nada. Esa mujer te destrozó, ¿no es así?

Él apartó las manos.

—Yo no hablo de mi vida privada.

—Puede que ese sea en parte tu problema. ¿Detestas a las mujeres en general, o solo a las actrices en particular?

Él entrecerró los ojos de modo que Ariel solo pudo vislumbrar su ira.

—No te pases de la raya conmigo.

—No creo que nadie pueda hacerlo —aunque tenía la impresión de que la ira de Booth era una buena señal, Ariel no se sentía capaz de enfrentarse a ella, ni a sus propios sentimientos—. Es una lástima —añadió volviéndose hacia la puerta—. Creo que, cuando lo que se ha helado dentro de ti se derrita, serás un hombre admirable. Entre tanto, procuraré no cruzarme en tu camino —abrió la puerta y se dio la vuelta—. En cuanto al papel, Booth, por favor, habla con mi agente —dijo, y cerró suavemente la puerta tras ella.

CAPÍTULO 4

—No, Scott, si comes más algodón de azúcar, se te caerán los dientes. Y entonces... —Ariel alzó a su sobrino en brazos y lo apretó con fuerza —entonces solo podrás comer puré de espinacas.

—Palomitas —pidió él, sonriéndole.

—Pero ¿es que tu tripita no tiene fondo? —le besó en el cuello y dejó que el amor se apoderara de ella.

El domingo era un día precioso, no solo porque hacía sol y la temperatura era suave y primaveral, ni porque Ariel dispusiera de largas horas de tiempo libre, sino porque podía pasar la tarde con la persona más importante de su vida.

«Hasta huele como su padre», pensaba, preguntándose si era posible heredar un olor. Sin dejar de abrazarlo, con sus piernecitas enroscadas a la cintura, observó el rostro de Scott.

Era casi como mirar un espejo. Ariel solo se llevaba diez meses con su hermano Jeremy y a menudo los habían tomado por mellizos. Scott tenía el pelo rubio y rizado, los ojos azul claro y una cara que prometía ser fina y elegante cuando perdiera su redondez infantil. En ese momento, estaba pegajosa y llena de rosas manchas de azúcar. Ariel lo besó con firmeza y sintió su dulzura.

—Mmmm; qué rico —musitó, besándolo de nuevo mientras él reía.

—¿Y tus dientes?

Ella enarcó una ceja y cambió el peso del cuerpo de un pie a otro, buscando una postura más cómoda.

—Si es de segunda mano, no vale.

Él le lanzó una sonrisa pícaro.

—¿Y eso?

—Es un hecho científico —afirmó Ariel—. Seguramente el azúcar se evapora después de permanecer sobre la piel expuesto al sol.

—Te lo estás inventando —le dijo él alegremente.

Reprimiendo una sonrisa, ella se echó la larga trenza a la espalda.

—¿Quién? ¿Yo?

—Tú siempre te estás inventando cosas.

—Ese es mi trabajo —contestó ella—. Vamos a ver los osos.

—Ojalá sean muy grandes —dijo Scott mientras lo bajaba al suelo—. Grandísimos.

—Me han dicho que son enormes, —dijo ella—. A lo mejor son tan grandes que se salen de las jaulas.

—¿Sí? —sus ojos se iluminaron ante la idea.

Mel casi podía veder recreando aquella imagen en su cabeza. La fuga de los osos, el pánico y los gritos de la multitud, y luego su heroísmo al meter de nuevo entre rejas a los enormes animales. Y, después, naturalmente, su humildad al aceptar la gratitud de los guardianes del zoo.

—¡Vamos!

Ariel dejó que Scott tirara de ella, zigzagueando entre el gentío que había ido a pasar el día al zoo del Bronx. Eso podía proporcionárselo, pensó Ariel. La diversión, la alegría de la niñez. Era una etapa tan breve, tan concentrada... De adulto se vivían muchos años entre obligaciones, responsabilidades, preocupaciones y horarios. Ella quería darle libertad a Scott, mostrarle los límites que podía saltarse y los que debía respetar. Pero, ante todo, quería darle su amor.

Amaba al niño y lo quería con ella, no solo porque le recordaba a su hermano, sino por sí mismo, por su modo de, ser y su extraña estabilidad. A pesar de que la vida de Ariel se guiaba por una rutina desordenada que poco tenía de monótona, y aun cuando disfrutaba yendo y viniendo según sus impulsos momentáneos, Ariel siempre había necesitado estabilidad, alguien a quien cuidar, a quien nutrir, a quien devolverle una parte de la gratitud que sentía. No había nada como un niño, con su inocencia y su falta de inhibiciones, para dar y recibir amor. Incluso en ese momento, mientras corría, reía y señalaba las cosas, fascinado por el día y los animales, Scott la llenaba de energía.

Si hubiera creído que Scott era feliz viviendo con sus abuelos, lo habría aceptado. Pero sabía que los Anderson estaban sofocando la singularidad del niño. No eran malas personas, pensó, pero sí de miras estrechas. A un niño había que educarlo siguiendo normas fijas, y no había más que hablar. Un niño era una responsabilidad solemne. Ariel comprendía el sentido del deber de los Anderson, pero para ella la educación de Scott era ante todo un placer. Ellos educarían al niño para que fuera responsable, educado e instruido. Y se olvidarían por completo de su singularidad.

Tal vez todo hubiera sido más fácil si los abuelos de Scott no hubieran desaprobado tan rotundamente al hermano de Ariel, o si Scott no hubiera sido concebido por pasión y despecho juvenil... y fuera del matrimonio. Pero ni el matrimonio, ni el nacimiento de Scott habían disipado la tensión, como no lo había hecho el trágico accidente que había segado la vida del hermano de Ariel y de su joven mujer. Al mirar al niño, los abuelos de Scott recordaban que su hija se había casado contra su voluntad y había muerto. Ariel, al mirarlo, veía la vida en su plenitud.

«Me necesita», se dijo, revolviéndole el pelo mientras el niño miraba con ojos asombrados a un oso que se bamboleaba lentamente. Aunque no hubiera estado en juego su corazón, era incapaz de rehusarse a prestar ayuda cuando alguien la necesitaba. Con Scott había perdido el corazón nada más verlo, enrojecido y esmirriado, tras la pared de cristal de un hospital. También sabía que ella lo necesitaba a él. Necesitaba depositar en alguien el amor que sentía. Entonces pensó en Booth.

Él también la necesitaba, pensó esbozando una sonrisa. Aunque aún no lo supiera. Un hombre así necesitaba la tranquilidad y el buen humor que proporcionaba el amor. Y ella quería darle ambas cosas.

¿Por qué? Apoyándose en la barrera, Ariel sacudió la cabeza. No tenía ningún motivo sólido, y eso bastaba para convencerla de que tenía razón. A menudo, cuando se podía diseccionar metódicamente un problema, solo se encontraban respuestas equivocadas. Ella confiaba en su instinto y en sus emociones mucho más que en su intelecto. Ella amaba de improviso, ciega y completamente. Al pensar en ello, comprendió que nunca había esperado que fuera de otro modo.

Si le confesaba su amor, Booth pensaría que mentía o que estaba loca. Y Ariel no podría reprochárselo. No sería fácil ganarse la confianza de un hombre tan receloso y cínico como Booth DeWitt. Sonriendo, Ariel se comió un puñado de palomitas de Scott. A fin de cuentas, los desafíos eran 10 que daba color a la vida. Y, aunque Booth no se diera cuenta, ella pensaba pintar de colores la suya.

—¿De qué te ríes, Ariel?

Ella miró a Scott y, sin dejar de sonreír, lo tomó en brazos. El niño se echó a reír como hacía siempre que Ariel le demostraba su afecto con aquella urgencia.

—Me río porque soy feliz. ¿Tú no? Hoy es un día precioso.

—Yo siempre soy feliz contigo —él se abrazó con fuerza a su cuello—. ¿No puedo quedarme contigo? ¿No puedo vivir en tu casa?

Ella escondió la cara en la curva del hombro de Scott, sabiendo que no podía decirle que estaba intentando con todas sus fuerzas concederle aquel deseo.

—Hoy podemos estar juntos —dijo—. Todo el día.

Sosteniéndolo en brazos, podía sentir el olor de su jabón y de su champú, el olor de las palomitas y el aroma punzante y ardoroso del sol. Rió de nuevo y dejó a su sobrino en el suelo.

—Vamos a ver las serpientes. Quiero que las veas reptar.

Booth no comprendía por qué la imagen de Ariel seguía asaltando su recuerdo. Deseaba arrumbar aquella imagen a un rincón de su cerebro y mantenerla allí mientras estuviera trabajando. Pero no podía.

Le habría sido más fácil aceptarlo si hubiera podido pensar en Ariel simplemente como la actriz que iba a encarnar a Rae. Podría haber racionalizado aquella obsesión si hubiera sido de carácter profesional. Pero seguía viendo a Ariel en la cúspide de Nueva York, Con el pelo al viento y los ojos exultantes. Aquella mujer no tenía nada en común con Rae.

También la recordaba el día que había ido a su apartamento. Fresca, vital, derramando energía y honestidad. Recordaba su expresión dolida cuando se había mostrado deliberadamente ofensivo, y la culpabilidad que había sentido, una sensación que había jurado desterrar para siempre de sí. Apenas conocía a Ariel y, sin embargo, aquella mujer estaba extrayendo de él sentimientos que se había prometido olvidar de una vez por todas. Booth era lo bastante perspicaz como para saber que Ariel podía sacar de él mucho más. Por esa razón había decidido interponer entre ambos una distancia prudente y profesional.

Sin embargo, mientras observaba a Ariel hablando con Jack Rohrer antes de la prueba, no lograba concentrarse. ¿Sería acaso porque Ariel era bella y él siempre había sido susceptible a la belleza? ¿O sería quizá porque era tan singular que siempre lograba atrapar su atención? Como escritor, sentía una irreme-

diable fascinación por lo raro. Sin embargo, y pese al hecho de que a veces se comportaba a medio camino entre una cingara y una adolescente, Booth había creído percibir en ella una estabilidad absoluta. Ya le había preguntado quién era, pero no se daba por satisfecho con la respuesta. Quizá, solo quizá, pudiera averiguarlo por sí mismo.

—Hacen buena pareja —murmuró Marshall a su lado.

Sin apartar los ojos de Ariel, Booth profirió un sonido que podía haber sido de aprobación o de desinterés. Si no recordara tan bien la primera prueba de Ariel, habría jurado que cometía un error al considerarla para el papel. Su sonrisa era demasiado franca, sus gestos demasiados espontáneos. Booth se sintió desconcertado al darse cuenta de que Ariel lo ponía nervioso.

Deseo. Sí, sentía deseo. Booth sopesó aquella sensación. Era fuerte, vigorosa y apremiante. Naturalmente, Ariel era una mujer a la que cualquier hombre desearía. A él no le inquietaba el deseo, ni siquiera el interés que sentía por ella, sino la insidiosa sensación de que se le estaba escapando algo sin darse cuenta y contra su voluntad.

Sacó un cigarrillo y la observó a través del humo azulado. Como escritor y como hombre, merecía la pena ver cuántas máscaras podía ponerse Ariel y con cuánta facilidad. Se sentó al borde de la mesa de Marshall.

—Vamos a empezar.

Al oír su orden, Ariel giró la cabeza y se encontró con la mirada de Booth. «Hoy está distinto», pensó, aunque no supo dar con la razón. Él seguía observándola con aquella mirada incisiva y severa. Seguía pareciendo distante. Ariel percibía el muro que había erigido entre él y el resto del mundo. Pero había algo más.

Ariel le sonrió. Al ver que él no respondía, tomó su copia del guión. Iba a hacer la mejor prueba de su carrera. Por ella misma y, aunque pareciera extraño, también por Booth.

—Está bien, quiero que empecéis por la escena en la que acaban de regresar a casa de la fiesta —Booth sacudió distraídamente el cigarrillo en un cenicero ribeteado de oro. Tras él, Marshall se metió en la boca un caramelo de menta—. ¿Queréis hacer un ensayo primero?

Ariel levantó la vista del guión. «Todavía cree que voy a fracasar», pensó, y se alegró de notar un nudo en el estómago.

—No es necesario —le dijo, y se giró hacia Jack.

Booth asistió por segunda vez a la transformación de Ariel. ¿Era posible que sus ojos, parecieran volverse más pálidos, más gélidos, cuando adoptaba el papel de Rae? Él podía sentir la antigua atracción sexual y la repugnancia intelectual que siempre le había infundido su ex—mujer. Con el cigarrillo consumiéndose entre sus dedos, sintió el sarcasmo de Rae y la ira de Phil... y lo recordó todo con excesiva nitidez.

Una vampiresa. Así la había llamado, y con toda razón. Despiadada, perversa, atrayente. Ariel se introdujo en el personaje como si fuera su segunda piel. Booth sabía que debía admirarla por ello, incluso dar gracias porque, al encontrarla, su búsqueda de la actriz principal hubiera concluido. Pero la habilidad de camaleón de Ariel lo sacaba de quicio.

Había la química necesaria. Ariel y Jack se lanzaban réplicas el uno al otro mientras volaban la ira y las chispas del deseo. No había modo de evitarlo, ni razón lógica alguna para intentarlo. Sin saber por qué, Booth comprendió que darle el papel a Ariel era un acierto profesional y un terrible error en lo que a su vida privada se refería.

—Con eso basta.

En cuanto Booth cortó la escena, Ariel echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar una risa ahogada. La liberación, aquella repentina ausencia de tensión, resultaba tremenda. Así sería siempre, pensó, con un papel tan duro y frío como aquel.

—Oh Dios, es tan odiosa, tan absolutamente egoísta —con los ojos encendidos y la cara sofocada, se giró hacia Booth—. Él la desprecia y, sin embargo, la desea. Incluso cuando ve que le va a clavar un puñal por la espalda, le resulta difícil mantenerse alejado de ella.

—Sí —asistir a la escena había perturbado a Booth más de lo que esperaba. Levantándose, metió las manos en los bolsillos—. Quiero que hagas el papel. Nos pondremos en contacto con tu agente para ultimar los detalles.

Ella suspiró, pero sus labios siguieron conservando la sonrisa.

—Ya veo que te he impresionado —dijo Ariel con soma—. Pero lo que importa es el personaje. No te arrepentirás. Señor Marshall, Jack, será un placer trabajar con ustedes.

—Ariel... —Marshall se levantó y aceptó la mano que ella le tendía. Hacía mucho tiempo que no le impresionaba tanto una escena—, a menos que me equivoque, y nunca lo hago, vas a conseguir un gran éxito.

Ella le lanzó una sonrisa y se sintió como si volara.

—Entonces, no me quejaré. Muchas gracias.

Booth la tomó del codo antes de que ella pudiera girarse y antes de que él se diera cuenta de que iba a tocarla. Deseaba descargar su furia contra algo o alguien, pero consiguió refrenarse.

—Te acompaño.

Sintiendo la tensión de sus dedos, ella tuvo que reprimir el deseo de calmarlo. Booth no era hombre que apreciara las caricias.

—Está bien.

Siguieron el mismo, camino que la semana anterior, pero esta vez en silencio. Ariel notaba que Booth lo necesitaba. Cuando llegaron a la puerta de la calle, aguardó a que él dijera algo.

—¿Estás libre? —preguntó Booth. Un tanto sorprendida, ella ladeó la cabeza—. Para ir a cenar explicó él—. Me parece que te debo una cena.

—Bueno —ella se apartó el pelo de la cara. No se molestó en ocultar que su invitación le gustaba—, técnicamente, es al revés. ¿Por qué quieres cenar conmigo?

Con solo mirar sus ojos alegres, su boca generosa, Booth se sentía dividido en dos direcciones opuestas. Acercarse a ella; antes de que fuera demasiado tarde. O retirarse antes de que no hubiera escapatoria.

—No estoy del todo seguro.

—Con eso me basta —ella lo tomó de la mano y alzó la otra para parar un taxi—. ¿Te gustan las chuletas de cerdo a la parrilla?

—Sí.

Ella giró la cabeza, riendo, antes de tirar de él hacia el taxi.

—Un comienzo excelente —tras darle al taxista una dirección en Greenwich Village, se recostó en el asiento—. Creo que el siguiente paso es mantener una conversación sin decir ni una sola palabra acerca del trabajo. Imagino que podremos aguantar el uno en compañía del otro más de una hora sin hablar de negocios.

—De acuerdo —Booth asintió. Estaba decidido a conocerla mejor y eso pensaba hacer—. Pero tampoco hablaremos de política.

—Trato hecho.

—¿Desde cuándo vives en Nueva York?

—Nací aquí.. Soy neoyorquina —ella sonrió y cruzó las piernas—. Tú no. Leí en alguna parte que eres de Filadelfia— de una familia bien. Tienes un montón de parientes poderosos —ni siquiera miró a su alrededor cuando el taxi dio un brusco frenazo—. ¿Eres feliz en Nueva York?

Él nunca había pensado sobre aquella cuestión en términos de felicidad, pero, al hacerla, la respuesta le salió con facilidad.

—Sí. Necesito su dinamismo y su tensión durante largos periodos de tiempo.

—Y luego necesitas irte —concluyó ella—. Y estar solo, en tu barco.

La perspicacia de Ariel le produjo cierta incomodidad.

—Sí, así es. Cuando navego, me relajo, y me gusta relajarme solo.

—Yo pinto —dijo ella—. Fatal —riendo, hizo girar los ojos—. Pero me ayuda a tranquilizarme cuando estoy nerviosa. Suelo amenazar a mis amigos con regalarles un auténtico Kirkwood por Navidad, pero luego nunca lo hago.

—Me gustaría ver alguno —murmuró él.

—El problema es que, según parece, plasmo mi estado de ánimo en el lienzo. Ya hemos llegado —Ariel saltó del taxi y aguardó en la acera.

Booth observó los pequeños escaparates.

—¿Adónde vamos?

—Al mercado —Ariel lo asió del brazo con naturalidad—. No tengo chuletas en casa.

Él bajó la mirada hacia ella.

—¿En casa?

—Casi siempre prefiero cocinar a comer fuera. Y esta noche estoy demasiado nerviosa para ir a un restaurante. Tengo que mantenerme ocupada.

—¿Nerviosa? —tras observar su perfil, Booth sacudió la cabeza. Su pelo parecía más oscuro a la luz del atardecer, y aquel movimiento hizo que se agitara descuidadamente alrededor de su cara. Qué contraste, pensó Ariel, con su apariencia más bien formal—. A mí me pareces bastante tranquila.

—Sí, ya. Pero estoy intentando reprimir la verdadera explosión hasta que mi agente me llame para decirme que está todo labrado en granito. No te preocupes... —le sonrió—. Soy una buena cocinera.

Juzgando solamente por su cara de porcelana, apenas podía creerse que aquella mujer supiera distinguir la cocina de la lavadora. Pero Booth sabía juzgar las apariencias. Y tal vez, solo tal vez, hubiera una sorpresa bajo la de Ariel. A pesar de las advertencias que se repetía a sí mismo, sonrió.

—¿Solo buena?

Los ojos de ella se iluminaron.

—Odio alardear, pero la verdad es que soy una cocinera fantástica —lo condujo al interior de un pequeño mercado que olía fuertemente a ajo y a pimienta y se puso a hacer la compra par la cena—. ¿Qué tal son hoy los aguacates, señor Stanislawski?

—Buenísimos —el tendero miró por encima de la cabeza de Ariel y observó a Booth con el rabillo del ojo—. Para ti solo lo mejor, Ariel.

—Entonces, voy a llevarte dos, pero elíjamelos bien. ¿Qué tal le salió a Mónica el examen de Historia?

—Ha sacado un nueve —el tendero hinchó levemente el pecho bajo el delantal, pero siguió observando a Booth.

—Estupendo. Necesito cuatro chuletas de primera —mientras el tendero las cortaba, ella observó los champiñones, consciente de que el señor Stanislawski estaba a punto de estallar de curiosidad—. ¿Sabe, señor Stanislawski?, a Mónica le encantaría tener un gatito.

Mientras pesaba la carne, el tendero le lanzó una mirada exasperada.

—Mira, Ariel...

—Ya es lo bastante mayor como para ocuparse de él —prosiguió Ariel, tocando un tomate—. Le haría compañía y tendría que hacerse cargo de él. Y, además, ha sacado un nueve en Historia —alzando la mirada, le lanzó una sonrisa irresistible.

El señor Stanislawski se sonrojó, inquieto.

—Tal vez si trajeras uno, nos lo pensaríamos.

—Lo haré —sin dejar de sonreír, ella sacó su cartera—. ¿Cuánto le debo?

—Has demostrado un gran tacto ahí dentro —murmuró Booth cuando salieron—. Y es la segunda vez que te veo intentar endosarle un gato a alguien. ¿Ha tenido cachorros tu gata?

—No, pero conozco a muchos gatos sin hogar —alzó la cabeza hacia él—. Si te interesa...

—No —dijo él secamente y con firmeza mientras le sujetaba la bolsa.

Ariel se limitó a sonreír y decidió que intentaría convencerlo más adelante. Aspiró el aroma a especias y a pan recién horneado que salía de las puertas abiertas de las tiendas. Algunos niños corrían por la acera, riendo. Unos cuantos viejos charlaban en las escaleras de los edificios. Cuando pasara la hora de la cena, otros miembros de la familia saldrían a hablar, a intercambiar noticias y a disfrutar del tiempo primaveral. De una ventana llegaban retazos amortiguados de la Novena Sinfonía de Beethoven y, un poco más allá, el ritmo machacón de una canción de rock de los cuarenta principales.

Ariel se había mudado al Village dos años antes atraída por el ambiente del barrio, y este nunca la había decepcionado. Podía sentarse en la calle y escuchar la charla de los viejos, mirar jugar a los niños, oír el último éxito musical para quinceañeros o el llanto de un bebé recién nacido. Era justo lo que había necesitado al quedar desbaratada su familia.

—Hola, señor Miller. Señor Zimmerman.

Los dos ancianos sentados en los escalones de un edificio reformado observaron a Booth antes de mirar a Ariel.

—Ni se te ocurra darle otra oportunidad a ese Cameron —le dijo el señor Miller.

—Ponlo de patitas en la calle —el señor Zimmerman dejó escapar un silbido que podía haber sido una carcajada—. Búscate un hombre de verdad.

—¿Eso es una oferta? —ella le besó la mejilla antes de subir el resto de los escalones.

—Resérvame un baile en la verbena del barrio —dijo el señor Zimmerman a sus espaldas.

Ariel giró la cabeza y le guiñó un ojo.

—Señor Zirnmerman, a usted le concederé todos los bailes que quiera —mientras empezaban a subir las escaleras interiores, Ariel rebuscó en su bolso las llaves—. Estoy loca por él —le dijo a Booth—. Era profesor de música. Ahora está retirado, pero todavía enseña a algunos niños del barrio. Se sienta en los escalones para ver pasar a las mujeres —localizó las llaves sujetas a un sonriente sol de plástico—. Es un auténtico donjuán.

Booth miró automáticamente hacia atrás.

—¿Te lo ha dicho él?

—Solo hay que fijarse en la dirección de sus ojos cuando ve pasar unas faldas.

—¿Las tuyas incluidas?

Los ojos de Ariel danzaron.

—A mí me considera una especie de sobrina. En su opinión, ya debería estar casada y criando ingentes cantidades de niños.

Metió una sola llave en una sola cerradura, lo cual a Booth le pareció casi inaudito estando en Nueva York, y abrió la puerta. Él esperaba algo poco usual. Y no se equivocó.

El centro del cuarto de estar lo ocupaba una gran hamaca que colgaba del techo mediante ganchos de bronce. Uno de sus extremos estaba cubierto de cojines. Junto a ella había un palanganero que sostenía una vela gruesa, consumida en sus tres cuartas partes. Había color, como esperaba Booth, y el estilo de la decoración resultaba indefinible.

El sofá era un antiguo canapé francés tapizado en un brocado de color rosa pálido. Un largo baúl de mimbre servía de mesa. Al igual que en el camerino de Ariel, por todas partes había libros, papeles y olores. Booth percibió una fragancia a cera de velas, a popurrí de hojas secas y a flores frescas. De una heterogénea colección de jarrones, entre los que había piezas de barro de supermercado y auténticas porcelanas de Meissen, emergían rebosantes ramilletes de flores primaverales. Había también un paragüero en forma de cigüeña lleno de plumas de avestruz y pavo real. Un par de guantes de boxeo colgaba en un rincón, detrás de la puerta.

—Supongo que serás peso pluma —dijo Booth con sorna.

Ariel siguió su mirada y sonrió.

—Eran de mi hermano. Boxeaba en el instituto. ¿Quieres una copa? —antes de que él pudiera responder, le quitó la bolsa de la mano y echó a andar por el pasillo.

—Un poco de whisky con agua —al darse la vuelta, le llamó la atención una pared llena de pinturas. Eran de Ariel, naturalmente. ¿Quién si no pintaría con esa especie de energía cinética, con ese brío y ese desprecio por las normas? Había estallidos, zigzags y trazos de color. Acercándose, Booth decidió que, aunque no podía afirmarse que las pinturas fueran pésimas, no sabía muy bien cómo calificarlas. Eran vívidas, excéntricas, perturbadoras. Sin duda no eran cuadros con los que relajarse. Mostraban al mismo tiempo talento y desidia, y, aunque Ariel no lo hubiera pretendido, casaban a la perfección con aquella estancia.

Mientras observaba las pinturas, tres gatos entraron en la habitación. Dos de ellos eran apenas cachorros, negros como el carbón y de ojos ambarinos. Rodearon las piernas de Booth y se dirigieron en línea recta a la cocina. El otro era un enorme ejemplar atigrado que lograba caminar con altiva dignidad sobre tres patas. Booth oyó que Ariel se reír y les decía algo a los dos gatos que acababan de entrar en la cocina. El atigrado observó a Booth con serena paciencia.

—Whisky con agua —dijo Ariel volviendo descalza con dos vasos en las manos.

Booth aceptó la copa y señaló con ella las pinturas.

—Supongo que serán ataques de ansiedad que lograste superar.

Ariel miró las pinturas.

—Se nota, ¿eh? Así me ahorro dinero en psiquiatras, aunque no debería decir eso, teniendo en cuenta que interpreto a una.

—Tienes una casa muy curiosa.

—He llegado a la conclusión de que me crezco con el desorden —sonriendo, bebió un sorbo—. Ya veo que conoces a Butch—se agachó y deslizó una mano sobre el lomo del gato atigrado. Este se arqueó, ronroneando—. Keats y Shelley son unos trastos. Ahora están tomando su cena.

—Ya veo —Booth miró hacia abajo y vio que Butch se estaba restregando contra la pierna de Ariel. Luego se acercó al sofá y saltó a un cojín—. ¿No te resulta difícil ocuparte de tres gatos viviendo en un apartamento y trabajando fuera de casa?

Ella se limitó a sonreír.

—No. Voy a encender la parrilla. Booth alzó una ceja.

—¿Dónde?

—¿Dónde va a ser? En la terraza —Ariel se alejó y abrió una puerta corredera. Fuera había un balcón del tamaño de un sello de correos y que parecía más bien la prolongación del alféizar de una ventana. En él había encajado Ariel tiestos de geranios y una pequeña barbacoa de carbón.

—La terraza —murmuró Booth por encima del hombro de Ariel. Solo un optimista incurable o un soñador sin remedio la habría llamado así. Pero a Booth le hizo gracia que Ariel utilizara aquel nombre para definirla. Riendo, se apoyó contra la jamba de la puerta.

Tras apartarse de la barbacoa sobre la que había estado inclinada, Ariel lo miró fijamente. El sonido de la risa de Booth recorrió su piel como un susurro y la calmó.

—Vaya, vaya. Qué bien. ¿Sabes que es la primera vez desde que te conozco que te ríes con ganas?

Booth se encogió de hombros y bebió un sorbo de whisky.

—Supongo que he perdido práctica.

—Pues eso hay que arreglarlo —dijo ella. Sonrió y extendió la mano con la palma, hacia arriba—. ¿Tienes una cerilla?

Booth se metió la mano en el bolsillo, pero algo, quizá el brillo divertido de los ojos de Ariel, le hizo cambiar de opinión. Dando un paso hacia delante, la tomó de los hombros y la besó.

La había pillado desprevenida. Ariel no esperaba que actuara dejándose llevar por un impulso, y él no le había dado ninguna muestra de sus intenciones. Antes de que ella tuviera tiempo de prepararse, el brío de aquel beso la sacudió como un látigo, tocando sus emociones, sus sentidos, y apoderándose de ellos.

Esta vez no fue un mero roce de los labios, sino una exigencia abrupta y franca que la envolvió en brazos de Booth, atrapándola contra la puerta. Alzó las manos para tocar la cara de él mientras le entregaba sin condiciones lo que buscaba.

No hubo entre ellos un enardecimiento gradual, ni tanteo alguno, sino una llamarada tan intensa y repentina que de pronto pareció que eran amantes desde hacía mucho tiempo. Ella sintió la intimidad instantánea que se produjo entre ellos y la comprendió al instante. Su corazón ya era de Booth; no podía negarle su cuerpo.

Él sintió arder la pasión y se sintió aliviado. Hacía demasiado tiempo que las mujeres solo despertaban en él un tibio deseo. Sin embargo, no había ninguna tibieza en la pasión que sentía en ese instante. Era un sentimiento nítido y poderoso, como el viento que lo zarandeaba cuando se hacía al mar. Significaba libertad. Atrayéndola hacia sí, dejó que aquella sensación lo embargara.

Podía oler a Ariel: aquella fragancia suya cálida y provocativa que parecía exhalar su piel con cada latido. ¿Cuántas veces había creído sentir aquel perfume con solo pensar en ella?

Recordaba su sabor. Embriagador, generoso y cálido. Y el tacto de su cuerpo esbelto, suave, aún más cálido. Era ese calor el que inundaba a Booth, el que prometía colmado por entero. Booth lo necesitaba, aunque sin saberlo hubiera pasado años despojado de él. Quizá la necesitara a ella.

Pero, al comprender que quería más, retrocedió asustado. Ella abrió los ojos lentamente al sentir que la soltaba y lo miró fijamente, sin pestañear. Esta vez, vio algo más que un reflejo de sí misma. Vio deseos y cautela y un atisbo de emoción que la turbó.

—Tenía muchas ganas de que me besaras —murmuró.

Booth procuró calmarse, se forzó a pensar en algo que no fueran las emociones que ella agitaba en su interior.

—Yo no tengo nada que ofrecerte.

A Ariel, aquello le dolió, pero sabía que el amor no era indoloro.

—Creo que te equivocas. Claro que yo tengo cierta tendencia a precipitarme. Tú no —respiró hondo y retrocedió—. ¿Por qué no enciendes esto mientras yo hago la ensalada? —sin aguardar su respuesta, dio media vuelta y entró en la cocina.

«Cálmate», se dijo Ariel. Sabía que tenía que tranquilizarse para enfrentarse a Booth y a las emociones que suscitaba en ella. Booth no era hombre que aceptara sin más un caudal de emociones y exigencias. Si quería entrar en su vida, Ariel tendría que proceder con cautela y al ritmo que él marcara.

Booth no era tan duro y frío como aparentaba, pensó Ariel y, con una media sonrisa, empezó a lavar las hortalizas. Lo notaba por su risa y por los destellos de humor que brillaban en sus ojos. Y, naturalmente, estaba segura de que no habría podido enamorarse de un hombre sin sentido del humor. Le gustaba hacerle reír. Cuanto más tiempo pasaban juntos, más fácil le resultaba. Se preguntaba si él se daba cuenta. Canturreando, comenzó a partir un aguacate.

Booth la observaba desde la puerta. Ariel tenía en los labios una sonrisa y sus ojos conservaban esa luz a la que él se estaba acostumbrando en exceso. Utilizaba el cuchillo con la soltura de alguien habituado a las labores domésticas.

Booth se preguntaba por qué aquella escena tan sencilla ejercía sobre él una atracción tan intensa. Con solo mirada de pie junto al lavabo, con las manos ocupadas y el agua corriendo, sentía que se relajaba. ¿Que había en ella que hacía que le dieran ganas de poner los pies sobre la mesa y echar la cabeza hacia atrás? Se imaginaba a sí mismo acercándose a ella, rodeándole la cintura con los brazos y besándole el cuello. Debía de estar perdiendo la razón.

Ella sabía que estaba allí. Tenía los sentidos afilados, y más aún en lo que a Booth se refería. Sin darse la vuelta, siguió preparando la ensalada.

—¿Te ha costado encenderlo?

Él alzó una ceja.

—No.

—No tarda mucho en calentarse. ¿Tienes hambre?

—Un poco —se acercó a ella. No quería tocarla, pero deseaba estar un poco más cerca.

Sonriendo, ella alzó una fina rodaja de aguacate y le ofreció un mordisco. Ariel notó su mirada cautelosa mientras permitía que le metiera el aguacate en la boca.

—Yo nunca tengo un poco de hambre —le dijo, acabándose ella la rodaja de aguacate—. Siempre tengo un hambre feroz.

Booth se había prometido que no la tocaría, pero de pronto deslizó el dorso de la mano por su mejilla.

—Tu piel —murmuró— es tan hermosa... Parece de porcelana. Tiene el tacto del satén—su mirada se deslizó por el rostro de Ariel antes de que la besara—. No debería haberte tocado nunca.

A ella le palpitaba con fuerza el corazón. La inesperada ternura de Booth la desarmó por completo.

—¿Por qué?

—Porque conduce a algo más —pasó los dedos lentamente por el pelo de Ariel y luego dejó caer la mano—: Yo no tengo nada que ofrecerte, y tú quieres algo de mí —murmuró él.

Ella dejó escapar un suspiro tembloroso. Hasta ese momento no había sabido cuánto costaba refrenar las emociones. Nunca lo había intentado.

—Sí, es cierto. Pero, por ahora, solo quiero que cenes conmigo. Supongo que eso te resultará fácil.

Al ver que ella se disponía a girarse de nuevo hacia el fregadero, Booth la detuvo.

—Nada de esto va a ser fácil. Si seguimos viéndonos así, voy a llevarte a la cama.

Habría sido fácil, muy fácil, arrojarle en sus brazos. Pero él no aceptaría su entrega, ni ella podría sobrevivir al vacío que le dejaría su ausencia.

—Booth, soy una mujer adulta. Si me voy a la cama contigo, será porque quiera hacerlo.

Él asintió.

—Puede. Solo quiero asegurarme de que tengo elección —se dio la vuelta y la dejó sola en la cocina.

Ariel respiró hondo. Ella no tenía elección, pensó. No, en absoluto. Booth tenía que aprender a vivir sin aquella crispación. Tomando la bandeja de las chuletas, regresó al cuarto de estar.

—Alegra esa cara, DeWitt —le ordenó, y advirtió un atisbo de sorpresa en su rostro cuando se acercó a la barbacoa—. Yo tengo que vérmelas con el melodrama y la desgracia en cada episodio de la serie, pero no me los llevo a casa. Sirvete otra copa, siéntate y procura relajarte —Ariel colocó las chuletas en la parrilla, añadió un poco de pimienta, se acercó al estéreo y puso un disco de jazz, melancólico y dulce. Cuando se dio la vuelta, Booth seguía de pie, mirándola—. Lo digo en serio —le dijo—. Tengo unas normas muy rígidas respecto a la preocupación por las cosas que van a pasar. Van a pasar de todos modos, se piense mucho en ellas o no. Así que, ¿para qué perder el tiempo?

—¿Tan fácil es para ti?

—No siempre. A veces tengo que hacer grandes esfuerzos.

Pensativo, Booth sacó un cigarrillo.

—Tú y yo no podemos estar juntos —dijo tras encenderlo—. Yo no quiero a nadie en mi vida.

—¿A nadie? —ella sacudió la cabeza—. Eres demasiado inteligente para creer que se pueda vivir sin nadie. ¿Acaso no necesitas amistad, compañía, amor.

Exhalando el humo, él intentó ignorar el desasosiego que le causó su pregunta. Se había pasado más de dos años intentando convencerse de que no necesitaba a nadie. ¿Por qué de pronto le parecía que todo había sido en vano?

—Esas cosas requieren dar algo a cambio. Algo que yo ya no puedo dar.

—Que no quieres dar —la mirada de Ariel era pensativa; ya no sonreía—. Por lo menos, eres franco. Cuanto mejor te conozco, más me doy cuenta de que nunca mientes... salvo a ti mismo, claro.

—No hemos pasado juntos el tiempo suficiente como para que sepas cómo soy —él aplastó el cigarrillo y se metió las manos en los bolsillos—. Vas muy descaminada.

—¿No serás tú el que va descaminado? —replicó ella, y sacudió la cabeza al ver que él no contestaba—. Estás permitiendo que esa mujer te convierta en una víctima —murmuró—. Me sorprende que actúes así.

Él achicó los ojos. El verde de sus pupilas pareció cubrirse de escarcha.

—No abras puertas a menos que sepas lo que hay detrás, Ariel.

—Eso sería demasiado sensato —ella prefería la ira que en aquel momento percibía claramente en él. Con una media risa, se acercó a Booth y le puso las manos sobre los brazos—. En esta vida no hay diversión sin riesgos. Y yo no puedo vivir sin divertirme —lo apretó suavemente—. Mira, me gusta estar contigo. ¿Te parece mal?

—No estoy seguro —ella estaba volviendo a excitado con aquella leve caricia—. No sé si esto nos conviene a ninguno de los dos.

—Hazte un favor a ti mismo —sugirió ella—. No te preocupes por eso durante unos días, y ya veremos qué pasa —poniéndose de puntillas, le dio un beso fugaz, al mismo tiempo amistoso e íntimo—. ¿Por qué no preparas unas copas? —añadió, sonriendo—. Porque creo que se me están quemando las chuletas.

CAPÍTULO 5

—No, Griff, no pienso hablar sobre mi matrimonio —Amanda tomó una regadera azul y regó meticulosamente las plantas de la ventana de su despacho. La luz del sol que imitaban los focos del escenario entraba a raudales por el cristal.

—Amanda, en un pueblo como este es imposible guardar un secreto. Todo el mundo sabe que Cameron y tú ya no vivís juntos.

Ella tensó los hombros bajo la elegante chaqueta de traje.

—Me da igual quién lo sepa. Sigue siendo asunto mío —sin dejar de darle la espalda, examinó las flores de una violeta.

—Estás perdiendo peso y tienes ojeras. Maldita sea, Mandy, no soporto verte así.

Ella esperó un instante y luego se giró lentamente.

—Estoy bien. Puedo ocuparme de todo yo sola.

Griff dejó escapar una risa seca.

—Eso nadie lo sabe mejor que yo.

Algo brilló en los ojos de Ariel, pero su voz se mantuvo fría y expeditiva.

—Estoy ocupada, Griff.

—Déjame ayudarte —dijo él con repentina vehemencia—. Es lo único que quiero.

—¿Ayudarme? —su voz se heló mientras dejaba la regadera—. No necesito tu ayuda. ¿Crees que confiaría en ti después de lo que me hiciste? —ladeó la cabeza y los diminutos zafiros de sus orejas brillaron—. La única diferencia entre Cameron y tú es que a ti te dejé destrozarme la vida. No volveré a cometer el mismo error.

Él la agarró del brazo, enfurecido.

—Nunca me preguntaste qué estaba haciendo Vikki en mi habitación. Ni entonces, ni en todos estos meses. Pero te recuperaste enseguida y acabaste casada con otro.

—Todavía estoy casada con él —añadió ella suavemente—. Así que será mejor que me sueltes.

—¿Crees que eso va a detenerme ahora que sé que no lo quieres? —pasión, vehemencia, deseo: todas esas emociones emanaban de sus ojos, de su voz y de sus ademanes—. Lo noto al mirarte —continuó antes de que ella pudiera negarlo—. Te conozco mejor que nadie. Así que ve haciéndote a la idea —metió los dedos entre el pelo de Amanda y le soltó las horquillas. La cámara los enfocó desde más cerca—. Y acuérdate de esto también.

Atrayéndola hacia sí, Griff la besó apasionadamente. Ella estuvo a punto de apartarse. Pero solo a punto. Se quedó inmóvil un instante.

Luego alzó las manos hasta los hombros de Griff para apartarlo, pero en vez de hacerlo se aferró a él. Un suave gemido escapó de su garganta. Por un instante, quedaron unidos como antaño. Luego, él la apartó, sujetándola por los brazos. Entre ellos saltaban chispas de deseo y furia.

—Esta vez, no permitiré que te alejes de mí —le dijo él—. Esperaré, pero no mucho tiempo. Vuelve conmigo, Mandy. Tu sitio está conmigo.

Soltándola, Griff salió impetuosamente del despacho. Amanda se llevó una mano temblorosa a los labios y miró fijamente la puerta cerrada.

—¡Corten!

Ariel dobló la esquina de la pared del decorado de su despacho.

—Has comido cebollas a propósito.

Jack le tiró del pelo desordenado.

—Solo en tu honor, tesoro.

—Cerdo.

—Dios mío, me encanta que me insultes —Jack la tomó teatralmente en sus brazos y la echó hacia atrás con ímpetu exagerado—. Deja que te lleve a la cama y te demuestre el verdadero significado de la pasión.

—No hasta que te hayas comido un paquete entero de caramelos de menta, pequeño —dándole un fuerte empujón, Ariel se desasíó y se volvió hacia el director. El horno de los focos ya había sido apagado—. Neal, si ya hemos acabado por hoy, tengo una cita al otro lado de la ciudad.

—De acuerdo, lárgate. Nos vemos el lunes a las siete.

En su camerino, Ariel se despojó del elegante atuendo de Amanda y lo cambió por unos ligeros pantalones de algodón y una camisa de hombre. Se puso unos zapatos planos y salió del estudio. Fuera había un pequeño grupo de admiradores que aguardaba con la esperanza de ver a aparecer a alguien conocido. Al verla salir, se arremolinaron en torno a Amanda con sus libros de autógrafos en la mano, parlotando y haciéndole preguntas.

—¿Vas a volver con Griff?

Ariel miró a la muchacha de centelleantes ojos verdes y sonrió.

—No sé. Es tan irresistible...

—¡Es maravilloso! Quiero decir que sus ojos son tan verdes... —la chica empujó el chicle que estaba mascando a un lado de la boca y suspiró—. Yo me moriría si me mirara como te mira a ti.

Ariel pensó en otros ojos verdes y ella también estuvo a punto de suspirar.

—Habrá que esperar a ver qué pasa, ¿no? Me alegro de que os guste la serie —apartándose del gentío, se montó en un taxi. En cuanto dio la dirección, se arrellanó en el asiento.

Ignoraba por qué estaba tan cansada. Suponía que era la perspectiva de aquel encuentro lo que la hacía temblar como un flan. Ciertamente, desde hacía algún tiempo tenía problemas para dormir, pero otras veces había sufrido periodos de insomnio sin que ello le causara perturbación alguna.

Booth. Si su único desvelo hubiera sido Booth, habría podido manejar la situación fácilmente. O, al menos, eso pensaba. Pero también estaba Scott.

La idea de enfrentarse a los abuelos del niño no la asustaba, pero le crispaba los nervios. Ya había hablado con ellos otras veces. No había razón para creer que aquel encuentro fuera a ser distinto.

Recordó la sonrisa radiante de Scott en el zoo. Qué cosa tan sencilla. Y tan vital. Cómo se había aferrado a ella... Con solo pensarlo, se le partía el corazón. Si hubiera otro modo de hacer las cosas... Cerrando los ojos, suspiró. Ni siquiera su natural optimismo la inducía a creer que hubiera otro modo de proceder en aquel asunto. Al final, acabarían emprendiendo un largo y tortuoso proceso judicial para dirimir la custodia, y Scott se hallaría en el medio.

¿Qué era lo mejor? ¿Qué era lo correcto? Ariel deseaba que alguien pudiera aconsejada, que alguien le hablara y la confortara. Pero por primera vez en su vida se sentía incapaz de confiar en nadie. Cuanto más en secreto mantuviera aquel asunto, menos ocasiones habría de que Scott saliera perjudicado. Solo tenía que hacerle caso a su intuición y esperar.

Pagó al taxista con la mente puesta en otras cosas y penetró en el sobrio edificio de acero que albergaba las oficinas de sus abogados. De camino al piso trece, procuró hacer acopio de confianza. Tal vez aquella fuera su última oportunidad de hablar directamente con los abuelos de Scott. Tenía que hacerlo lo mejor posible.

El pequeño hormigueo que sentía en el estómago no era muy distinto al miedo escénico. Sintiendo cómoda con él, entró en las oficinas de Bigby, Liebowitz y Feirson.

—Buenas tardes, señorita Kirkwood —la recepcionista le lanzó una sonrisa radiante—. El señor Bigby la está esperando.

—Hola, Marlene. ¿Qué tal con el gatito?

—Oh, es muy listo. Mi marido casi no se cree que un cachorrito pueda aprender tantos trucos. Quería darle las gracias por habérmelo conseguido.

—Me alegro de que haya encontrado un buen hogar —se sorprendió entrelazando los dedos, un extraño signo de tensión. Dejó caer las manos deliberadamente mientras la recepcionista llamaba por el interfono.

—La señorita Kirkwood está aquí, señor Bigby. Sí, señor —se levantó al colgar el teléfono—. La acompaño. Si tiene tiempo antes de irse, señorita Kirkwood, a mi hermana le encantaría tener un autógrafo suyo. Nunca se pierde su serie.

—Se lo firmaré encantada —Ariel sintió de nuevo ganas de entrelazar los dedos, pero se refrenó. «Reserva los nervios para luego», se dijo, «cuando te los puedas permitir». Por una vez, intentaría aplicar la serenidad de Amanda a su vida privada.

—Ah, Ariel —el hombre desgarbado y barbudo que se hallaba sentado tras la mesa se levantó al verla entrar. La habitación olía levemente a menta y aceite de linaza—. Justo a tiempo.

—Yo nunca me pierdo una prueba —Ariel cruzó la mullida alfombra extendiendo ambas manos—. Tienes buen aspecto; Charlie.

—Me siento mejor desde que me convenciste para que dejara de fumar. Seis meses —dijo con una sonrisa—, tres días y... —miró su reloj—... cuatro horas y media.

Ella le estrechó las manos.

—Sigue contando.

—Tenemos un cuarto de hora antes de que lleguen los Anderson. ¿Quieres un café?

—Sí, por favor —dijo ella hundiéndose en un sillón de cuero de color crema.

Bigby pulsó el interfono.

—¿Puedes traernos café, Marlene? Bueno... —colgó el aparato y cruzó las manos pulcras y desprovistas de anillos, ¿qué tal te va?

—Tengo los nervios destrozados, Charlie —Ariel estiró las piernas y procuró relajarse. Primero los dedos de los pies; luego, los tobillos; después, todo lo demás—. Tú eres prácticamente la única persona con la que puedo hablar de esto. Y no estoy acostumbrada a tener secretos.

—Si las cosas van bien, no tendrás que mantenerlo en secreto mucho más tiempo.

Ella le lanzó una mirada directa.

—¿Qué posibilidades tenemos?

—Suficientes.

Exhalando un pequeño suspiro, Ariel sacudió la cabeza.

—Eso no basta.

Marlene llamó suavemente a la puerta y entró con la bandeja del café.

—¿Leche y azúcar, señorita Kirkwood?

—Sí, gracias —Ariel aceptó la taza y al instante se levantó y empezó a pasearse por la habitación—. Charlie, Scott me necesita.

«Y tú a él», pensó el abogado observándola.

—Ariel, tú eres una persona respetada y con buena reputación. Tienes un trabajo estable con excelentes ingresos, aunque puede argumentarse, y sin duda lo harán, que no es necesariamente un trabajo fijo. Le pagaste la universidad a tu hermano y colaboras con todas las organizaciones caritativas habidas y por haber —vio que ella sonreía y ello le complació—. Eres joven, pero no una niña. Los Anderson rondan ambos los sesenta y cinco años. Eso debería influir en el resultado, y, además, los sentimientos están de tu lado.

—Dios, odio pensar que tenga que haber lados en esto —murmuró ella—. En las discusiones, o en las guerras, hay partes en conflicto. Pero esto no puede ser una guerra, Charlie. Scott es solo un niño.

—Por difícil que sea, has de procurar pensar en este asunto en términos prácticos.

Asintiendo, ella se bebió distraídamente el café.

—Pero estoy soltera, y soy actriz.

—Hay pros y contras. Esta reunión fue idea tuya —continuó él—. No me gusta verte tan nerviosa.

—Tengo que intentarlo una última vez antes de ir a los tribunales. La idea de que Scott se vea obligado a testificar...

—Será solo una charla distendida en el despacho del juez, Ariel. No será traumático, te lo prometo.

—Para ti, no, ni puede que para él, pero para mí... —se dio la vuelta con los ojos enturbiados por la pasión—. Abandonaría, Charlie, te juro que abandonaría en este mismo instante si creyera que Scott es feliz con ellos. Pero cuando me mira... —interrumpiéndose, sacudió la cabeza. Sujetaba la taza de café con ambas manos y procuró relajadas—. Sé que me dejo llevar por mis emociones, pero nunca he sido capaz de juzgar de otro modo lo que está bien y lo que está mal. Si lo considero desde un punto de vista práctico, sé que ellos le proporcionarán comida, un techo y una educación. Pero criarlo... —se giró para mirar por la ventana—. No dejo de pensar en ello. ¿Estoy haciendo lo mejor para él, Charlie? Solo quiero estar segura.

Él permaneció un momento jugueteando con la pluma de oro que había encima de la mesa. Ariel formulaba preguntas difíciles. Jurídicamente, no cabía hablar de lo mejor, sino de lo justo conforme a la ley. Ambas cosas no eran necesariamente sinónimas.

—Ariel, tú conoces al niño. Aun a riesgo de parecer muy poco profesional, creo que debes hacer lo que te dicte el corazón.

Sonriendo, ella se dio la vuelta.

—Tienes razón. Además, nunca he sabido hacer otra cosa —ella vaciló un momento y luego tomó una decisión. Ya que había ido a pedir consejo, seguiría adelante—. Charlie, si te dijera que me he enamorado de un hombre que piensa que hay que evitar las relaciones de pareja a toda costa y que las actrices somos los seres más traicioneros del planeta, ¿tú qué dirías?

—Diría que es muy propio de ti. ¿Cuánto tiempo crees que tardarás en hacerle cambiar de opinión?

Riendo, ella se pasó una mano por el pelo.

—Tú siempre das en el clavo —dijo de nuevo.

—Siéntate y bébete el café, Ariel —le aconsejó Charlie—. Tú eres la primera en decir que, si algo tiene que ocurrir, acaba ocurriendo.

—¿Cuándo he dicho yo algo tan trillado? —preguntó ella; sentándose—. Está bien, Charlie —dejó escapar un largo suspiro—. ¿Quieres echarme un sermón sobre lo que debo decir y lo que debo callarme?

—¿Y de qué serviría? —él jugueteó con el borde del expediente de Ariel—. Vas a conocer al abogado de los Anderson, Basil Ford. Es un hombre minucioso y extremadamente conservador. Ya me he enfrentado a él otras veces.

—¿Y ganaste?

Bigby sonrió mientras se recostaba en la silla.

—Yo diría que quedamos empatados. Dado que esta es una reunión informal y voluntaria, Ford y yo tenemos poco que decir. Pero, si te hace alguna pregunta que no debas responder, yo me ocuparé de él —Bigby dejó meticulosamente la taza de porcelana inglesa en su platillo—. Aparte de eso, puedes decir lo que quieras, pero no des más explicaciones de las necesarias. Sobre todo, no pierdas la compostura. Si quieres gritar o llorar, espera a que se hayan ido.

—Has llegado a conocerme muy bien —murmuró ella—. Está bien, me mostraré tranquila y razonable—cuando el interfono sonó, Ariel cerró los puños.

—Sí, Marlene, hazlos pasar y tráenos más café —miró a Ariel, calibrando la tensión que percibía en sus ojos—. Esto es solo una conversación —le recordó—. No creo que hoy lleguemos a ninguna conclusión definitiva.

Ella asintió y procuró relajar las manos.

Cuando la puerta se abrió, Bigby se levantó jovialmente.

—Basil, me alegro de verte —le tendió la mano a aquel hombre estirado, de traje gris y pelo ralo—. Señor y señora Anderson, por favor, siéntense. Ahora mismo nos traen el café. Basil Ford, Ariel Kirkwood;

Ariel estuvo a punto de dejar escapar una tensa risita al oír aquella presentación más apropiada para un cóctel..

—Hola, señor Ford —su apretón de manos le pareció firme y su mirada amenazadora.

—Señorita Kirkwood —él se sentó suavemente con el maletín a su lado.

—Hola, señor Anderson, señora Anderson.

La mujer saludó a Ariel con una inclinación de cabeza, y su marido le estrechó la mano con un apretón breve y formal.

Los Anderson siempre producían en Ariel la misma impresión. Ambos eran muy estirados, sin duda debido a sus años en el ejército. Anderson se había retirado diez años antes del servicio activo con el grado de coronel, y su mujer había sido enfermera del ejército en su juventud. Se habían conocido durante la guerra, habían servido juntos y se habían casado. Su complicidad, la intimidad de sus pensamientos y de sus valores compartidos, era palpable. Tal vez por eso, pensó Ariel, les costaba tanto comprender el punto de vista de los demás.

Los Anderson se sentaron juntos en un mullido sofá de dos plazas. Iban ambos vestidos con formalidad. Ella tenía el pelo gris recogido hacia atrás; el de él, blanco como la nieve, estaba cortado casi al cero. Sintiendo su desaprobación, Ariel contuvo un suspiro. Sabía que nunca podría congeniar con ellos.

Mientras les servían el café, Bigby guió la conversación hacia asuntos triviales. Los Anderson contestaban educadamente, ignorando a Ariel cuanto les era posible. Dado que le hacían caso omiso, ella no se molestó en formularles ninguna pregunta directa. Ya les había soliviantado bastante.

Ariel comprendió que había llegado el momento de la verdad cuando Bigby se sentó tras su mesa y cruzó las manos sobre la superficie de esta.

—Creo que estaremos todos de acuerdo en que tenemos una preocupación común —empezó el abogado—. El bienestar de Scott.

—Por eso estamos aquí —dijo Ford con naturalidad.

Bigby miró fugazmente a Ford y luego fijó su mirada en los Anderson.

—Siendo así, un encuentro informal como este, en el que podemos intercambiar puntos de vista y alternativas, debería redundar en beneficio de todos.

—Naturalmente, la principal preocupación de mis clientes es el bienestar de su nieto —dijo Ford con su hermosa voz de orador antes de beber un sorbo de café—. Por supuesto, las pretensiones de la señorita Kirkwood también son comprensibles. En cuanto al asunto de la custodia, no hay duda acerca de los derechos y de la capacidad de los señores Anderson.

—Ni respecto a los de la señorita Kirkwood —apostilló Bigby suavemente—. Pero hoy no vamos a hablar de derechos, ni de capacidades, sino del pequeño Scott. Quisiera dejar claro que, en este momento, no pretendemos cuestionar sus intenciones, ni su capacidad para cuidar al niño —dijo dirigiéndose de nuevo a los Anderson e ignorando hábilmente a su colega—. La cuestión es qué es lo mejor para Scott como individuo.

—El lugar de mi nieto —empezó a decir el señor Anderson con su voz profunda y rasposa— está con nosotros. Está bien alimentado, bien vestido y bien educado. Su instrucción se efectuará conforme a un sentido del orden: Irá a los mejores colegios que sea posible.

—¿Y qué me dicen del afecto? —dijo Ariel sin poder contenerse—. De lo que el dinero no puede comprar —echándose hacia delante, fijó su atención en la abuela de Scott—. ¿Le darán amor?

—Esa es una pregunta abstracta, señorita Kirkwood —intervino Ford ásperamente—. Si pudiéramos...

—No, no lo es —lo atajó Ariel antes de volver a mirar a los Anderson—. No hay nada más tangible que el amor. No hay nada más fácil de dar o de negar. ¿Abrazarán a Scott por, la noche si le asusta la oscuridad? ¿Lo escucharán cuando necesite hablar con alguien?

—No pensamos malcriarlo si es eso a lo que se refiere —Anderson dejó su café y apoyó una mano sobre la rodilla—. Los valores de un niño se moldean en sus primeros años. Esas fantasías que usted alienta en él no son saludables. No pienso consentir que mi nieto viva en un mundo de fantasías.

—Un mundo de fantasías —Ariel lo miró fijamente y percibió su sólida muralla defensiva—. Señor Anderson, Scott tiene una imaginación maravillosa. Está lleno de vida y de ilusiones.

—Ilusiones —los labios de Anderson se fruncieron—. Las ilusiones solo servirán para que busque lo que no existe, para que desee lo que no puede conseguir. Los niños necesitan tener sólidos cimientos en la realidad. En lo que existe. Usted se gana la vida fingiendo, señorita Kirkwood. Mi nieto no vivirá en un cuento de hadas.

—El día tiene veinticuatro horas, señor Anderson. ¿No hay suficiente dosis de realidad en tanto tiempo para que podamos dejarle una pequeña porción a la fantasía? Todos los niños necesitan tener ilusiones, sobre todo Scott, después de todo lo que le ha sido arrebatado. Por favor... —su mirada se posó en la señora Anderson, que se mantenía con la espalda muy erguida, sentada en el sofá—. Ustedes saben lo que es sufrir. Scott perdió a las dos únicas personas en el mundo que significan para él el amor, la seguridad, la normalidad. Todas esas cosas deben serle restituidas.

—¿Y tiene que ser usted quien se las restituya? —la señora Anderson permaneció muy tiesa, mirándola fijamente. Ariel advirtió en sus ojos vestigios de sufrimiento—. Yo seré quien críe al niño de mi hija.

—Señorita Kirkwood —dijo Ford suavemente, y cruzó las piernas—, para entrar en asuntos de índole más práctica, sé que actualmente desempeña usted un papel protagonista en un... en una serie televisiva diurna, creo que lo llaman. Eso equivale a un trabajo estable con ingresos regulares. Pero, para ser sinceros, es habitual que esas cosas cambien de la noche a la mañana. ¿Cómo mantendría a un niño si sus ingresos se vieran interrumpidos?

—Eso no sucederá —Bigby la miró fijamente, y Ariel procuró refrenar su genio—. Tengo un contrato. Además, acabo de comprometerme a hacer una película con P.B. Marshall.

—Eso es impresionante —dijo Ford—. Sin embargo, estoy seguro de que usted será la primera en admitir que su profesión es célebre por su precariedad.

—Ya que vamos a hablar de estabilidad económica, señor Ford, le aseguro que soy perfectamente capaz de proporcionarle a Scott el bienestar material que necesita. Si mi carrera decayera, sencillamente me buscaría un trabajo complementario. Tengo experiencia en el comercio y la hostelería —una leve sonrisa se formó en sus labios al recordar los tiempos en que vendía maquillaje y perfume o servía mesas—. Pero no creo que ninguno de nosotros piense que el primer requisito para garantizar la felicidad de un niño sea una abultada cuenta bancaria —dijo con calma y con solo una pizca de soma.

—No, pero estoy seguro de que todos coincidimos en que el bienestar económico del niño es de la mayor importancia —dijo Bigby, poniendo sobre aviso a Ariel con el sutil tono de su voz—. No hay duda de que tanto los Anderson como mi cliente son capaces de ofrecerle a Scott sustento, techo, educación, etc...

—Luego está también la cuestión del estado civil —Ford se pasó suavemente un largo dedo por el lateral de la nariz—. La señorita Kirkwood es soltera y trabaja fuera de casa. ¿De cuánto tiempo dispondría para ocuparse de Scott?

—De todo el que sea necesario —dijo Ariel con sencillez—. Yo sé cuáles son mis prioridades, señor Ford.

—Puede ser —asintió él, descansando una mano sobre el brazo de su silla—. Y también puede ser que no lo haya pensado usted con detenimiento. No habiendo criado nunca a un niño, tal vez no sea plenamente consciente del tiempo que requiere esa tarea. Según creo, tiene usted una vida social muy activa, señorita Kirkwood.

Sus palabras y el tono de su voz eran suaves; su insinuación, evidente. En cualquier otra situación, Ariel se habría echado a reír.

—No tan activa como afirman las revistas, señor Ford.

Él asintió de nuevo.

—Además es usted una mujer joven y atractiva. Sin duda es razonable suponer que se casará en algún momento. ¿Ha pensado en lo que supondría para su futuro esposo la responsabilidad de criar al hijo de otras personas?

—No —ella entrelazó los dedos—. Si amara lo bastante a un hombre como para casarme con él, ese hombre tendría que aceptar a Scott como parte de mi vida. De otro modo, yo no podría amarlo.

—Si tuviera que elegir...

—Basil —Bigby levantó una mano y, aunque sonreía, su mirada era dura—, no deberíamos estancarnos en esa clase de especulaciones. Nadie espera que resolvamos el asunto de la custodia hoy mismo. Lo que pretendemos es tener una idea más clara de las intenciones de cada parte. De lo que tus clientes y la mía quieren para Scott.

—Su bienestar —dijo el señor Anderson secamente.

—Su felicidad —murmuró Ariel—. Quisiera creer que son lo mismo.

—Es usted igual que su hermano —la voz de Anderson sonó baja y afilada como el chasquido de un látigo—. Felicidad... Él predicaba la felicidad a toda costa, y por su culpa mi hija abandonó todas sus responsabilidades, su educación, sus valores... Embarazada a los dieciocho años, casada con un estudiante sin blanca que ponía más empeño en volar una cometa que en mantener un trabajo decente...

La boca de Ariel tembló al sentir la acometida del dolor. No, no derrocharía energías defendiendo a su hermano. Su hermano no necesitaba defensa alguna.

—Se querían —dijo.

—Quererse... —las mejillas de Anderson se colorearon, el primer y único signo de emoción que Ariel advirtió en él—. ¿Cree sinceramente que con eso basta?

—Sí. Eran felices juntos. Tuvieron un hijo precioso. Tenían ilusiones —Ariel tragó saliva, sintiendo ganas de llorar—. Mucha gente no tiene esa suerte.

—Barbara todavía estaría viva si se hubiera mantenido alejada de él.

Ariel miró a la mujer mayor y advirtió su dolor. Sus manos fuertes y huesudas temblaban levemente; su voz se quebraba. Ariel reconoció aquella combinación de sufrimiento y cólera.

—Jeremy también murió, señora Anderson —dijo suavemente—. Pero Scott está vivo.

—Su hermano mató a mi hija —los ojos de la mujer brillaron contra su piel repentinamente pálida.

—Ah, no, eso sí que no —Ariel levantó una mano, sacudida por aquellas palabras y arrastrada por el dolor—. Señora Anderson, Jeremy adoraba a Barbara. Nunca le habría hecho daño.

—La montó en aquel avión. A Barbara no se le había perdido nada en uno de esos aeroplanos. No habría subido si él no se la hubiera llevado.

—Señora Anderson, sé cómo se siente...

La mujer rechazó el gesto de consuelo de Ariel y su respiración se hizo de pronto rápida y entrecortada.

—No diga que sabe cómo me siento. Barbara era mi única hija. Mi única hija —levantándose, le lanzó a Ariel una mirada helada en la que temblaban las lágrimas—. No pienso hablar de Barbara ni de su hijo con usted —salió del despacho con pasos rápidos y contenidos que la alfombra amortiguó.

—No consentiré que moleste a mi esposa —el señor Anderson se levantó, erguido e inflexible—. No hemos conocido más que dolor desde que oímos por primera vez el nombre de los Kirkwood.

Sin decir más, dio media vuelta y salió del despacho.

—Mis clientes son muy susceptibles respecto a este asunto, lo cual es perfectamente comprensible —la voz de Ford era tan suave que Ariel apenas la oía.

Asintiendo ligeramente, se acercó a la ventana y miró fuera.

No prestó atención a la reposada conversación que los abogados mantenían tras ella. En lugar de hacerlo, se concentró en el flujo del tráfico que, treinta pisos más abajo, veía pero no podía oír. Deseaba estar allí abajo, rodeada de coches, autobuses y gente.

Era extraño que hubiera estado a punto de convencerse de que se había resignado a la muerte de su hermano. Ahora aquella ira impotente se apoderó de nuevo de ella hasta que sintió ganas de gritar. De gritar una sola pregunta. ¿Por qué?

—Ariel —Bigby le puso una mano en el hombro y repitió su nombre antes de que ella volviera la cabeza. Ford y —sus clientes se habían ido—, ven, siéntate.

Ella alzó una mano para tocar la del abogado.

—No, estoy bien.

—Y un cuerno estás bien.

Con una media risa, ella apoyó la frente contra el cristal.

—Lo estaré dentro de un momento. ¿Por qué será, Charlie, que nunca creo que las cosas puedan ser duras o feas hasta que ocurren? E incluso entonces... incluso entonces no logro comprenderlo.

—Eso es porque siempre buscas lo mejor de las cosas. Es un maravilloso talento que tienes.

—O un mecanismo de evasión —murmuró ella.

—No empieces a hacerte reproches, Ariel —su voz sonó más áspera de lo que esperaba, pero vio con satisfacción que ella erguía los hombros—. Otro talento tuyo es ser capaz de suscitar emociones en los demás. Pero procura no hacerlo con los Anderson.

Ariel dejó escapar un largo suspiro y siguió mirando hacia la calle.

—Lo están pasando mal. Ojalá hubiera un modo de que expresaran su dolor, en vez de arrojárse a otros en forma de reproches. Pero no hay nada que yo pueda hacer por ellos —musitó cerrando los ojos un instante—. Charlie, el sitio de Scott no está con ellos. Él es lo único que me preocupa. Ni una sola vez se han referido a él por su nombre. Siempre dicen «el niño», o «mi nieto», nunca Scott. Es como si no pudieran concederle identidad propia, tal vez porque se parece demasiado a Jeremy —ella apoyó un momento las manos sobre el quicio de la ventana—. Yo solo quiero lo mejor para Scott..., aunque no sea yo.

—Vamos a ir a los tribunales, Ariel, y será muy, muy difícil para ti.

—Ya me lo has explicado otras veces. Y no me importa.

—No puedo darte ninguna garantía respecto al resultado.

Ella se humedeció los labios y giró la cara hacia él.

—Eso también lo sé. Tengo que convencerme de que, pase lo que pase, será lo mejor para Scott. Si pierdo, es que tenía que ser así.

—A riesgo de mostrarme muy poco profesional... —le tocó las puntas del pelo—, ¿qué hay de lo mejor para ti?

Con una sonrisa, ella tomó su cara entre las manos y le dio un beso en la mejilla.

—Yo soy una superviviente, Charlie. Soy muchísimo más dura de lo que parezco. Es de Scott de quien hemos de preocuparnos.

Bigby observó que Ariel seguía pálida y que sus ojos brillaban en exceso.

—Deja que te invite a una copa.

Ariel le frotó la barba con los nudillos.

—Estoy bien —dijo con firmeza—. Y tú estás ocupado —volviéndose, recogió su bolso. Sentía un temblor en el estómago. Lo único que quería era tomar el aire y aclarar sus ideas—. Solo necesito pasear un rato —dijo casi para sí misma—. Después de reflexionar sobre todo esto, me sentiré mejor —se detuvo en la puerta y miró hacia atrás. Bigby seguía de pie junto a la ventana, con una mueca de preocupación en el rostro—. ¿Puedes decirme que tenemos alguna posibilidad de ganar?

—Sí, eso puedo decírtelo. Ojalá pudiera decirte algo más.

Sacudiendo la cabeza, Ariel abrió la puerta.

—Con eso basta. Tiene que bastar.

CAPÍTULO 6

Booth pensó en tirar todo lo que había escrito esa mañana. Eso era lo que hacía la gente sensata con la basura. Recostándose en su silla, miró con el ceño fruncido la página mecanografiada hasta la mitad que tenía frente a sí y el montoncillo de páginas acabadas junto a la máquina de escribir. Claro que tal vez al día siguiente ya no le parecería basura y podría salvar algo.

No recordaba la última vez que su trabajo había embarrancado de aquel modo. Era como labrar palabras en granito: una labor lenta y agotadora cuyo resultado final no era nunca perfectamente claro ni preciso. Sudaba, le dolían los músculos y los ojos, y apenas avanzaba. Ese día había dedicado diez, horas al guión, y quizá solo la mitad de ellas con plena concentración. Se sentía desenfocado. Era exasperante.

Y todo por culpa de Ariel.

¿Qué demonios iba a hacer al respecto? Booth se pasó las manos por la cara con cansancio. Nunca había conocido a una mujer a la que no hubiera podido arrojar de su mente durante largos periodos de tiempo; ni siquiera a Liz en el apogeo de su desastroso matrimonio. Pero Ariel... Profiriendo una leve exclamación de fastidio, Booth se apartó de la máquina de escribir. Ariel estaba rompiendo todas las normas. Sus normas, las que él mismo había forjado para sobrevivir.

Y lo peor era que solo deseaba estar con ella. Ver su sonrisa, oír su risa, escucharle hablar de cualquier cosa, por absurda que fuera. Lo menos llevadero de todo ello era el deseo que se agitaba continuamente bajo la superficie de sus pensamientos. Booth poseía el infausto don de la imaginación de un escritor. No tenía que hacer esfuerzo alguno para sentir cómo ardería la piel de Ariel bajo sus manos, cómo daría y tomaría ella su boca. Y no le costaba ningún trabajo imaginar cómo le complicaría la existencia.

Dado que iban a trabajar juntos, lo mejor sería mantener las cosas dentro de unos cauces razonables. Hacer el amor con ella le parecía inevitable. Tan inevitable que Booth sabía que tendría que afrontar inexorablemente las consecuencias. Pero, por ahora, con la casa en silencio a su alrededor y la cabeza llena de imágenes de Ariel, solo podía pensar en poseerla. Por todo había que pagar un precio. ¿Acaso no lo sabía él mejor que nadie?

Bajando la mirada hacia su trabajo, pensó que ya había empezado a pagarlo. Su obra se estaba resintiendo porque no lograba mantener la concentración. Su ritmo, normalmente fluido, se había vuelto errático y fragmentado. A lo que acababa de escribir le faltaba el impecable lustre de su estilo.

Se sorprendía demasiado a menudo mirando al infinito, lo cual no era raro en un escritor. Pero no eran sus personajes los que ocupaban su imaginación. Con frecuencia se levantaba antes del amanecer, tras una larga noche sin reposo. Sin embargo, no era la trama de su nueva obra lo que le impedía conciliar el sueño.

Era Ariel.

Pensaba demasiado en ella, y con excesiva fijación como para sentirse tranquilo. Y él protegía su tranquilidad como si fuera un tesoro. Su trabajo siempre había sido de vital importancia para él. Quería que así siguiera siendo. Sin embargo, estaba permitiendo que alguien interfiera en su camino. ¿Permitiendo? Booth sacudió la cabeza mientras encendía un cigarrillo. Él era un hombre de palabras, de matices de significado, y sabía que esa no era la expresión adecuada. Él no le había franqueado a Ariel el paso hacia su imaginación. Ella la había invadido sin su permiso.

El humo le raspaba la garganta. Demasiados cigarrillos, pensó dando otra calada. Demasiados días y noches inacabables. Estaba forzando la máquina, y de vez en cuando se preguntaba por qué. No se trataba de una cuestión de ambición, si por ambición se entendía la búsqueda de fama y dinero. La fama en sí misma no le interesaba, Y el dinero nunca había sido su principal motivación. Quizá siempre había buscado, en cambio, el éxito, y por ello había insistido en la calidad de todo lo que se relacionaba con su nombre. Pero era más bien una cuestión de obsesión: eso había sido para él la escritura desde la primera vez que puso pluma sobre papel. Y, cuando uno tenía una obsesión, era fácil tener dos. Booth miró fijamente la página a medio escribir y pensó en Ariel.

El timbre sonó dos veces antes de que se levantara a abrir. Si su trabajo hubiera fluido como debía, habría ignorado por completo la llamada.

Pero las interrupciones, pensó con desgana mientras se alejaba del escritorio, a veces tenían sus ventajas.

—Hola —Ariel le sonrió sin sacar las manos de los bolsillos. Era el único modo que tenía de impedir que se entrelazaran—. Sé que debería haber llamado, pero estaba paseando y pensé que tal vez, con un poco de suerte, no estarías escribiendo una escena culminante.

«Estás parloteando», se dijo, y cerró las manos.

—Hace horas que no escribo una escena culminante —la observó un momento, dándose cuenta de que, bajo su sonrisa y su voz animada, había sufrimiento. Una semana antes, quizás unos días antes, la habría despachado con cualquier excusa—. Entra.

—Debo de haberte pillado en un buen momento —comentó Ariel cruzando el umbral—. Si no, te habrías puesto a gruñirme. ¿Estabas trabajando?

—No, ya lo había dejado.

Ella parecía a punto de estallar, pensó Booth.

Su naturalidad, sus comentarios joviales, no lograban enmascarar su evidente tristeza. Se le notaba en los ojos, en los gestos. Una mirada rápida bastó para que Booth advirtiera que tenía los puños apretados. ¿Tensión? No lograba asociar esa palabra con Ariel. Booth deseó tocarla, tranquilizarla, y tuvo que recordarse que no debía meterse en los problemas de nadie.

—¿Quieres una copa?

—No... Sí —se corrigió ella. Tal vez una copa la calmaría más que el paseo de dos horas que había dado—. Lo que tengas a mano. Hace un día precioso —Ariel se acercó a la ventana y de pronto recordó que había hecho lo mismo en el despacho de Bigby. Se volvió, dándole la espalda a la vista—. Hace calor. Hay flores por todas partes. ¿Has salido?

—No —él le dio un vermú seco sin ofrecerle una silla. Sabía que, en aquel estado de ánimo; ella no podría estarse quieta.

—Pues no deberías perdértelo. Los días perfectos— son muy raros—bebió y aguardó a que sus músculos se distendieran—. Yo iba a dar un paseo por el parque y de pronto me encontré aquí.

Él esperó un momento mientras ella miraba su vaso.

—¿Por qué?

Ariel levantó lentamente los ojos.

—Necesitaba estar con alguien... y se me ocurrió venir aquí. ¿Te molesta?

Debía molestarle. Dios sabía que deseaba que así fuera.

—No —sin pensarlo, Booth dio un paso adelante—. ¿Quieres hablar de ello?

—Sí —aquella palabra emergió como —un suspiro—. Pero no puedo —dándose la vuelta, dejó el vaso. No iba a tranquilizarse. ¿Por qué había creído que podría hacerlo?—, Booth, yo rara vez siento que no puedo manejar una situación, o me encuentro tan asustada que huir me parece la mejor solución. Pero, cuando ocurre, necesito apoyarme en alguien.

Booth comenzó a acariciarle el pelo y le volvió la cara hacia él antes de poder sopesar los pros y los contras de sus actos. La abrazó antes de que ninguno de los dos pudiera sorprenderse de la sencillez de aquel gesto.

Ariel se aferró a él notando que una sensación de alivio la invadía. Booth era fuerte. Tan fuerte que aceptaba la fortaleza de Ariel y comprendía sus momentos de debilidad. Ella necesitaba ese apoyo básico sin preguntas ni exigencias. El pecho de él era duro y firme. Sus manos se deslizaban suavemente por la espalda de Ariel. Booth no dijo nada. Por primera vez desde hacía horas, Ariel sintió que recobraba el equilibrio. La bondad ajena le daba esperanzas. Ella siempre había podido sobrevivir alimentándose solo de eso.

«¿Qué le preocupa?», se preguntaba Booth. Podía sentir el miedo de Ariel por el modo en que sus manos se aferraban a él. Incluso cuando advirtió que empezaba a relajarse recordó el modo frenético en que se había agarrado a él al principio. ¿Su trabajo?, pensó. ¿O algo más personal? En cualquier caso, nada tenía que ver con él. Y, sin embargo, al percibir su fragilidad, sintió que aquello lo incumbía.

Tenía que apartarse. Rozó el pelo de Ariel con un beso y aspiró su perfume. No podía bajar las barreras defensivas. Sus labios se desplazaron suavemente por la piel de Ariel.

—Quiero ayudarte —las palabras atravesaron velozmente su cabeza y emergieron antes de que se diera cuenta de ello.

Ariel lo abrazó con fuerza. Aquella frase significaba más, infinitamente más, que un «te quiero». Sin saberlo, Booth acababa de darle cuanto necesitaba.

—Ya lo has hecho —ella echó la cabeza hacia atrás para mirarlo a la cara—. Lo estás haciendo en este momento.

Alzando una mano, ella pasó los dedos sobre su cara de huesos largos y firmes, sobre la piel tersa que la barba que empezaba a crecerle hacía más áspera. El amor la sacudía con tanta fuerza que le resultaba imposible ignorarlo. Necesitaba compartirlo, si no verbalmente, al menos sí con el contacto.

Acorió lenta y suavemente la distancia que los separaba y le rozó los labios. Bajó los párpados, pero por entre las pestañas vio que él la estaba mirando fijamente a los ojos. La intensidad de su mirada no parecía haberse alterado. Ariel comprendió que estaba sopesando su estado de ánimo y poniéndolo a prueba.

Fue él quien cambió de ángulo sin aumentar la presión. Jugó suavemente con la boca de Ariel, lamendo su terso labio inferior, trazando su forma con la punta de la lengua hasta que el cosquilleo que ella sentía en el estómago se difundió por su pecho. Booth necesitaba empaparse de su feminidad, de su individualidad. Quería conocerla físicamente; necesitaba—comprender las sutilezas de su mente. Sintiendo que su cuerpo se entregaba y que su espíritu se rendía, Ariel se preguntó por qué no gritaba el amor que sentía.

A Booth le asombró la emoción que emanaba de ella. Nunca había abrazado a una mujer capaz de un sentimiento semejante, ni a ninguna que, al poseerlo, lo exigiera también a cambio. No se trataba simplemente de una reacción física. Booth lo sabía, pese a que su juicio empezaba a naufragar. Quería ofrecerle algo a Ariel. Y, aunque quisiera, sabía que no podía. Solo los necios asumían riesgos excesivos, y él no podía permitirse comportarse como un necio por segunda vez. Sin embargo, podía demostrarle compasión. Aunque no pudiera ofrecerle nada más, podía concederle unas pocas horas de consuelo, fuera lo que fuese lo que la angustiaba. Deslizó las manos por los brazos de Ariel por el puro placer de hacerlo.

—¿De veras hace tan buen día? —preguntó.

Ariel sonrió. Sus dedos permanecían aún sobre la cara de Booth; sus labios, a solos unos centímetros de los de él.

—Un día espectacular.

—Entonces, salgamos —Booth se detuvo el tiempo justo para darle la mano antes de dirigirse a la puerta.

—Gracias —Ariel apoyó un instante la cabeza en su hombro en una sencilla muestra de afecto a la que Booth no estaba acostumbrado. Eso hizo que se sintiera bien y, al mismo tiempo, lo inquietó.

—¿Por qué?

—Por no hacerme preguntas —Ariel entró en el ascensor, se apoyó en la pared y suspiró.

—Por lo general, procuro no meterme en las vidas ajenas.

—¿Ah, sí? —ella abrió los ojos y sonrió—. Yo no. Soy una cotilla incorregible, como casi todo el mundo. A todos nos gusta ver dentro de los demás. Tú simplemente lo haces con más sutileza que la mayoría.

Booth se encogió de hombros mientras el ascensor llegaba al vestíbulo.

—No es nada personal.

Ariel salió riendo. Balanceando el bolso colgado del hombro, echó a andar con su paso rápido.

—Oh, sí, sí que lo es.

Él se detuvo un momento y el humor de los ojos de Ariel pareció reflejarse en los suyos.

—Sí —reconoció—, lo es. Pero, claro, siendo escritor, puedo observar, diseccionar y robar los pensamientos y las emociones de los demás sin tener que involucrarme en sus vidas hasta el punto de verme obligado a darles consejo u ofrecerles consuelo, o incluso mostrarles compasión.

—Eres, demasiado duro contigo mismo, Booth —murmuró Ariel—. Demasiado duro.

Él frunció el ceño, sorprendido. Le habían acusado de muchas cosas, pero nunca de aquello.

—Soy realista.

—En cierto modo sí. Pero, en otros aspectos, eres un soñador. Todos los escritores son soñadores en cierto modo, del mismo modo que lo son en cierta forma los actores y los niños. No tiene nada que ver con la astucia, ni con el pragmatismo, ni con la inteligencia. Es algo que va con el oficio —salió a la calle caldeada por el sol—. A mí me gusta ser una niña, y a ti te gusta ser un soñador. Solo que no quieres admitirlo.

Booth pensó que debía sentirse molesto y que, sin embargo, se sentía complacido.

—Pareces creer que me conoces muy bien.

—No, pero creo haber arañado ligeramente la superficie —le lanzó una mirada maliciosa—. Y tienes una superficie muy dura.

—Tú, en cambio, la tienes muy delicada —de pronto tomó la cara de Ariel con una mano y la observó detenidamente. Sus dedos eran firmes, como si esperara resistencia—. O eso parece —¿cómo podía estar seguro?, se preguntaba. ¿Cómo podía alguien estar seguro de otra persona?

Ariel no pareció inquietarse.

—Debajo hay un poco más que no se ve a simple vista.

—Tal vez por eso seas tan buena actriz —pensó él en voz alta—. Absorbes fácilmente a tus personajes. ¿Cuánto hay de ti y cuánto de tu papel?

Cuando Booth bajó la mano, Ariel comprendió que aún no estaba preparado para confiar en ella.

—No puedo contestar a esa pregunta. Quizá cuando acabe la película, puedas contestarla tú mismo.

Él inclinó la cabeza, asintiendo. Era una buena respuesta; quizá la mejor posible.

—Querías dar un paseo por el parque.

Ariel lo agarró del brazo cálidamente.

—Sí. Te invito a un helado.

Booth giró la cabeza mientras paseaban.

—¿De qué sabor?

—De cualquiera, menos de vainilla —dijo Ariel alegremente—. La vainilla es demasiado insípida para un día como hoy.

Tenía razón, decidió Booth. Hacía un día espectacular. La hierba era verde, las flores vívidas y pujantes. Podían olerse todos los aromas del parque. Había cacahuetes y palomas, y corredores entusiastas que pasaban a su lado ataviados con elásticas cintas de colores, mallas de correr y el sudor corriéndoles por la espalda. La primavera pronto daría paso al verano. Las hojas de los árboles habían perdido el verde tierno que lucían unas semanas antes para adquirir un lozano color oscuro. Las sombras se desplegaban, tentadoras, y el sol caldeaba los bancos y los senderos. Booth sabía que Ariel elegiría el sol. Y mientras caminaba a su lado se preguntaba por qué hacía tanto tiempo que él no buscaba su calor.

Mientras se comía un helado cubierto de chocolate y nueces, Ariel pensaba en Scott. Sin embargo, la angustia había desaparecido. Solo le había hecho falta apoyarse, en alguien un momento, absorber el vigor emocional de otra persona, para recuperar la fe. Sentía la cabeza despejada de nuevo y le parecía que sus nervios habían desaparecido. Riendo, se arrojó en brazos de Booth y lo besó con vehemencia.

—Es el helado, que se me sube a la cabeza —todavía se reía cuando se montó en un columpio—. Y el sol —se echó hacia atrás e impulsó los pies hacia delante para balancearse. Su pelo casi rozaba el suelo. Era exquisitamente pálido a la luz oblicua del sol. Al caer hacia atrás, dejaba su rostro despejado y radiante. Su tez se coloreó ligeramente cuando se impulsó de nuevo y se dejó mecer por el columpio.

—Pareces una experta —Booth se apoyó contra el palo del balancín mientras ella extendía las piernas.

—Lo soy. ¿Me acompañas?

—Prefiero mirar.

—Esa es una de las cosas que más me gustan de ti —Ariel volvió a extender las piernas para ganar altura y disfrutó de la sensación que el balanceo le produjo en el estómago—. ¿Cuándo fue la última vez que te montaste en un columpio?

Un recuerdo afloró a la mente de Booth: se vio a sí mismo con cinco o seis años, con su niñera de impecable uniforme y cara redondeada. Ella le empujaba en un balancín y él gritaba alegremente y le pedía que lo impulsara más y más alto. En aquel momento, para él no había nada más en la vida que aquel excitante movimiento pendular. De pronto, Booth comprendió porqué decía Ariel que le gustaba ser una niña.

—Hace un siglo —murmuró él.

—Demasiado tiempo —rozando el suelo con los pies, Ariel ralentizó el balanceo—. Móntate conmigo —se apartó el pelo de los ojos y sonrió al ver la expresión de perplejidad de Booth—. Puedes ponerte de pie, con un pie a cada lado mío. El columpio aguantará..., si aguantas tú —añadió con un tono de desafío que hizo que él frunciera el ceño.

—¿Qué, practicando tus dotes de psiquiatra?

La sonrisa de Ariel se hizo más amplia:

—¿Funcionan?

Se estaba riendo de él otra vez y, a pesar de que lo sabía, Booth mordió el anzuelo.

—Eso parece —se acercó a ella por detrás y agarró la cadena con ambas manos—. ¿A qué altura quieres llegar?

Ariel echó la cabeza hacia atrás y le sonrió.

—Lo más alto que podamos.

—Bueno, pero luego no te quejes —le advirtió Booth mientras empezaba a empujarla.

—¡Ja! —Ariel se echó hacia atrás el pelo y se agarró con fuerza—. Eso ni lo sueñes, DeWitt.

Ariel sintió que saltaba temerariamente al columpio y de pronto empezaron a volar. Ella se impulsó con el cuerpo hasta que el ritmo del balanceo se hizo regular. El Cielo oscilaba sobre ella, azul y espolvoreado de nubes. La tierra se mecía, marrón y verde. Ariel apoyó la cabeza en el muslo de Booth y se dejó llevar por aquellas sensaciones.

Olía a hierba pisoteada y bañada por el sol y a tierra seca. Risas de niños, arrullos de palomas, tráfico... Ariel oía éada sonido diferenciado y mezclado con los otros. El aire dulce y ligero sabía a primavera. La imagen de una sandía cruzó su cabeza. Sí, en eso pensaba mientras la brisa le rozaba las mejillas. Pero sobre todo era Booth quien jugaba con sus sentidos. Era él a quien sentía firmemente a sus espaldas, y su respiración la que oía bajo todos los demás sonidos. Notaba su olor fresco, a jabón y a tabaco. Ariel solo tenía que girar levemente la cabeza para ver sus manos firmes y capaces alrededor de la cadena del columpio. Cerró los ojos y absorbió todas aquellas impresiones. Era como volver a casa. Satisfecha, deslizó sus manos más arriba por la cadena hasta rozar las de él. Con el fresco contacto de su carne le bastaba.

Booth había olvidado lo que se sentía al hacer algo sin razón alguna. Y, al olvidarlo, había olvidado la pureza del placer. Ahora la sentía sin las justificaciones intelectuales con las que a menudo se refrenaba. Comprendiendo que la espontaneidad implicaba vulnerabilidad, se la había prohibido a sí mismo sin paliativos. Solo en las raras ocasiones en que se hallaba completamente solo, lejos de las responsabilidades y del trabajo, permitía que su corazón y su espíritu navegaran a la deriva. En ese momento; con Ariel, experimentó de forma tan espontánea aquella sensación que apenas se dio cuenta de ello. Olvidándose del riesgo que corría al relajarse disfrutó del balanceo en el columpio.

—¡Más alto! —gritó Ariel riendo casi sin aliento mientras se inclinaba para darse impulso—. ¡Mucho más alto!

—Más alto y aterrizarás de cara.

La risa de Ariel vibró en el aire.

—No, qué va. Yo siempre aterrizo de pie. ¡Más alto, Booth!

Riéndose, Ariel alzó la cabeza para mirarlo, y Booth se perdió en ella, Ariel poseía belleza, pero no la belleza fría y distante que él había visto a través de las cámaras. Al mirada en aquel momento, no veía ningún atisbo alguno de Rae, ni de Amanda. Allí solo estaba Ariel. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, Booth sintió esperanza. Y eso lo asustó.

—¡Más rápido! —gritó ella, sin darle tiempo a detenerse a pensar en lo que estaba ocurriendo en su interior. Su risa era contagiosa.

Se columpiaron hasta que a Booth le dolieron los brazos. Cuando empezaban a detenerse, Ariel se levantó de un salto y dejó a Booth tambaleándose en el columpio.

—Ah; qué maravilla! —sin dejar de reír, Ariel giró en círculo con los brazos extendidos—. Ahora estoy muerta de hambre. Absolutamente muerta de hambre.

—Acabas de comerte un helado —Booth saltó del columpio y de pronto se encontró sin aliento ya con el pulso acelerado.

—Eso no es nada —Ariel se acercó a él y juntó las manos detrás de la cabeza de Booth—. Necesito un perrito caliente con un montón de todo.

—Un perrito caliente —pareciéndole que no había nada más natural, Booth inclinó la cabeza y la besó. La boca de Ariel era cálida. Sus labios se curvaron—. ¿Tú sabes lo que le ponen a esas cosas?

—No, ni quiero saberlo. Quiero atiborrarme con toda esa porquería deliciosa.

Booth bajó las manos por sus costados.

—Tú sí que eres deliciosa.

La sonrisa de ella se hizo más suave.

—Eso es lo más bonito que me has dicho nunca. Dame otro beso ahora mismo, mientras todavía estoy volando.

Booth la atrajo hacia sí y saboreó sus labios. Se preguntó fugazmente por qué aquel beso tierno lo conmovía tanto como la pasión y, sin embargo, de modo tan distinto. La deseaba. Y, junto con su cuerpo, deseaba también su energía, su brío, su alegría de vivir. Quería explorarla y calibrarla y poner a prueba su autenticidad. Aún no estaba seguro de que alguien en el mundo pudiera ser tan auténtico. Y, aun así, empezaba a creerlo.

Apartándola, observó sus pestañas que se abrían temblando y sus labios que se curvaban. Pero recordó la sensación de pánico que había advertido en ella al abrir la puerta de su apartamento, esa tarde.

—Un perrito caliente —repitió él mientras pensaba en cuánto podría averiguar sobre ella y cuánto tiempo tardaría en hacerlo—. Tú verás lo que haces con tu estómago, pero, en fin, te acompaño.

—Sabía que podía contar contigo, Booth —deslizó un brazo alrededor de su cintura mientras caminaban—. Puede que me coma dos.

—¿Tenéis tendencias masoquistas en tu familia?

—No, solo glotonería. Háblame de la tuya.

—Yo no sufro de glotonería.

—De tu familia —dijo ella, riendo—. Deben de estar muy orgullosos de ti.

Él alzó las cejas y una sonrisa fantasmal jugueteó en su boca.

—Eso depende del punto de vista. Se suponía que, siguiendo la tradición familiar, iba a convertirme en abogado. Así que durante mucho tiempo he sido la oveja negra de la familia.

—¿De veras? —ladeando la cabeza, ella lo observó con renovado interés—. No me lo imagino. A mí siempre me han gustado las ovejas negras.

—Me lo temía —dijo Booth—. Pero he de decirte que en los últimos años he vuelto a ser admitido en el seno familiar.

—¿Por el Pulitzer?

—El Oscar ayudó un poco —admitió Booth—. Pero el Pulitzer tiene más predicamento entre los De Witt de Filadelfia.

Ariel percibió el olor que despedía el puesto de los perritos calientes y lo condujo hacia él.

—El año que viene añadirás un Emmy a tu lista.

Él sacó la cartera mientras Ariel se inclinaba sobre el puesto y aspiraba profundamente.

—Estás muy segura de ti misma.

—Es lo mejor. ¿Quieres uno?

Olía demasiado bien como para resistirse. ¿Cuándo había comido por última vez? ¿Qué había comido? Booth apartó a un lado aquellos pensamientos.

—Supongo que sí.

Ariel sonrió y levantó dos dedos mirando al vendedor. .

—¿Sabes, Booth? —dijo añadiéndole salsa barbacoa a su perrito—. *La rebelión* era una obra brillante, clara, impactante y con una caracterización exquisita, pero no era tan entretenida como *Martes de bruma*.

Booth la miró dar el primer mordisco.

—Cuando escribo, no siempre pretendo entretener.

—No, ya lo sé —Ariel masticó pensativamente y aceptó el refresco que Booth le ofrecía—. Me refería solo a mis preferencias personales. Por eso me dedico a esta profesión. Quiero que me entretengan y me gusta entretener a los demás.

Booth le puso un discreto chorro de mostaza a su perrito caliente.

—Por eso hasta ahora te habías conformado con las teleseries.

Ella le lanzó una mirada mientras echaban de nuevo a andar.

—No te pongas sarcástico. La cuestión es ofrecer un entretenimiento de calidad. Si se me diera bien hacer malabarismos con platos o montar en una bici de una sola rueda, lo haría.

Tras el primer mordisco, Booth se dio cuenta de que aquel perrito caliente era lo mejor que había comido en una semana, o tal vez en meses.

—Tienes mucho talento —le dijo, pero no advirtió la sorpresa que fruncía el ceño de Ariel ante aquel cumplido—. No entiendo por qué no trabajas en películas importantes, o en el teatro. Las teleseries, incluso las semanales, agotadoras y rutinarias. Hacer un papel principal en un programa que se emite cinco días a la semana tiene que ser por fuerza muy estresante.

—Por eso precisamente lo hago —Ariel se lamió la mostaza del dedo gordo—. Yo crecí aquí, en Manhattan. Llevo el estrés en la sangre. ¿Alguna vez has pensado por qué Los Ángeles y Nueva York están en puntos opuestos del país?

—Por un afortunado accidente geográfico.

—Por el destino —dijo Ariel—. En ambas ciudades, el negocio del espectáculo es de vital importancia, pero no hay dos ciudades con ritmos más distintos. Yo en California me volvería loca. No soporto su lentitud. Me gusta hacer la serie por que supone un desafío cotidiano, porque me mantiene alerta cotidianamente. y cuando se presenta la ocasión oportuna, me gusta hacer cosas como *Un tranvía llamado deseo*. Pero... —se acabó su perrito con un suspiro—, hacer la misma obra noche tras noche se vuelve demasiado fácil. Uno se acomoda.

Él apuró su refresco de cola, un sabor que casi había olvidado.

—Pero tú llevas haciendo el mismo papel cinco años.

—No es lo mismo —ella masticó un cubito de hielo y disfrutó de su frescor—. Las teleseries están llenas de sorpresas. Nunca se sabe qué giro van a introducir los guionistas para subir los índices de audiencia, o qué nueva línea argumental van a desarrollar—esquivó a una mujer mayor que paseaba a un caniche—. Ahora, Amanda se enfrenta al fracaso de su matrimonio y a la traición de su marido, a la posibilidad de un aborto y a la de retomar un antiguo romance. No es nada aburrido. Y, aunque esto es alto secreto, te diré que va a colaborar con la policía en la identificación del Destripador de Trader's Bend.

—¿De quién?

—Es como si fuera el hijo de Jack el Destripador —dijo ella suavemente—. Griff, su antiguo amor, es el principal sospechoso.

—¿No te parece inverosímil que tantos dramas sucedan en un pueblo y entre cuatro o cinco familias emparentadas entre ellas?

Ella se detuvo y lo miró fijamente.

—¿Conoces a Coleridge?

—De pasada.

—La voluntaria suspensión de la incredulidad —Ariel arrugó su servilleta y la tiró junto con el vaso vacío en una papelería—. Eso es lo único que hace falta para salir adelante en este negocio. Creer que todo puede o podría ocurrir. Lo único que se necesita es cierta plausibilidad. Como escritor, tú deberías saberlo.

—Sí, tal vez. Pero yo siempre me he inclinado más hacia el realismo.

—Si a ti te da resultado... —dijo ella encogiéndose de hombros—. Pero a veces es más fácil creer en el azar, o en la magia, o en la simple suerte. La realidad pura y dura, sin ninguna desviación, es un camino muy arduo.

—Yo conozco unas cuantas desviaciones —murmuró él. Entonces se le ocurrió que Ariel Kirkwood ya lo había sacado del camino pavimentado al que se había ceñido durante años. Empezó a preguntarse adónde los llevaría el sinuoso sendero que había marcado aquella mujer. Perdido en sus pensamientos, no advirtió que se hallaban frente a su edificio hasta que ella se detuvo. Su trabajo, su intimidad, su soledad lo esperaban. Pero no quería ninguna de aquellas cosas.

—Sube conmigo.

La petición era simple; su significado, claro. Y el deseo de Ariel, inmenso. Sacudiendo la cabeza, ella se apartó el pelo que le había caído sobre la frente.

—No, es mejor que no.

Booth la tomó de la mano antes de que Ariel pudiera dejarla caer.

—¿Por qué? Yo te deseo... y tú también a mí.

«Ojalá fuera tan sencillo», pensó ella sintiendo que el deseo de amar a Booth se hacía más y más fuerte. Pero sabía instintivamente que, una vez empezado, aquello no sería fácil para ninguno de los dos. Él tenía demasiados celos; ella, demasiadas debilidades.

—Sí, te deseo —Ariel observó el cambio en la mirada de Booth y comprendió que le sería mucho más fácil alejarse que quedarse con él—. Y, si subo, haremos el amor. Ninguno de los dos está preparado para eso, Booth.

—Si se trata de un juego para hacer que te desee más, te aseguro que no es necesario.

Ella apartó la mano y se mantuvo firme.

—Me gustan los juegos —dijo suavemente—. Y se me dan bastante bien. Pero no los de esta clase.

Él sacó un cigarrillo y lo encendió.

—Yo no tengo paciencia para ese rollo del vino y las velas, Ariel.

Booth advirtió su mirada de sorna y deseó maldecirle.

—Es una suerte que a mí no me haga ninguna falta —poniéndole las manos sobre los hombros, se inclinó hacia delante y lo besó—. Piensa en mí —dijo y, dándose la vuelta, se alejó rápidamente.

Mientras la miraba marchar, Booth comprendió que no podría pensar en otra cosa.

CAPÍTULO 7

Aquel iba a ser un trabajo arduo, de largos días, noches cortas y constantes exigencias físicas y mentales. Ariel iba a disfrutar de cada instante.

Los productores de la serie estaban cooperando plenamente con Marshall, pues la estrategia global de la cadena redundaba en beneficio de todos. La palabra clave era «audiencia». Pero era Ariel quien tenía que sacar tiempo para ambos proyectos y quien tenía que aprenderse los cientos de páginas de guión correspondientes a los personajes de Rae y Amanda.

En otras circunstancias, los guionistas habrían dejado en segundo plano el papel de Amanda en *Nuestras vidas*, nuestros amores, pero eso no era posible debido a que la relación entre Amanda y Griff empezaba a calentarse y en *Trader's Bend* había un asesino suelto. Amanda desempeñaba un papel clave en numerosas escenas importantes, escenas que Ariel tuvo que grabar en el espacio de unos pocos días. De ese modo tendría tres semanas seguidas para concentrarse exclusivamente en la película. Si el rodaje de esta se prolongaba, se vería obligada a dividir su tiempo y sus energías entre Amanda y Rae.

La idea de trabajar dieciocho horas diarias y de levantarse a las cinco de la madrugada no mitigaba su entusiasmo. Aquel ritmo despiadado era algo natural en ella. Y la ayudaba a no pensar en el juicio sobre la custodia de Scott, previsto para el mes siguiente.

Luego estaba Booth. La sola idea de trabajar con él. excitaba a Ariel. Su presencia cotidiana resultaría estimulante; la mantendría alerta. La fase de preproducción había puesto en evidencia que Booth pensaba implicarse en la película tanto como cualquier otro miembro del equipo y del reparto... y que ejercía una autoridad incuestionable. Durante las reuniones, a menudo desquiciadas, él conservaba la calma y apenas abría la boca. Pero, cuando hablaba, sus palabras rara vez eran discutidas. En opinión de Ariel, no era una cuestión de arrogancia, ni de desdén. Sencillamente, Booth DeWitt, no malgastaba saliva a menos que tuviera buenas razones para ello.

Tal vez, si el destino, así, lo quería, se irían acercando el uno al otro a medida que avanzara la película. Emoción. Eso era lo que Ariel quería darle a Booth y lo que, al mismo tiempo, esperaba de él. Tiempo.. Ariel sabía que el tiempo era un factor esencial en su incipiente relación. Confianza. Eso era, ante todo, lo que necesitaban... y lo que les faltaba por encima de todo.

A veces, durante la fase de preproducción de la película, Ariel había sentido que Booth la observaba con excesiva frialdad y que se distanciaba de ella sin esfuerzo alguno. Eso la inquietaba profundamente. Cuanto mejor hacía ella el papel de Rae, más distante se mostraba Booth. Ariel lo comprendía y se sentía incapaz de evitarlo.

El decorado era elegante; la iluminación, tenue y seductora. Sentados a ambos lados de una pequeña mesa rococó, Rae y Phil tomaban crema de nécora y champán; Ariel lucía un vestido ceñido de seda negra. En sus orejas y su garganta relucían diamantes y zafiros. La presencia en el estudio de un guardia de seguridad atestiguaba que en una producción Marshall no se usaban bisutería.

En realidad, la cena íntima estaba teniendo lugar a las ocho de la mañana, en presencia de todo el equipo de rodaje. Bebiendo en una copa de tulipa un ginger ale que semejaba champán, Ariel profirió una risa áspera y se inclinó hacia Jack. Sabía lo que requería la situación: una sexualidad cruda y primitiva bajo una fina pátina de sofisticación. Tendría que transmitir todas aquellas impresiones al espectador usando un simple ademán, una mirada, una sonrisa, en vez del diálogo. Ariel estaba representando un papel dentro de otro papel. Rae era su personaje, y Rae nunca iba sin una máscara. Esa noche, debía proyectar una cálida y suave feminidad que no era más que una fachada. Ariel debía mostrar ambas cosas y dejar de manifiesto al mismo tiempo la habilidad con que Rae representaba su papel. Si la actriz a la que Ariel daba vida no demostraba una fina astucia, su impacto sobre el personaje de Phil flaquearía irremediablemente. El vínculo entre los dos protagonistas era de vital importancia. Se nutrían el uno al otro y, al hacerlo, nutrían también a la historia en su conjunto.

Rae quería conseguir a Phil, y el espectador debía comprender que la atracción física que sentía por él era equiparable al deseo que suscitaban en ella los contactos profesionales que Phil podía ofrecerle. Para conseguir a Phil, debía hacerse pasar por lo que él quería ver en ella. Ambición y pericia formaban una combinación letal cuando a ellas se añadía la belleza. Rae poseía esas tres cualidades y la capacidad de usarlas. El objetivo de Ariel era mostrar de modo sutil la dualidad de su naturaleza.

La escena acabaría en el dormitorio. Esa parte se rodaría otro día: Ahora, la tensión sexual debía crecer hasta el punto de que tanto Phil como el espectador se sintieran completamente seducidos por Rae.

—¡Corten!

Chuck se pasó una mano por la nuca y guardó silencio. Los actores y los miembros del equipo de rodaje reconocieron aquel gesto de su director y permanecieron callados y alerta. La escena no estaba gustándole a Chuck, y este intentaba averiguar el porqué. Ariel no permitió que su tensión se disipara. Necesitaba mantener la crispación para preservar la imagen de Rae. La visión del ginger ale y el olor de la comida que tenía frente a ella le revolvió el estómago. Ya estaban en la cuarta toma. Mientras procuraba mantener la calma, Ariel vio cómo volvían a llenar la copa y reemplazaban el plato. «Cuando esto acabe», pensó, «no volveré a tomar ginger ale en toda mi vida».

—Qué asco, ¿no?

Ariel alzó la mirada y vio que Jack Rohrer hacía una mueca de repugnancia. Guardó a Rae en un compartimento estanco de su cerebro antes de sonreír a su partenaire.

—Me muero de ganas de una taza de café y un bollo.

—Por favor —él se apartó de la mesa reclinándose hacia atrás no me hables de comida de verdad.

—Más felina —dijo Chuck de repente, fijando su mirada en Ariel—. Así es como veo a Rae. Como una gata negra que se hace la manicura en las zarpas —Ariel sonrió ante aquella imagen. Sí, así era Rae—. Cuando digas: «Una noche no será suficiente», debes prácticamente ronronear.

Ariel asintió mientras flexionaba las manos. Sí, Rae ronronearía al decir aquella frase al tiempo que calculaba sus posibles repercusiones. Ariel pensó en un gato: refinado, seductor y casi perverso.

Un instante antes de que sonara la claqueta de la siguiente toma, Ariel se topó con la mirada de Booth. Este la miraba con el ceño fruncido, de pie junto a una cámara. Tenía las manos metidas en los bolsillos y una expresión reposada y serena, pero Ariel sintió el cerco de tensión que lo rodeaba. Incapaz de derribar aquella muralla, procuró utilizar la impresión que le produjo su mirada para volver a meterse en la piel de Rae.

A medida que se desarrollaba la escena, se olvidó del sabor tibio e insípido del ginger ale y de la presencia intrusiva de las cámaras y del equipo de rodaje. Concentró toda su atención en el hombre sentado frente a ella, el cual no era ya un compañero de profesión; sino una víctima de sus manejos. Sonrió a algo que dijo él y Booth reconoció de inmediato aquella sonrisa. Era seductora como el satén negro y fría como el hielo. No podía haber ni un hombre sobre la tierra inmune a ella.

Al llegar a la frase que Chuck le había indicado, Ariel se detuvo un instante, hundió un dedo en la copa de Jack, se tocó lentamente la boca y después acercó el dedo a la boca de él. Aquella seductora improvisación hizo subir la temperatura en el plató. Aunque mentalmente aprobara el gesto y la intuición de Ariel, Booth sintió que los músculos de su estómago se contraían.

Ariel conocía su papel, se dijo, casi tan bien como él. Tan bien que a menudo le costaba disociada de Rae. Aquella atracción que lo obsesionaba, ¿a quién iba dirigida? La punzada de celos que sintió inesperadamente cuando, en el decorado, Ariel pareció derretirse en brazos de otro hombre, ¿quién lo inspiraba realmente? En aquel guión había entrelazado con suma habilidad realidad y ficción. Ahora se sentía atrapado en aquella trama. La mujer a la que deseaba, ¿era la sombra o la luz?

—¡Corten! ¡Edítela! Ha sido fantástico —sonriendo de oreja a oreja. Chuck se acercó y besó a Ariel y a Jack—. Ha sido un milagro que la cámara no se haya fundido en esta escena.

Jack les lanzó una sonrisa de blanquísimos dientes.

—Lo que es un milagro es que no me haya fundido yo. Eres condenadamente buena, Ariel —Jack puso una mano sobre su hombro—. Tan buena que voy a tomarme una taza de café y a llamar a mi mujer.

—¡Diez minutos de descanso! —anunció Chuck—. Preparaos para los primeros planos. Booth, ¿qué te ha parecido?

—Excelente —con los ojos fijos en Ariel, Booth se acercó a ellos. Ariel había dejado de parecer un gato. Ahora parecía un tanto cansada. Booth refrenó el deseo de acariciarle la mejilla—. Creo que a ti también te vendría bien un café.

—Sí —de nuevo, Ariel se vio obligada a alejar la personalidad de Rae. Deseaba relajarse por completo, pero sabía que no debía hacerlo—. ¿Invitas tú?

Asintiendo, él la condujo al lugar, fuera del plató, donde la mesa del catering estaba dispuesta con café, donuts y pastas. A Ariel se le encogió el estómago al pensar en comer, pero aceptó la taza de café humeante, sosteniéndola con ambas manos.

—Este horario es duro —comentó Booth.

—Mmm —ella se encogió de hombros y dejó que el café se llevara el regusto del ginger ale—. En realidad, no es peor que el de la serie. En cierto modo, es hasta más llevadero. Lo difícil era esta escena.

Él alzó una ceja.

—¿Por qué?

El olor del café era sólido y real. Ariel casi olvidó la comida reseca que había tenido que masticar durante las dos horas anteriores.

—Porque Phil es listo y cauteloso. No es un hombre fácil de seducir, ni de engañar. Rae ha de hacer ambas cosas, y tiene prisa —miró por encima del borde de la taza—. Claro que eso tú ya lo sabes.

—Sí —Booth la agarró suavemente de la muñeca antes de que ella pudiera beber otra vez—. Pareces cansada.

—Solo entre toma y toma —ella sonrió, conmovida por su preocupación—. No te preocupes por mí, Booth. Me gusta el ajetreo.

—Pero te pasa algo más.

Ella pensó en Scott. «No se me debería notar», pensó.

—Eres muy perspicaz —murmuró—. Pero, claro, la perspicacia es la principal herramienta de un escritor.

—Estás desviando la cuestión.

Ariel sacudió la cabeza. Si pensaba en ello, empezaría a perder el control.

—Es algo que tengo que solucionar, pero no interferirá en mi trabajo.

Él la tomó de la barbilla con firmeza.

—¿Acaso hay algo capaz de interferir en tu trabajo?

Por primera vez, Ariel sintió que una punzada de ira la atravesaba.

—No me confundas con mi papel, Booth... ni con otra mujer —le apartó la mano y, dándose la vuelta, regresó al plató.

Aquella muestra de temperamento complació a Booth, quizá porque le resultaba más fácil confiar en las emociones negativas. Apoyándose en la pared, tomó una decisión. La haría suya esa misma noche. Ello mitigaría en parte su tensión y aliviaría sus dudas. Luego ambos, cada cual a su modo, tendrían que afrontar las consecuencias.

Ariel comprendió que la ira que sentía le facilitaba las cosas. Bajo la piel de Rae, pensó, bullía en todo momento la cólera. Una cólera que se sumaba a la ambición y al desasosiego. En lugar de intentar librarse de ella, Ariella utilizó para ahondar en un personaje ya de por sí complicado. Mientras se ciñera al carácter veleidoso y despótico de Rae, no sentiría su propio cansancio, ni sus inquietudes.

A las seis, cuando acabó el rodaje, Ariel descubrió que Rae la había consumido por entero. Tantas horas bajo los focos habían hecho que le dolieran los huesos. La cabeza le daba vueltas de tanto repetir las mismas líneas, de tanto sumergirse en aquel vaivén de emociones. Solo llevaban una semana rodando y ya se sentía como si hubiera corrido un maratón.

Nadie había dicho que aquello fuera fácil, se recordó mientras entraba en el camerino para ponerse su ropa. El problema era que empezaba a equiparar su éxito en aquel papel con su éxito en su relación con Booth. Si podía desconectar de lo uno, también podría desconectar de lo otro.

Sacudiendo la cabeza, Ariel se quitó el traje y se despojó de Rae tan ansiosamente como del vestido de seda. Aquella idea, pensó, era una trampa. Rae era un personaje ficticio, por más entrelazado que estuviera con la realidad. Booth, en cambio, pertenecía a la vida real: a su vida. No debía olvidarlo.

Se quitó el maquillaje y sintió respirar su piel. Se sentó y apoyó los pies en la cómoda de modo que el quimono corto que llevaba puesto se le deslizó sobre los muslos. Procuró relajarse y se deshizo el elegante moño, dejando que su pelo cayera suelto. Con un suspiro de alivio, echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y se sumió en un somero letargo.

Así fue como la encontró Booth.

El camerino estaba atestado de cosas entre las que Ariel parecía el único remanso de paz. El aire rebosaba de olores: a maquillaje, a crema facial, al mismo popurrí de hojas secas con un leve aroma a lilas al que olía la casa de Ariel. Las bombillas alrededor del espejo brillaban con intensidad. La respiración de Ariel era suave y pausada.

Al cerrar la puerta tras él, Booth dejó que su mirada recorriera las esbeltas y largas piernas de Ariel, expuestas de los pies a los muslos. Ariel llevaba el quimono flojo y anudado con cierto descuido, de modo que se le abría tentadoramente desde el centro de su cuerpo hasta la cintura. Su cabello caía revuelto tras la silla, formando un elegante contraste con la curva de su cuello y de sus hombros. Su rostro parecía un tanto pálido y frágil sin el denso maquillaje que requerían las cámaras. Una sombra ligerísima se adivinaba bajo sus ojos. Booth sintió un doloroso deseo de poseerla tal y como estaba en ese momento. Sin apenas

pensar en lo que hacía, echó el cerrojo de la puerta. Se sentó en el brazo de una silla, encendió un cigarrillo y aguardó.

Ariel se despertó lentamente. Solía dormirse de inmediato y despertarse poco a poco. Antes de emerger de su duermevera comprendió que se sentía refrescada. La siesta no había durado más de diez minutos. De haber durado más, se habría despertado aturdida; y, de haber durado menos, no habría conseguido librarse de la tensión. Con un suspiro comenzó a desperezarse. Entonces advirtió que no estaba sola. Sorprendida, giró la cabeza y miró a Booth.

—Hola.

Él no distinguió vestigio alguno de ira en sus ojos, ni de frialdad en su voz. Hasta el cansancio que había advertido en ella fugazmente parecía haberse evaporado de pronto.

—No has dormido mucho —su cigarrillo se había consumido casi hasta el filtro sin que apenas lo notara. Lo apagó—. Claro que no conozco a nadie que pueda pegar ojo en esa postura.

—Para echar una cabezadita de diez minutos, yo puedo dormir en cualquier parte —tensó las puntas de los pies, estirando los músculos, y luego los relajó—. Necesitaba recargar energías.

—Una comida decente te sentaría bien.

Ariel se llevó una mano al estómago.

—Sí, no me —vendría mal.

—Apenas has tocado el almuerzo.

A ella no la sorprendió que lo hubiera notado, pero sí que se lo dijera.

—Normalmente me habría atiborrado, pero comer crema de nécora al amanecer me ha revuelto el estómago. Yo prefiero desayunar un donut. O un cuenco de Krispies.

—¿De qué?

—Ocho vitaminas esenciales —dijo ella con una media sonrisa. Deslizó con desgana los pies hasta el suelo. La raja de la bata se movió, y ella tiró distraídamente de las solapas—. Ya hemos acabado por hoy, ¿verdad? ¿No hay ningún problema?

—Hemos acabado, sí —dijo. él—. Pero hay un problema.

El cepillo que ella había alzado quedó suspendido en el aire.

—¿Qué clase de problema?

—Personal —él se levantó y le quitó el cepillo de la mano—; Toda esta semana te he estado observando, escuchándote, oliéndote. Y todos los días te he deseado —le aplicó el cepillo al pelo con una larga y suave pasada mientras, en el espejo iluminado, sus ojos se encontraban. Al ver que ella no se movía, Booth volvió a pasarle el cepillo, agarrando la curva de su hombro con la mano libre—. Me pediste que pensara en ti. Y eso he hecho.

«A flor de piel», pensó Ariel, alarmada. Sus emociones estaban a flor de piel. Pero no podía hacer nada al respecto.

—Toda esta semana —comenzó ella con la voz ligeramente enronquecida—, me has visto y oído actuar como otra persona. Puede que en realidad a quien desees sea a otra.

Él siguió mirándola a los ojos mientras inclinaba la cabeza hacia su oído.

—Ahora no estoy mirando a otra.

Ariel sintió un vuelco en el corazón.

—Pero mañana...

—Al diablo con el mañana —Booth dejó caer el cepillo e hizo que Ariel se pusiera en pie—. Y con el ayer —su mirada era intensa y ardiente.

Ariel notó la garganta seca. Se preguntaba qué pasaría si Booth daba rienda suelta a sus emociones. Aquella era su pasión, e iba a arrastrarla consigo.

Si no lo hubiera amado... Pero, naturalmente, lo amaba. Toda precaución se disipó cuando sus bocas se encontraron. Había momentos para pensar y momentos para sentir. Había un tiempo para replegarse y un tiempo para entregarse por entero. Había un instante para la razón y otro para el romanticismo.

Abrazándose a él, Ariel se le ofreció por entero. Sintió que el suelo vacilaba y que el aire se helaba antes de perderse en sus propios anhelos. Sus labios se entreabrieron, invitadores; su lengua se movió provocativamente. Su respiración se hizo entrecortada.

Ella era fuerte, al igual que él, y sin embargo mucho más delicada. Al sentir el cuerpo de Booth sobre ella, el deseo la embargó por completo. Un placer líquido la inundó como vino caliente. Al sentir que él aumentaba la presión de sus manos, se derritió más aún, hasta que se volvió tan maleable como la fantasía de cualquier hombre. Y, sin embargo, era real.

Booth nunca había conocido a una mujer como ella, tan espontánea en sus emociones que estas afloraban incesantemente, hasta amenazar con ahogarlo. Esperaba su pasión y allí estaba, pero además sentía en ella un flujo de emociones infinitamente más intensas, dulces e irresistibles.

Al verla en el plató, la había deseado. Pero, al entrar en el camerino y verla dormida, su deseo se había disparado irremediablemente. En aquel, instante, mientras ella parecía vibrar con emociones que él apenas se atrevía a nombrar, Booth sintió que la necesitaba como nunca había necesitado a nadie.

Demasiado tarde. Pensó de pronto que era demasiado tarde para ella... y para él. Entonces enterró las manos en el pelo de Ariel y sus pensamientos se convirtieron en un caleidoscopio de sensaciones.

Ella olía ligeramente al limón de su crema facial; su pelo exhalaba la fragancia acostumbrada y levemente sexual. El fino tejido del quimono se deslizó entre las manos de Booth cuando este lo abrió buscando el cuerpo de Ariel. Su piel era suave como un sueño, tan delicada que por un instante temió hacerla daño. Entonces su cuerpo se arqueó, apretándose contra las manos de Booth, y su fortaleza aumentó la excitación de este. Con un gemido de rendición, Booth ocultó la cara contra su garganta.

A pesar de que su mente parecía flotar, Ariel comprendió que necesitaba sentir la carne de Booth contra la suya. Sus manos se deslizaron lentamente hacia arriba por los costados de Booth, levantándole el suéter. Prosiguió aquel movimiento por encima de sus hombros, hasta que no quedó nada que entorpeciera su exploración, ni nada que impidiera que su piel erizada se encontrara con la de él.

Cuando Booth la tendió en el suelo, Ariel se plegó sin resistencia alguna. Con la espalda apoyada contra el sofá, juntó las manos tras la nuca de Booth y atrajo su cara hacia sí. El sabor de la pasión de Booth se apoderó de ella y prendió un nuevo fuego. Ariel se movió bajo él, generando alfilerazos de excitación que los atravesaban a ambos. Aceptó sin rechistar la súbita vehemencia de Booth. Su beso se prolongó, haciéndose cada vez más profundo y húmedo, mientras con las manos recorrían ávidamente sus cuerpos.

Booth podía sentir el latido frenético del corazón de Ariel bajo las palmas de sus manos. Cuando acercó los labios a sus pechos, la sintió estremecerse. Un deseo furioso de poseerla se apoderó de él mientras empezaba a saborear la variedad de gustos de su piel, ora con los labios, ora con la punta de la lengua. A veces, en algunos lugares, su sabor era intenso; en otros, dulce; pero siempre era Ariel.

Las luces reverberaban en la habitación, reflejadas por el espejo. Booth emprendió un intenso y osado viaje de exploración del cuerpo de Ariel. La curva de su hombro lo fascinó de modo insospechado. La piel de la parte interior de su muñeca era tan delicada que casi creyó oír el flujo de la sangre por las venas. Allí donde tocaba, sentía su pulso. Era tan generosa... Solo eso bastaba para que la cabeza le diera vueltas.

Ella, por su parte, también acariciaba, saboreaba y tomaba a manos llenas. Si las exigencias de Booth se hacían más urgentes, ella respondía del mismo modo, poniéndose a su paso. O quizá fuera él quien se ponía al de ella. Booth comprendió que era hallarse al borde del delirio, a un paso del cielo.

Ariel solo deseaba lo que Booth podía darle. Gestos de ternura que la conmovían. Estallidos de pasión que la atormentaban. El cabello de Booth rozaba su piel y eso bastaba para excitarla. La pasión y la lucha por mantener el control humedecieron su carne. Ariel comprendió entonces que el placer en sí mismo era superficial; pero el placer combinado con el amor era perfecto..

Juntos comprendieron que no podían esperar más. Las últimas barreras de su ropa fueron apartadas con impaciencia. Ella se abrió para él. El delirio y el placer se hicieron uno.

Ariel se sentía capaz de correr kilómetros y kilómetros. Su cuerpo rebosaba de sensaciones. Su mente bullía con ellas. Tumbada junto a Booth, sentía un cosquilleo de emoción cuya irradiación alcanzaba hasta las puntas de sus dedos de los pies y de las manos. Con los ojos cerrados, el cuerpo aún alineado bajo él, contaba los latidos del corazón de Booth, cuyo eco sentía sobre ella. En aquel mundo privado y líquido en el que habían entrado, Booth no se había mostrado sereno y distante. Dejando que sus párpados se abrieran temblorosos, Ariel sonrió. La mano de Booth permanecía entrelazada con la suya. Se preguntaba si él se daba cuenta de ello. Booth la había deseado. A ella, no a otra.

Booth yacía saciado, agotado, consciente solo del cuerpo cálido y esbelto de Ariel bajo el suyo. No recordaba haber experimentado nunca algo parecido a aquello, ni siquiera remotamente. Una relajación perfecta, una completa falta de tensión. Ni siquiera tenía fuerzas para analizar aquel sentimiento, de modo que se limitó a disfrutarlo. Dejando escapar un sonido de puro placer, volvió la cara hacia la garganta de Ariel. Se sentía tan feliz como sonaba la risa gutural de Ariel.

—¿De qué te ríes? —murmuró él.

Ariel deslizó las manos por su espalda y luego de nuevo hasta su cintura.

—Estoy a gusto. Muy a gusto —sus dedos se deslizaron por las caderas de Booth—. Y tú también.

Cambiando ligeramente de postura, Booth se alzó sobre el codo para poder mirarla. Los ojos de Ariel parecían reír. Con la punta de un dedo, Booth acarició un lugar bajo su mandíbula cuya piel le había parecido especialmente suave y sensible.

—Todavía no sé qué hago contigo.

Ella le apartó el pelo de la frente.

—¿Siempre tienes que buscar una razón intelectual?

Él frunció el ceño, pero sus dedos se desplegaron sobre la cara de Ariel como si fuera ciego y quisiera grabar su rostro en la memoria.

—Sí, siempre.

Ella deseó suspirar, pero en lugar de hacerlo sonrió. Tomando la cara de Booth entre sus manos, lo atrajo hacia sí para besarlo.

—Yo desafío al intelecto.

Aquello le hizo reír. Ariel lo empujó levemente, tumbándolo de espaldas. Tendida sobre él, se estiró y le besó el hombro. Booth notó bajo su cuerpo unos papeles arrugados y un montón de ropa.

—¿Sobre qué estóy tumbado?

—No sé. Sobre esto y aquello.

Arqueándose, él extrajo de debajo de su costado izquierdo un folleto arrugado.

—¿No te ha dicho nadie que eres un desastre?

—De vez en cuando.

Booth miró distraídamente el folleto sobre la caza de crías de foca y lo dejó caer al suelo. Tomó otro papel pegado a su hombro derecho. Un albergue para mujeres maltratadas. Lleno de curiosidad, se movió un poco y encontró otro papel. Era otro panfleto.

—Ariel, ¿qué es todo esto?

Ella le dio un último beso en el hombro antes de apoyar la mejilla sobre él. Booth sostenía en la mano varios folletos arrugados.

—Supongo que podrías llamarlo mi hobby.

—¿Tu hobby? —él le puso la mano libre bajo la barbilla y le alzó la cara—. ¿A cuál te refieres?

—A todos ellos.

—¿A todos? —Booth miró de nuevo los panfletos y se preguntó cuántos más habría bajo él—. ¿Quieres decir que colaboras con todas estas organizaciones?

—Sí, más o menos.

—Pero, Ariel, nadie tiene tiempo para hacer tantas cosas.

—Qué va —ella se removió y cruzó los brazos sobre el pecho de Booth—. Eso de la falta de tiempo no es más que una excusa. Si se quiere, se saca tiempo —ladeó la cabeza hacia los papeles que él sujetaba—. Esas crías de foca, ¿tú sabes lo que les hacen?

—Sí, pero...

—Y esas mujeres maltratadas... La mayoría de ellas llegan al albergue sin autoestima, sin ningún apoyo emocional ni económico. Y luego están... .

—Espera un momento —él dejó los papeles en el suelo y la agarró de los hombros. De pronto se dio cuenta de lo frágiles que eran—. Todo eso lo entiendo, pero ¿cómo puedes participar en todas esas causas, seguir con tu vida y además tener una carrera?

Ella sonrió.

—El día tiene veinticuatro horas. Y a mí no me gusta malgastar ninguna.

Viendo que hablaba completamente en serio, Booth sacudió la cabeza.

—Eres una mujer excepcional.

—No, no lo soy —Ariel inclinó la cabeza y le besó el mentón—, pero tengo mucha energía. Necesito invertirla en algo.

—Podrías invertirla en promocionar tu carrera —comentó él—. En seis meses, serías la reina de las taquillas. Te convertirías en una estrella.

—Tal vez. Pero no sería feliz.

—¿Porqué?

Ariel sintió de nuevo las dudas y los celos de Booth. Dejando escapar un suspiro, se sentó. En silencio recogió su quimono y se lo puso. Qué rápido podía tomarse el calor en frío.

—Porque necesito más.

Insatisfecho, Booth la tomó del brazo.

—¿Más qué?

—Más de todo —dijo ella con una repentina vehemencia que sorprendió a Booth—. Necesito saber que hago todo lo que puedo, y no solo en un área de mi vida. ¿De veras crees que soy tan limitada?

El fuego de sus ojos intrigaba a Booth.

—Creo que lo que he dicho dejaba clara tu falta de limitaciones.

—Profesionalmente, sí —replicó ella—. Pero yo soy ante todo una persona. Necesito saber que ayudo a los demás —se pasó las manos por el pelo, exasperada—. Necesito preocuparme por la gente. El éxito no es solo una estatuilla dorada que poner en la estantería de los trofeos, Booth —girándose, abrió la puerta de su armario y sacó su ropa.

Booth se sentó, haciendo crujir los papeles que había bajo él.

—Estás enfadada.

—¡Sí! —dándole la espalda, Ariel se puso las braguitas.

A través del espejo, Booth podía ver su expresión de enojo.!

—¿Por qué?

—Tu pregunta favorita —Ariel arrojó el quimono al suelo y se pasó una camiseta de manga corta por la cabeza—. Te daré la respuesta, pero me temo que no va a gustarte. Todavía me sigues comparando con ella —le espetó. Booth comenzó a vestirse—. Todavía —continuó ella—, incluso después de lo que acaba de ocurrir entre nosotros sigues midiéndome por su rasero.

—Puede ser —él se levantó y se pasó el jersey por la cabeza—. Es posible que tengas razón.

Ariel lo miró fijamente un momento y luego se puso los pantalones.

—Pues me hace daño.

Booth se quedó muy quieto al sentir que aquellas palabras traspasaban su piel. No esperaba su sencillez, su honestidad. Ni esperaba su propia reacción ante ellas.

—Lo siento —murmuró. Acercándose a ella, le tocó el brazo y aguardó a que levantara la mirada. Sus ojos tenían una expresión dolida—. Nunca he sido un hombre particularmente justo, Ariel.

—No —dijo ella—. Pero me resulta difícil comprender que alguien tan inteligente como tú pueda estar tan ciego.

Él sacudió la cabeza.

—Tal vez sea más sencillo, decir que no entrabas en mis planes.

—Eso está claro —dándose la vuelta, ella empezó a cepillarse metódicamente el pelo—. Ya te dije que tiendo aprecipitarme. Comprendo también que no todo el mundo va a la misma velocidad. Pero creía que a estas alturas ya te habrías dado cuenta de que yo no soy el personaje que creaste..., ni la mujer que lo inspiró.

—Ariel —Booth la tomó por los hombros y sintió que se tensaba—. Ariel —repitió, apoyando la frente en su cabeza—, volveré a hacerte daño —dijo suavemente—. No podré evitar hacerte sufrir si continuamos viéndonos.

El cuerpo de Ariel se relajó con un suspiro.

—¿Por qué se resistía a lo inevitable?

—Sí, lo sé.

—Pero aun así, aun sabiendo lo que esto puede significar, no quiero dejar de verte.

Ella alzó la mano y la puso sobre la de Booth, que permanecía apoyada sobre su hombro.

—Pero no sabes por qué.

—No, no sé por qué.

Ariel se giró en sus brazos y lo abrazó. Por un instante permanecieron unidos, la—cabeza de ella sobre el hombro de él, las manos de Booth en su cintura.

—Invítame a cenar —dijo ella y, echando la cabeza hacia atrás, le sonrió—. Estoy muerta de hambre. Quiero estar contigo. Esos son dos hechos concretos e irrefutables. El resto, los afrontaremos según lleguen.

Booth pensó que no se había equivocado al decir que era una mujer excepcional. Presionó los labios contra su frente.

—Está bien. ¿Qué te apetece cenar?

—Pizza con champiñones —respondió ella de inmediato—. Y una botella barata de chianti.
—Pizza...
—Una pizza enorme... con champiñones.
Riendo, él la abrazó más fuerte. Ya no sabía si podría dejarla marchar.
—Parece un buen comienzo.

CAPÍTULO 8

A las siete de la mañana, Ariel estaba ya sentada en la silla de maquillaje con un enorme paño blanco cubriéndole el traje, y repasaba sus diálogos mientras un hombre de corta estatura, manos industriosas y pelo ralo esparcía colorete sobre sus pómulos. Podía oír el ajetreo que se desarrollaba a su alrededor, aunque no le prestara atención. Alguien gritó. Una bobina de cable cayó al suelo con un ruido sordo. Pero Ariel siguió leyendo.

La siguiente escena era difícil. Más o menos hacia la mitad había algo que se parecía peligrosamente a un soliloquio. Si no sostenía adecuadamente el ritmo de su discurso, si no mantenía el tono, echaría a perder por completo la intención del texto. Sin embargo, su estado de ánimo no la ayudaba a concentrarse.

Había pasado con Scott otro domingo delicioso que había acabado con Una despedida triste y llena de crispación. Aunque se había resignado hacía tiempo a sus altibajos emocionales, no conseguía librarse del desánimo ni de la insidiosa sensación de culpabilidad que experimentaba.

Al devolverlo al hogar de los Anderson en Larchmont, Scott se había abrazado a ella en silencio mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Era la primera vez desde la muerte de sus padres que el niño lloraba al despedirse de ella tras su visita semanal. Los Anderson habían recibido sus lágrimas con una áspera mueca y una tensa impaciencia mientras le lanzaban a Ariel una mirada de reproche.

Después de tranquilizar a Scott, durante el largo trayecto en tren de regreso a casa, Ariel se había preguntado si no sería ella quien había provocado inconscientemente aquella escena. Al desear vivir con él tan desesperadamente, ¿estaba conminando al niño a desear lo mismo? ¿Le estaba consintiendo demasiado? ¿Estaba excediéndose debido al amor que sentía por su hermano y al dolor que le producía su pérdida?

Había pasado la noche sin dormir pensando en ello, y sus dudas no habían dejado de aumentar. Al levantarse esa mañana no había dado aún con una respuesta convincente a aquellas preguntas. Unas semanas después, tendría que acatar la decisión de un juez que solo vería en Scott a un menor, no a un niño con una imaginación desbordante. ¿Podía un juez, por muy experimentado y justo que fuera, comprender el corazón de un niño? Aquella era una de las muchas preguntas que la habían mantenido despierta toda la noche.

Ahora, Ariel sabía que tenía que dejar de lado sus asuntos personales. Su papel en la película era más que un trabajo; era una responsabilidad. Tanto el reparto como el equipo técnico confiaban en que diera lo mejor de sí misma. Su firma en el contrato garantizaba que pondría en juego todo su talento. Y preocuparse no serviría de nada.

—Querida, si sigues moviéndote, estropearás lo que ya he hecho.

Recomponiéndose, Ariel sonrió al maquillador.

—Lo siento, Harry. ¿Estoy guapa?

—Casi exquisita —él frunció los labios mientras le retocaba las cejas. Su arco natural, pensó con admiración profesional, apenas necesitaba retoques—. Para esta escena, tu cara tiene que parecer de porcelana de Dresde. Solo un toque más aquí... —Ariel permaneció quieta mientras él extendía un poco más de color sobre sus labios—. Y te pido por favor que no vuelvas a fruncir el ceño o arruinarás mi trabajo.

Ariel lo miró, sorprendida. Había creído que tenía pleno control sobre su expresión, ya que no sobre sus pensamientos. Qué idiotez, pensó, y luego se recordó que había que dejar los problemas de lado cuando se cruzaba la puerta del plató. Esa era la primera ley de un actor.

—No volveré a fruncir el ceño —prometió ella—. No quiero que me acusen de estropear una obra de arte.

—Vaya, veo que las cosas no cambian. Sigues empollando hasta la hora cero.

—¡Stella! —Ariel alzó la mirada y esbozó la primera sonrisa sincera del día—. ¿Qué haces aquí?

—Me he tomado el día libre —Stella se dejó caer en la silla que había junto a Ariel, alzó las piernas y las flexionó bajo ella—. He usado tu nombre para entrar... y un poco de encanto —añadió batiendo las pestañas—. No te importará que asista al rodaje esta mañana, ¿no?

—Claro que no. ¿Qué tal van las cosas en Trader's Bend?

—Calentándose, cariño, calentándose —con una sonrisa maliciosa, Stella se echó la abundante mata de pelo tras los hombros—. Cameron está intentando chantajear a Vikki por lo de las deudas de juego, el Destripador ha matado a su tercera víctima, y lo de Amanda y Griff empieza a ponerse al rojo vivo. Recibimos tantas cartas y llamadas que no damos abasto. El otro día me pasé por el mercado y, mientras compraba pepinos, una señora llamada Ethel Bitterman me echó un sermón acerca de la necesidad de respetar las normas morales y la lealtad a la familia.

Riendo, Ariel se quitó el paño protector y dejó al descubierto un vestido de color frambuesa. Eso era lo que necesitaba, pensó. Esa sensación de camaradería y familiaridad.

—Te echaba de menos, Stella.

—Yo a ti también. Pero dime... —Stella pasó la mirada por el vestido que, aunque discreto y femenino, exudaba sexualidad—, ¿qué tal sienta hacer de mala para variar?

Los ojos de Ariel se iluminaron.

—Es fantástico, pero duro. Este es el papel más difícil que he hecho nunca.

Stella sonrió.

—Yeso que siempre decías que era yo la única que se divertía.

—Puede que tuviera razón —replicó Ariel—. Y puede que estuviera simplificando. Pero creo que nunca me he esforzado tanto como ahora.

Stella apoyó la barbilla sobre su mano.

—¿Por qué?

—Supongo que es porque Rae siempre está representando un papel. Es como intentar meterse dentro de media docena de personajes y convertidos en uno solo.

—Y está siendo coser y cantar —dijo Stella. —Supongo que sí —riendo, se echó hacia atrás—. Sí, es cierto. Un día me siento completamente agotada y al siguiente estoy llena de energía... —se encogió de hombros y dejó a un lado el guión—. En cualquier caso, ahora sé que, si cuando esto acabe puedo elegir, me gustaría hacer una comedia. Algo divertido y disparatado.

—¿Y Jack Rohrer? —Stella rebuscó en su bolso y encontró un caramelo de limón sin azúcar—. ¿Qué tal se trabaja con él?

—Me gusta —Ariel sonrió con desgana—. Pero no te lo pone fácil. Es un perfeccionista..., como todo el mundo en esta película.

—¿Y el ilustre Booth DeWitt?

—Booth siempre está observándolo todo —murmuró Ariel.

—Incluyéndote a ti —moviendo solo los ojos, Stella cambió el enfoque de tu atención—. O, al menos, eso lleva haciendo diez minutos.

Ariel no tuvo que girar la cabeza. Ya sabía que Booth la estaba mirando. Podía verlo en su imaginación, de pie, un poco apartado de los técnicos que comprobaban la iluminación y el decorado. Se había apartado del barullo para no estorbar, pero aun así todo el mundo sentía su presencia enervante.

Ariel sabía que había estado observándola con una expresión entre recelosa y comprensiva. Deseaba más que nada en el mundo que esas dos impresiones se transformaran en confianza. Y en fe en el amor.

Booth vio a Ariel reírse de algo que le decía Stella. Observó el animado movimiento de sus manos y la leve inclinación de su cabeza, que evidenciaba su vívido interés. Claro que Ariel rara vez hacía nada sin viveza. Fuera lo que fuera lo que había ensombrecido su ánimo al llegar esa mañana, ya se había disipado. Al recordar su mirada triste, Booth se preguntó qué problemas la atormentaban y por qué, mostrándose tan dispuesta a compartirlo todo, rehusaba hablar de ello.

Encendiendo un cigarrillo, se dijo que a fin de cuentas debía dar gracias porque se lo guardara para ella. ¿Para qué iba a involucrarse en sus problemas personales? Sabía bien que uno de los modos más rápidos de volverse vulnerable frente a los demás era empezar a preocuparse por sus problemas.

A su lado, un técnico roció vigorosamente con agua un elegante ramo de flores frescas. El director de iluminación ordenó que revisaran por última vez la potencia lumínica. El micrófono fue colocado en su lugar. Booth se preguntó qué habría hecho Ariel ese fin de semana.

Había querido pasarlo con ella, pero Ariel se había mostrado reacia y él no había insistido. No quería presionarla, porque, al hacerlo, se comprometería sin remedio. Y no caería en esa trampa. Pero recordaba la perfecta quietud que había sentido tumbado junto a ella en el camefino, tras saciar su pasión.

No podía afirmar, sin embargo, que Ariel fuera una influencia tranquilizadora. Desprendía demasiada energía. Pero, con todo, tenía un don para aliviar la tensión de su espíritu.

Quería hablarle otra vez. Quería tocarla. Quería hacerle el amor nuevamente. Y al mismo tiempo deseaba escapar a sus propios deseos.

—¡Todos a sus puestos! —gritó el ayudante de dirección.

Booth se apoyó en la pared con los pulgares distraídamente enganchados en los bolsillos. Esa mañana iban a rodar parte de una secuencia muy larga. El resto lo filmarían más adelante, en la campiña de Long Island. Rodarían en exteriores la elegante cena campestre que constituía el primer intento de Rae de dar una fiesta por todo lo alto tras su boda con Phil. A continuación, en interiores, tendría lugar su primera discusión a gran escala.

Ella parecía hecha de hielo. Sus palabras eran tan ponzoñosas como el veneno de una víbora. Y, sin embargo, pese a su ira y al veneno que destilaba, no se le movía ni un pelo. El delicado color de sus mejillas no vacilaba lo más mínimo. Ariel debía mantener la sangre fría del personaje y sus palabras como brasas incandescentes.

Sabía que todo se cifraba en los ojos. Los gestos de Rae eran una mera fachada. Su sonrisa era falsa. Tanto su frialdad como su ardor debían notarse en su mirada. Todo debía ser extremadamente sutil. Ariel tenía que refrenarse constantemente para evitar que sus emociones afloraran a borbotones. Si ella tuviera que combatir con palabras, las gritaría, las vomitaría y se quitaría de encima las que lanzaran contra ella. Rae, en cambio, las profería lentamente, casi con morosidad. Y Ariel se sentía asqueada.

Aquella era la vida de Booth, pensó. O un reflejo de lo que había sido su vida. Aquellos eran sus errores, sus miserias, sus sufrimientos. Ariel se sentía atrapada en aquella red. Si a ella le dolían, ¿qué sentiría él al presenciar aquella escena?

Rae le lanzó a Phil una mirada hastiada mientras él la asía por los brazos.

—No lo consentiré —dijo él enfurecido. Sus ojos echaban chispas.

Los de ella, en cambio, permanecían fríos como la superficie de un lago.

—¿Que no lo consentirás? —repitió Rae, transmitiendo con su tono, con el movimiento de sus cejas, un completo desdén—. ¿Qué es lo que no vas a consentir?

—No permitiré que pagas ese hapel —Jack cerró los ojos y profirió un sonido gutural.

—¿Pagar ese hapel? —repitió Ariel—. ¿Le pasa algo a tu lengua?

Sintió que la tensión se disipaba cuando ordenaron cortar la escena, pero no supo si se alegraba o no. Quería que aquello acabara cuanto antes.

—Hacer ese papel —pronunció Jack cuidadosamente—. No permitiré que hagas ese papel. Ya lo tengo —levantó ambas manos, burlándose de sí mismo y de su gazapo.

—Me alegro, siempre y cuando tengas en cuenta que yo pagaré el hapel cuando me venga en gana. Él le sonrió.

—Muy graciosa.

Ella le dio una palmada en la mejilla.

—Tú también puedes serlo, Jack. Solo tienes que darte una oportunidad.

—A sus puestos. Empezaremos desde la entrada.

Por tercera vez esa mañana, Ariel entró por las puertas francesas con las faldas del vestido volando tras ella. Repitieron la escena de nuevo, sumergiéndose en los personajes a pesar de los cortes y los cambios de ángulo de la cámara.

Al final de la escena, Rae tenía que reírse, quitarle de la mano a Phil el vaso de whisky, beber un trago y arrojarle el resto a la cara. Inmersa en el personaje, Ariel tomó el vaso, probó el té flojo y templado y, con una gélida sonrisa, derramó su contenido sobre un elegante centro de flores. Sin inmutarse por aquel súbito cambio en el guión, Jack le arrancó el vaso de la mano y lo lanzó al otro lado de la habitación.

—¡Corten!

Echándose hacia atrás, Ariel miró al director.

—Ay, Dios, Chuck, no sé qué me ha pasado. Lo siento —llevándose una mano a la frente, observó el empapado ramo de flores.

—No, no. ¡Madre mía! —riendo, Chuck le dio un fuerte abrazo—. Ha sido perfecto. Mejor que perfecto. Ojalá se me hubiera ocurrido a mí —se rio otra vez y apretó a Ariel hasta que ella pensó que iba a romperle los huesos—. Rae había hecho justamente eso —pasándole un brazo por el hombro, Chuck se volvió hacia Booth—. ¿Booth?

—Sí —sin moverse, Booth asintió levemente—. Déjalo como está —clavó en Ariel sus ojos verdes. Debería haberlo escrito de eso modo, pensó. Arrojarle a Phil el whisky a la cara era demasiado obvio para Rae. Incluso demasiado humano—. Pareces conocerla mejor que yo.

Ella dejó escapar un suspiro trémulo y apretó la mano de Chuck antes de acercarse a Booth.

—¿Eso es un cumplido?

—No, solo una observación —murmuró él—. No te daré carta blanca, Ariel, pero estoy, dispuesto a concederte cierta libertad en la elaboración de tu personaje. Y evidentemente lo mismo puede decirse de Chuck. Tú comprendes a Rae.

Ariel podía enfadarse o reírse. Y, como siempre que tenía elección, eligió lo segundo.

—Booth, si tuviera que representar a un campeón, procuraría comprender a ese campeón.

En eso consiste mi trabajo.

Él sonrió.

—Sí, supongo que sí.

—¿Nunca viste el anuncio en el que hacía de ciruela madura?

—Debía de estar de viaje.

—Era todo un clásico. Muy por encima de mi escena de la ducha en el anuncio del champú Ola Fresca, aunque, naturalmente, la sensualidad era la base de ambos anuncios.

—Quiero irme a casa contigo esta noche —dijo él suavemente—. Necesito estar contigo.

—Oh —¿cuándo se acostumbraría a la sencillez con que Booth decía las cosas más trascendentales?

—Y cuando estemos solos —murmuró él—, quiero quitarte la ropa poco a poco para acariciar cada centímetro de tu cuerpo, Luego quiero ver tu cara mientras hacemos el amor.

—¡Ariel, vamos a rodar los planos cortos!

—¿Qué? —masculló ella, algo aturdida; sin dejar de mirar a Booth. Ya podía sentir sus manos sobre ella, saborear su aliento mezclado con el suyo.

—Déjemosles que disfruten de tu cara... por ahora —le dijo Booth, más excitado por la reacción de Ariel a sus palabras de lo que creía posible—. Esta noche, serás mía.

—¡Ariel!

De vuelta al presente, ella se giró para regresar al decorado. Con una mirada de asombro y alegría, miró hacia atrás.

—Eres impredecible, Booth.

—¿Eso es un cumplido? —contestó él.

Ella sonrió.

—El mejor de todos.

Hora tras hora, línea tras línea, escena tras escena, transcurrió la mañana. A pesar de que, como era lógico, el film se rodaba asincrónicamente, Ariel sentía que empezaba a tomar forma. Dado que era una película para televisión, su ritmo era rápido. Como el de Ariel. Y, dado que era una producción de Marshall y DeWitt, las expectativas eran muy altas. Igual que las de ella.

Había que derretirse bajo los focos, cambiar constantemente de estado de ánimo, de traje, maquillarse, empolvase y lustrarse. Una y otra vez. Había que sentarse y esperar durante los cambios de escena o cuando se producía un fallo técnico. Y en algún punto entre la tensión y el tedio se encontraba la vocación.

Ariel comprendía todo aquello y lo aceptaba sin rechistar. Nunca perdía de vista el primitivo placer de la actuación, incluso después de hacer diez tomas de una escena en la que Rae montaba en bicicleta estática mientras hablaba de un nuevo guión con su agente.

Se bajó de la bicicleta con los músculos doloridos y empapada en sudor.

—Pobrecilla —sonrió Stella mientras un ayudante le ofrecía a Ariel una toalla—. Recuerda, Ariel, que en *Nuestras vidas, nuestros amores* nunca te hemos explotado de este modo.

—Rae es una fanática de la gimnasia —masculló Ariel, estirando los hombros—. Siempre pensando en su cuerpo. Y yo ahora también pienso en el mío —con un leve gemido, se inclinó para masajearse las piernas agarrotadas—. Pienso en todos los músculos de mi pobre cuerpo que no había usado en los últimos cinco años.

—Hemos acabado por hoy —Chuck le dio una palmada amistosa al pasar a su lado—. Ve a sumergirte en un baño de burbujas.

Ariel consiguió a duras penas callarse una réplica poco amistosa. Se echó la toalla sobre los hombros, agarró sus puntas mojadas y sacó la lengua.

—No les tienes ningún respeto a los directores —comentó Stella. Vamos—; te haré compañía mientras te cambias. Luego tengo una cita romántica.

—¿De veras?

—Sí. Mi nuevo dentista. Fui a hacerme una revisión y acabamos hablando de higiene dental mientras cenábamos unos linguini.

—Cielo santo —sin molestarse en ocultar una sonrisa, Ariel empujó la puerta de su camerino—. Sí que trabaja deprisa.

—Sí. Y yo también —riendo, Stella entró en la habitación—. Oh, Ariel, es tal dulce... Tan serio en su trabajo... Y... —se interrumpió y se dejó caer en el desvencijado sofá de Ariel—. Recuerdo algo que me dijiste hace un par de semanas acerca del amor. Dijiste que era una emoción muy concreta, o algo parecido —alzó las manos como si quisiera ahuyentar la frase exacta y apoderarse de su esencia—. Sea como sea, el caso es que no he bajado a tierra desde que me senté en esa silla reclinatoria y alcé la mirada hacia sus infantiles ojos azules.

—Qué bonito —Ariel se olvidó por un instante de sus músculos doloridos y del reguero de sudor que corría por su espalda—. Me alegro mucho por ti, Stella.

Stella buscó otro, caramelo de limón y descubrió que se le habían acabado. Como conocía a Ariel, abrió un cajón y sucumbió a la provisión de bombones cubiertos de caramelo que su amiga guardaba en él.

—He oído en alguna parte que la gente enamorada tiene un sexto sentido para detectar a otros que se hallan en su mismo estado —lanzó a su amiga una mirada sagaz mientras Ariel se quitaba las medias—. Para comprobar dicha teoría, te diré que tengo la sospecha de que te has enamorado de Booth De Witt.

—Has acertado a la primera —Ariel se puso los pantalones de chándal anchos y la camiseta que había llevado al estudio.

Frunciendo el ceño, Stella masticó un bombón.

—Siempre te han gustado los papeles difíciles.

—Sí, parece que me atraen como un imán.

—¿Qué siente él por ti?

—No lo sé —Ariel se quitó con alivio los últimos restos de maquillaje—. Y tampoco creo que él lo sepa.

—Ariel, ¿estás segura de lo que haces?

—No —contestó ella de inmediato, alzando las cejas—. ¿Y para qué querría estarlo?

Stella se echó a reír mientras se acercaba a la puerta.

—No sé por qué te pregunto. Por cierto —se detuvo con la mano en el picaporte—, ¿te he dicho que hoy has estado fantástica? Llevo cinco años trabajando contigo semana tras semana y hoy me has dejado patidifusa. Cuando esta película se estrene, tu carrera despegará como un cohete.

Asombrada, complacida y, quizá por primera vez, un tanto asustada, Ariel se sentó al borde del tocador.

—Gracias..., creo.

—No hay de qué —deslizándose en el papel de Vikki, Stella le tiró un frío beso—. No vemos dentro de un par de semanas, hermanita.

Después de que la puerta se cerrara, Ariel permaneció sentada en silencio unos instantes. Ahora que el éxito estaba al alcance de su mano, ¿quería en realidad que su carrera despegara, y que despegara tan rápido? Recordaba que P. B. Marshall le había dicho algo parecido después de su segunda prueba, pero entonces Ariel había creído que se refería a la película en general. Conocía a Stella y sabía que aquella alabanza iba dirigida únicamente a ella. Por primera vez comprendió las répercusiones que tendría para ella el papel de Rae. Aunque pareciera un cliché, aquel papel podía convertida en una estrella.

Vestida con sus pantalones de chándal, apoyada en el tocador revuelto, Ariel sopesó aquella idea.

Dinero. Eso la traía al fresco. Su infancia le había enseñado a contemplar el dinero como lo que era: un medio para conseguir un fin. Y, en cualquier caso, desde hacía unos años su situación económica cubría con creces todas sus necesidades y caprichos.

Fama. Sonrió al pensar en ello. No, no podía afirmar que fuera inmune a la fama. Todavía le emocionaba firmar autógrafos o hablar con un admirador. Esperaba que eso nunca cambiara. Pero en la fama había distintos peldaños, y cuantos más se subían más alto era el precio que había que pagar. Cuantos más admiradores, menos intimidad. En eso tendría que pensar detenidamente.

Libertad artística. Eso era, pensó Ariel con un profundo suspiro. Ese era el quid de la cuestión. Poder elegir un papel en lugar de que la eligieran a ella. La celebridad y el dinero no eran nada comparado con eso. Si Rae podía proporcionarle esa libertad...

Sacudiendo la cabeza, se levantó. Soñar con el futuro no cambiaba nada. De momento, tenía que afrontar su carrera y su vida de día en día. Pero, aun así, ella siempre esperaba la luna. Prefería sentirse

defraudada a pecar de pesimista. Iba sonriendo cuando, al abrir la puerta, estuvo a punto de chocar con Booth.

—Pareces contenta —comentó él agarrándola de los brazos para que no perdiera el equilibrio.

—Lo estoy —Ariello besó con firmeza en la boca—. Hoy ha sido un buen día.

Aquel beso, pese a su insignificancia, sacudió a Booth.

—Deberías estar agotada.

—No, uno está agotado después de correr el maratón de Nueva York. ¿Te apetece una hamburguesa gigante y una ración doble de patatas fritas?

Él había pensado en un restaurante tranquilo y a media luz. Pero, tras mirar su chándal y su rostro iluminado, sacudió la cabeza.

—Me parece perfecto. Hoy invitas tú.

Ariel le dio el brazo.

—Hecho. ¿Te gusta el batido de plátano?

La expresión de Booth reflejó claramente su opinión al respecto.

—Creo que nunca lo he probado.

—Te va a encantar —le aseguró Ariel.

El sitio no estaba tan mal como Booth imaginaba, y la hamburguesa resultó apetitosa y reconfortante. La noche empezaba a aposentarse sobre la ciudad cuando regresaron al apartamento de Ariel. En cuanto ella abrió la puerta, los gatitos corrieron a sus pies.

—Dios mío, cualquiera diría que hace un mes que no comen —inclinándose, los agarró a ambos y los besó—. ¿Me habéis echado de menos, pequeños, o es que tenéis ganas de cenar? —antes de que Booth se diera cuenta que lo que hacía, Ariel le puso en brazos ,a los dos, gatos—. Sujétalos un momento, ¿quieres? —dijo ella con naturalidad—. También tengo que darle de comer a Butch —se fue hacia la cocina.

Butch la siguió, cojeando con sus tres patas.

Booth se quedó con los dos cachorros y no tuvo más remedio que seguirla. Uno de los gatos, Keats o Shelley, se le subió al hombro mientras iba tras Ariel.

—Me sorprende que no tengas también perro —Booth alzó una ceja cuando el gato empezó a husmearle la oreja.

Ariel se echó a reír mientras el animalillo jugueteaba con el pelo de Booth.

—Lo tendría, si el casero no fuera tan quisquilloso. Pero estoy intentando convencerlo. Mientras tanto... —sacó tres generosos cuencos de comida—, es la hora de la cena —riendo, le quitó a Booth el gatito del hombro mientras el otro saltaba al suelo. En cuestión de segundos, los tres se enfrascaron en la comida—. ¿Ves? —ella le quitó a Booth unos pelos de gato de la camisa—. No dan molestias, casi no gastan y son unos compañeros maravillosos, sobre todo para alguien que trabaja casi siempre en casa.

Booth le lanzó una mirada firme, tomó su cara entre las manos y sonrió a pesar de sí mismo.

—No.

—¿No qué?

—No quiero un gato.

—Bueno, de todos modos con los míos no puedes quedarte —dijo ella dulcemente—. Además, a ti te van más los perros.

—¿De veras? —él deslizó los brazos alrededor de su cintura.

—Mmmmm. Un bonito cocker spaniel que duerma junto a tu chimenea por las noches.

—Yo no tengo chimenea.

—Pues deberías tenerla. Pero, hasta que arregles ese pequeño detalle, el perro puede dormir en una esterilla, junto a la ventana.

Él tomó el labio inferior de Ariel entre sus dientes y lo mordió suavemente.

—No.

—Nadie debería vivir solo, Booth. Es deprimente.

Él sintió la reacción de Ariel en la súbita aceleración de los latidos de su corazón, en el sutil temblor de su aliento.

—Estoy acostumbrado a vivir solo. Y me gusta.

A ella le gustaba sentir el roce áspero de su mejilla.

—Seguro que de niño tuviste una mascota —murmuró Ariel.

Booth recordó el labrador dorado al que adoraba de niño... y en el que hacía años que no pensaba. Oh, no, pensó, sintiendo que empezaba a ablandarse. Ariel no lograría convencerlo.

—De niño, tenía tiempo y humor para mascotas —deslizó lentamente las manos bajo la sudadera de Ariel y las subió por su espalda—. Ahora prefiero dedicar mi tiempo libre a otras cosas.

Pero ella ya había conseguido allanar el camino, pensó Ariel con una suave sonrisa. Avance y retroceso eran el secreto de una campaña victoriosa.

—Tengo que ducharme —le dijo, apartándose y sonriéndole de nuevo—. Todavía estoy pegajosa por culpa de la escena de la bicicleta estática.

—Me ha encantado verte. Tienes unas piernas fascinantes, Ariel.

Divertida, ella alzó ambas cejas.

—Lo que tengo son unas piernas doloridas. Además, si yo tuviera que montar en bici seis o siete kilómetros como he hecho hoy, te aseguro que la bici no estaría anclada al suelo.

—No —él la agarró suavemente del pelo para echarle la cabeza hacia atrás—. A ti no te gusta quedarte mucho tiempo quieta en el mismo sitio —la besó provocativamente y se retiró cuando ella empezaba a desear que el beso se hiciera más profundo—. Voy a frotarte la espalda.

Ella sintió un escalofrío.

—Hmm, qué gran idea: Pero creo que debo advertirte —prosiguió mientras salían de la cocina— que me gusta ducharme con agua caliente. Muy caliente.

Cuando entraron en el cuarto de baño, Booth deslizó las manos bajo la amplia sudadera de Ariel.

—¿Crees que no podré soportarlo?

—Supongo que eres bastante duro—mirándolo divertida, comenzó a desabrocharle la camisa—. Para ser guionista.

De pronto, Booth le sacó la sudadera por la cabeza y le mordió el hombro.

—Yo diría que tú eres bastante blanda —pasó las manos por sus costillas y enlazó su cintura—. Para ser actriz.

—*Touché* —murmuró Ariel sin aliento mientras él desataba el cordón de su pantalón de chándal.

—Me gusta tocarte —dijo él, acariciándola a medida que Ariel lo desvestía—. Aunque no hay mucho donde agarrarse. Tienes un cuerpo fino y elegante, de largos huesos y pocas caderas —sus manos se deslizaron por la espalda de Ariel y más abajo—. Y muy suave.

Para cuando estuvieron ambos desnudos, Ariel había empezado a estremecerse. Pero no de frío. Apartándose, abrió los grifos. El agua comenzó a manar de la alcachofa de la ducha, estrellándose en la porcelana y humeando hacia el techo. Ariel se metió bajo el chorro, cerró los ojos y dejó que su cuerpo absorbiera el calor y la sensualidad del agua.

Esa era una de las cosas que continuaban fascinando a Booth: la capacidad de Ariel para experimentar. En ella no había nada corriente, pensó metiéndose en la ducha y cerrando la cortina. Ariel no conocía el significado del aburrimiento. Todo lo que hacía o pensaba era único y, por ello precisamente, excitante.

Mientras el agua corría por sus cuerpos, Booth la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia su pecho. Aquello era ternura, se dijo, una ternura que rara vez había sentido. Sin embargo, la sentía por ella.

Ariel alzó la cara hacia el chorro de agua. En aquel momento se agolpaban tantas sensaciones en su interior que apenas lograba distinguirlas.

De modo que dejó de intentarlo. Le bastaba con estar cerca de Booth y sentirse abrazada. Y con amar. Quizás algunas personas necesitaran más: seguridad, palabras, promesas... Tal vez algún día, ella también necesitaría esas cosas. Pero en ese instante tenía todo cuanto deseaba. Girándose, atrajo a Booth hacia sí y lo besó en los labios.

La pasión se encendió en ella súbitamente y creció tan aprisa que con un solo beso Ariel comenzó a jadear. Sin darse cuenta, se puso de puntillas para que sus cuerpos se amoldaran. Metió los dedos ávidamente el pelo de Booth y los cerró con fuerza. Él la sujetaba con fuerza y la besaba con la misma, avidez que ella.

Deslizándose hacia el éxtasis, Ariel se aferró a él y se le ofreció por entero.

Dios, Booth nunca había conocido a nadie tan generoso. Mientras saboreaba su boca, se preguntó si era posible que una mujer se sintiera tan segura y cómoda consigo misma como para ser tan desprendida. Arielle entregaba su cuerpo sin condiciones. Su mente parecía estar en sintonía con la de él. Booth comprendió instintivamente que Ariel pensaba más en sus deseos, en su placer, que en el suyo propio. Y, al hacerlo, había tocado en él una ternura largo tiempo dormida.

—Ariel... —murmurando su nombre, dejó un rastro de besos sobre su rostro, que el agua volvía increíblemente suave y dulce—. Haces que desee cosas que había olvidado... y que casi crea en ellas otra vez.

—No pienses —ella lo besó suavemente en los labios para tranquilizarlo—. No pienses en nada ahora.

Pero tenía que pensar en algo, se dijo él. Si no, la tomaría con excesiva rapidez o, tal vez, con excesiva rudeza. Esta vez, le devolvería una parte de lo que ella ya le había dado. Tomando el jabón, lo pasó por su espalda. Creyó oírla ronronear como uno de sus gatos. Eso le hizo sonreír.

Los sentidos de Ariel comenzaron a aguzarse. Oía el siseo del agua golpeando los baldosines y sentía el vapor que se elevaba en algodonosas nubes. Unas manos jabonosas se deslizaban sobre ella: suaves, tersas, sensitivas. La carne de Booth estaba húmeda y caliente allí donde ella la rozaba con sus labios. A través de los ojos entornados vio que la espuma acariciaba sus cuerpos antes de ser arrastrada por el agua.

De improviso, Booth movió una mano entre sus cuerpos resbaladizos, buscándola. Ariel dejó escapar un grito de sorpresa y de placer: Después, aquella mano se trasladó a otro lugar mientras los labios de Booth trazaban una senda húmeda y caliente sobre su hombro. El olor a limón del jabón hacía que a Arielle diera vueltas la cabeza.

—¿Todavía te duelen? —preguntó Booth agarrándole la parte trasera de los muslos.

—¿Qué? —flotando, Ariel se apoyó en él; sus brazos se curvaron sobre la espalda de Booth y sus manos se apoyaron en sus hombros. El agua golpeó su espalda a borbotones suaves y siseantes y luego pareció desvanecerse—. No, ahora no me duele nada.

Riendo, Booth hundió la lengua en su oído y la sintió estremecerse.

Tu pelo se convierte en oro cuando se moja.

Ella sintió el olor del champú, notó su frescor en el cuero cabelludo antes de que él empezara a masajearse. Nada, pensó, la había excitado nunca tanto.

Él le lavó el pelo lentamente mientras las burbujas del champú corrían por sus brazos. El olor ya le resultaba familiar: aquella fragancia fresca y tentadora que atrapaba su atención cada vez que estaba junto a Ariel. Cambiando de postura, hizo que ambos se movieran bajo el chorro de agua de modo que el agua y la espuma se deslizaron rápidamente por sus cuerpos.

Y allí de pie, entrelazados, húmedos y calientes, Booth se deslizó dentro de ella. Era natural, como si llevara años haciéndole el amor. Y excitante al mismo tiempo, como si nunca antes la hubiera tocado.

Booth sintió que las uñas de Ariel se clavaban en sus hombros, oyó su gemido de rendición y exigencia. La condujo al éxtasis con más cuidado del que nunca había mostrado con una mujer. Y de pronto se sintió liberado.

CAPÍTULO 9

Durante dos semanas, Ariel se sintió como si subiera y bajara por una montaña rusa. Sus días con Booth parecían una carrera llena de curvas y badenes, de acelerones y sorpresas. A ella, naturalmente, le encantaban aquellas cosas. Cuanto mayores fueran la velocidad y el vértigo, tanto mejor.

No se había equivocado al decidir a Booth que era impredecible. Tampoco era un hombre fácil de tratar. Pero Ariel había decidido que no lo quería de otro modo.

Había momentos en los que Booth se mostraba increíblemente tierno y le mostraba signos de un romanticismo y una ternura que ella nunca hubiera esperado en él. Un ramo de flores silvestres entregado antes del comienzo de una jornada de rodaje; un picnic en su apartamento un día de lluvia, bebiendo champán en vasos de papel mientras fuera retumbaban los truenos...

Había también ocasiones en que se apartaba de ella, replegándose en sí mismo tan completamente que Ariel se sentía incapaz de llegar hasta él. En esos momentos, sabía intuitivamente que ni siquiera debía intentado.

La cólera y la impaciencia estaban fuertemente arraigadas en Booth. Tal vez fuera eso lo que, en contraste con sus atisbos de alegría y ternura, había hecho que Ariel le entregara su corazón. Amaba al hombre en su conjunto, por más difícil que fuera su carácter. Y era el hombre en su conjunto al que quería pertenecer. Aquel hombre meditabundo y colérico, dulce a su pesar, era el hombre al que había estado esperando toda su vida.

A medida que avanzaba la película, su relación fue haciéndose más íntima, a pesar de los ocasionales periodos de mutismo de Booth. Más íntima, sí, pero carente de la simplicidad que ella buscaba. Pues, para Ariel, el amor era algo muy simple.

Si Booth se estaba resistiendo al amor, tanto mejor, se decía Ariel. Cuando al fin lo aceptara, y ella no permitiría que fuera de otro modo, sería mucho más fuerte. Porque ella necesitaba un amor absoluto; una entrega incondicional del corazón y del espíritu. Podía, esperar un poco más para conseguido.

Si algo lamentaba era no poder hablarle de Scott. Cuanto más se acercaba el juicio, más sentía que necesitaba hablarle de ello y pedirle consejo. Sin embargo, aunque resultaba tentador, nunca lo había considerado seriamente. Aquel problema era solamente suyo. Y suya era la responsabilidad de proteger y defender a Scott.

Cuando pensaba en el futuro, seguía haciéndolo de modo fragmentario. Booth, Scott, su carrera... Necesitaba la confianza ciega propia de su naturaleza para creer que al final todas aquellas piezas acabarían encajando.

Tras una larga y ajetreada mañana, le pareció una bendición que interrumpieran el rodaje por culpa de un fallo técnico. Era la primera vez desde hacía semanas que podía ver *Nuestras vidas, nuestros amores* y ponerse al corriente de la vida de Amanda y de las gentes de Trader's Bend.

—¿No pensarás pasarte la próxima hora viendo la tele? —protestó Booth mientras Ariel tiraba de él por el pasillo.

—Sí, claro que sí. Es como ir de visita a casa —agitó la bolsa de galletitas saladas que llevaba en la mano—. Y tengo provisiones.

—En cuanto arreglen la mesa de sonido, te espera una tarde infernal.—él le apretó el hombro mientras caminaban. Había percibido signos de fatiga y de tensión en los ojos de Ariel y en cierto momento le había parecido un tanto perdida—. Será mejor que pongas las piernas en alto y eches una siesta.

—Yo nunca echo la siesta —al abrir la puerta de su camerino, tiró una pila de revistas. Sin dedicarles una mirada, pasó por encima y se acercó al pequeño televisor portátil colocado en un rincón.

—Recuerdo haber entrado aquí un día y haberte visto con los pies encima de la mesa y los ojos cerrados.

—Eso es diferente —ella tocó los botones del televisor hasta que le satisfizo el color—. Ese día necesitaba recargar las pilas. Pero ahora no necesito recargadas, Booth —con los ojos muy abiertos, se dio la vuelta—. La película va de maravilla, ¿verdad? Lo noto. Incluso después de todas estas semanas, sigue habiendo emoción. Eso es señal segura de que estamos haciendo algo especial.

—A mí no me apetecía mucho hacer una película para televisión —Booth retiró unos cuantos folletos del sofá y lo tiró sobre la mesa—. Pero he cambiado de idea. Sí, va a ser algo muy especial —le tendió una mano—. Tú eres muy especial.

Como siempre, aquel cumplido discreto e inesperado le llegó directo al corazón. Ariel tomó la mano que le tendía y se la llevó a los labios.

—Me va a encantar verte recoger tu Ernny.

Él alzó una ceja.

—¿Y que hay del tuyo?

—Ya veremos —dijo ella, riendo—. Ya veremos —la sintonía de la teleserie distrajo su atención—. Ah, ahí está. De vuelta en Trader's Bend —dejándose caer en el sofá, arrastró a Booth con ella. Tras abrir la bolsa de galletitas, quedó completamente absorta en la pantalla.

Ariel no miraba la serie como una actriz o un crítico, sino como una espectadora. Relajando su mente, se dejó atrapar por la tupida red del argumento. Ni siquiera cuando se veía a sí misma en la pantalla buscaba defectos o aciertos. No creía estar viendo a Ariel, sino a Amanda.

—No me digas lo que quiero o no quiero —le dijo Amanda a Griff con voz baja y vibrante—. No tienes derecho a darme consejos que no te he pedido, y mucho menos a presentarte en mi casa sin que nadie te haya llamado.

—Mira, Amanda —Griff la tomó del brazo cuando ella se giró—, te estás exigiendo demasiado. Lo noto.

—Estoy haciendo mi trabajo —dijo ella fríamente—. ¿Por qué no te concentras en el tuyo y me dejas en paz?

—Dejarte en paz es lo último que pienso hacer —la cámara lo enfocó y el espectador pudo asistir a su lucha por mantener la compostura. Cuando Griff continuó, su voz sonó más serena, pero cargada de su acostumbrada vehemencia—. Maldita sea, Mandy, estás tan metida en ese asunto del Destripador como la propia policía. Sabes que no puedes quedarte sola en esta casa. Si no me dejas ayudarte, por lo menos vete a casa de tus padres una temporada.

—A casa de mis padres —su compostura empezó a resquebrajarse mientras se pasaba una mano por el pelo—. ¿Quedarme en casa de mis padres, estando Vikki allí? ¿Cuánto crees que puedo soportar, Griff?

—Está bien, está bien —frustrado, él intentó atraerla hacia sí, pero Amanda se apartó bruscamente—. Mandy, por favor, estoy preocupado por ti.

—Pues no lo estés. Si realmente quieres ayudarme, déjame en paz. Tengo que acabar el perfil psicológico antes de reunirme con el teniente Reiffler mañana por la mañana.

Él metió las manos cerradas en los bolsillos.

—Está bien. Mira, yo dormiré aquí, en el sofá. Juro que no te tocaré. Pero no puedo dejarte aquí sola.

—¡No quiero que te quedes! —le gritó ella, perdiendo los nervios—. No quiero estar con nadie, ¿lo entiendes? ¿Puedes entender que necesito estar sola?

Él la miró fijamente mientras Amanda intentaba refrenar las lágrimas.

—Te quiero, Mandy —dijo tan suavemente que apenas se oyó su voz.

La cámara enfocó a Amanda. Una sola lágrima se deslizaba por su mejilla.

—No —musitó, dándose la vuelta.

Griff la rodeó con los brazos, atrayéndola hacia sí.

—Sí, sabes que te quiero. Para mí no ha habido nadie más que tú. Creí morir cuando me dejaste, Mandy. Necesito recuperarte. Necesito que sigamos adelante con nuestros planes. Tenemos una segunda oportunidad. Solo tenemos que aprovecharla.

Mirando al vacío, Amanda se llevó una mano a la tripa, donde sabía que dormía el hijo de Cameron, un hijo al que Griff nunca sería capaz de aceptar.

—No, no hay segundas oportunidades, Griff. Por favor, déjame sola.

—Nos pertenecemos el uno al otro —murmuró él, hundiendo la cara entre su pelo—. Oh, Dios, Mandy, siempre hemos sido el uno para el otro.

Ella tenía que hacerle marchar por el bien de ambos. Sus ojos brillaron de dolor antes de que pudiera controlar su expresión.

—Te equivocas —dijo secamente—. Eso es cosa del pasado. Ahora no quiero que me toques.

—No puedo arrastrarme más —apartándose bruscamente de ella, Griff se dirigió a la puerta—. No me arrastraré más.

Al cerrarse la puerta tras él, Amanda dejó caer en el sofá. Acurrucándose en un rincón, enterró la cara en un cojín y comenzó a llorar. La cámara viró lentamente hacia la ventana para mostrar una silueta oscura tras las cortinas echadas.

—Bueno, bueno —murmuró Booth durante la pausa comercial—. Parece que esa chica tiene problemas.

—Ni que lo digas —Ariel se desperezó, apoyándose contra los cojines—. Eso es lo que tienen los cu-lebrones: que cuando un problema se resuelve, surgen tres más.

—Entonces, ¿va a darle otra oportunidad a Griff?

Ariel sonrió ante la ingenuidad de aquella pregunta. «Quiere saberlo de verdad», pensó, complacida.

—Si quieres saberlo, tendrás que ver el capítulo de mañana.

Él achicó los ojos.

—Tú conoces el guión.

—Mis labios están sellados —dijo ella puntillosamente.

—¿De veras? —Booth la tomó de la barbilla con una mano—. Vamos a ver —la besó con firmeza y, aunque los labios de ella se curvaron, permanecieron cerrados. Booth se acercó más a ella y sus dedos se abrieron sobre la mandíbula de Ariel, acariciándola ligeramente. Con una suavísima caricia, trazó la forma de su boca, de sus labios humedecidos, sin imprimir presión alguna. Al lamer primero una comisura de su boca y luego la otra, sintió que los huesos de Ariel se derretían y oyó un leve suspiro. Sin esfuerzo, su lengua se deslizó entre los labios de ella.

—Eres un tramposo —logró decir Ariel.

—Sí —Dios, qué bien le hacía sentirse. Casi había dejado de preguntarse cuánto duraría lo suyo. El fin de su relación, que consideraba inevitable, parecía hacerse cada vez más borroso—. Nunca he creído en el juego limpio.

—¿No? —el súbito empujón de Ariel pilló a Booth por sorpresa. Antes de que se diera cuenta, estaba tumbado de espaldas y Ariel se había tumbado sobre él—. En ese caso, todo está permitido.

Su ávido beso dejó a Booth asombrado, de modo que, cuando al fin consiguió recuperar parte del control, ella ya le había desabrochado la camisa.

—Ariel... —a medias divertido, a medias molesto, Booth la tomó por la cintura, pero su mano libre se deslizó por el centro de su cuerpo y se abrió sobre su tripa.

La risa, las protestas, la razón se desvanecieron.

—No me canso de ti —él asió su pelo, deshaciendo el elegante moño que la peluquera había confeccionado con todo cuidado horas antes.

—Pienso asegurarme de que no te canses —esparció rápidos besos con la boca abierta sobre los hombros de Booth, quitándole al mismo tiempo la camisa.

Ariel llevó a Booth por colinas y valles con tanta furia y celeridad que él solo pudo seguirla. Booth siempre había procurado llevar las riendas de su vida. No confiaba lo suficiente en los demás como para permitirles guiar sus pasos. Pero ahora apenas lograba alcanzar a Ariel. La energía, el brío que tanto admiraba en ella había tomado el mando. A medida que se dejaba llevar, Booth se preguntaba por qué de pronto le resultaba tan fácil romper una regla más. Entonces, como ella le había pedido en otra ocasión, dejó de pensar.

Sentimientos. Ariel los absorbía a medida que irradiaban de él. Aquello era lo que había deseado tan desesperadamente. Al fin las emociones empezaban a apoderarse de Booth. Al fundirse con las de ella, Ariel sintió el vínculo, el lazo que los unía, y estuvo a punto de llorar de felicidad.

«Me quiere», pensó. «Tal vez no lo sepa aún, tal vez tarde días o semanas en darse cuenta. Pero me quiere». Las ganas de llorar se transformaron en un deseo apremiante de reír. Y, entre risas, Ariel acogió a Booth en su seno.

Aturdido, él se quedó quieto mientras ella se acurrucaba como un gato sobre su pecho.

—¿Todo esto para no contarme el argumento de la serie?

Ella se echó a reír suavemente.

—Haría—cualquier cosa por proteger su seguridad —se frotó contra él—. Ningún sacrificio es demasiado grande.

—Ahora que lo sé, creo que esta misma noche voy a preguntarte por la identidad del Destripador —tirando de ella para que se irguiera, la observó detenidamente. La blusa de seda que llevaba, le caía sobre el hombro, desabrochada. Los finos pantalones yacían en un montón sobre el suelo. Su pelo aparecía provocativamente despeinado—. Los de maquillaje y vestuario se van a enfadar contigo.

—Y con toda razón —enderezándose la blusa, Ariel comenzó a abrocharse los botones—. Les diré que me he quedado dormida.

Riendo, él se sentó y le tiró del pelo enmarañado.

—No colará. Te delata tu mirada.

—¿Ah, sí? —ella se puso cuidadosamente los pantalones—. Lo dudo —alisando distraídamente las arrugas, se volvió hacia él—. Tú no has sido capaz de interpretarla en todas estas semanas —él frunció el ceño—. Eres muy intuitivo, y a mí nunca se me ha dado muy bien ocultar mis sentimientos —sonrió al ver que él seguía mirándola sin comprender—. Te quiero —el rostro y el cuerpo de Booth quedaron inmóviles. No dijo nada—. No hace falta que pongas esa cara. Parece que acabara de apuntarte con una pistola —acercándose a él, le acarició la mejilla con el dorso de la mano—. Aceptar el amor es fácil. Darlo es un poco más complicado, para algunas personas, al menos. Por favor, acepta lo que te ofrezco. Es gratis.

Él no estaba seguro de qué sentía en ese instante. Sólo sabía que nunca había experimentado algo semejante. Y esa novedad aumentaba sus recelos.

—Ofrecer cosas así es una insensatez, Ariel. Sobre todo, a alguien que no está preparado para aceptarlas.

—Y aferrarse a algo cuando uno necesita darlo es aún más insensato. Booth, ¿ni siquiera ahora confías en mí lo bastante como para aceptar mis sentimientos?

—No lo sé —murmuró él. Mientras se ponía en pie, emociones y deseos en conflicto pugnaban dentro de él. Quería distanciarse de ella tan rápida y completamente como le fuera posible. Quería abrazarla y no volver a separarse de ella nunca más. Sentía el aguijoneo del miedo. Y la dulzura del placer.

—Están ahí, quieras o no. Yo nunca he podido controlar mis emociones, Booth. Y no lo lamento.

Antes de que él pudiera decir nada, sonó un golpe rápido en la puerta.

—Ariel, te necesitan dentro de quince minutos.

—Gracias.

Necesitaba pensar, se dijo Booth. Tenía que ser razonable... y tener cuidado.

—Le diré a la peluquera que venga.

—De acuerdo —ella sonrió, y su sonrisa casi alcanzó sus ojos. Cuando Booth se hubo ido, Ariel miró fijamente su imagen en el espejo. Las luces que lo rodeaban eran débiles y opacas—. En fin, ¿quién decía que fuera fácil? —se preguntó a sí misma.

Menos de quince minutos después regresó al estudio. Parecía de nuevo tan fría y elegante como al salir una hora antes. A pesar de la reacción de Booth, tras declararle sus sentimientos se sentía más liviana, más libre. A fin de cuentas, solo había dicho en voz alta lo que no podía remediarse, lo que no podía cambiar. Como norma general, consideraba la ocultación de los sentimientos una pérdida de tiempo.

Su paso era firme y vivaz cuando cruzó el estudio. Supo que ocurría algo antes de ver el amontonamiento de gente y oír las voces excitadas. Se palpaba la tensión en el ambiente. Ariel pensó al instante en Booth. Pero no fue a Booth a quien vio al dejar atrás la falsa pared del decorado del cuarto de estar.

Elizabeth Hunter.

Elegancia. Hielo. Femenina suavidad. Irresistible belleza. Ariel la vio reír suavemente y llevarse un fino cigarrillo a los labios. Posaba sin esfuerzo, como si las cámaras estuvieran rodando, fijas en ella. Su cabello resplandecía, pálido y glacial. Su tez era tan exquisita que parecía labrada en mármol.

En la pantalla era majestuosa, sofisticada, inalcanzable. Ariel percibió pocas diferencias al verla en persona. No había ningún hombre que no soñara con arrancarle aquella capa de hielo y encontrar bajo ella algo salvaje y cálido. Si ella se parecía a Rae, ese hombre, cualquiera que fuera, se sentiría defraudado. Llena de curiosidad, Ariel se acercó a ella.

—¿Cómo no iba a venir, Pat? —Liz alzó una mano elegante y tocó la mejilla de Marshall. Una fantasía de diamantes y zafiros relucía en su dedo anular—. A fin de cuentas, podría decirse que tengo un... interés personal en esta película —un provocativo mohín, su marca de fábrica, rozó su boca—. No me digas que vas a echarme.

—Claro que no, Liz —Marshall parecía incómodo y resignado—. No sabíamos que estabas en la ciudad.

—Acabo de terminar la película de Simmeon en Grecia —ella le dio otra calada al fino cigarrillo y arrojó descuidadamente la ceniza al suelo—. He volado directamente hasta aquí —lanzó una mirada por encima del hombro de Marshall. No hostil, ni sarcástica. Sencillamente, predatoria.

Entonces fue cuando Ariel vio a Booth.

Él permanecía ligeramente apartado del círculo de gente que rodeaba a Liz, como si de nuevo buscara poner distancia sin llegar a apartarse del todo. Sostuvo la mirada que le lanzó su ex mujer sin que su expresión se turbara lo más mínimo.

—No se me permitió leer el guión —Liz siguió hablando con Marshall a pesar de que tenía los ojos clavados en Booth—. Pero he oído ciertos rumores. Debo decir que estoy fascinada. Y un poco molesta porque no me pidieras que protagonizara la película.

Los ojos de Marshall se endurecieron, pero el productor logró conservar la diplomacia.

—No estabas disponible, Liz.

—Y no eras apropiada —añadió Booth suavemente.

—Ah, Booth, tú siempre tienes que decir la última palabra —Liz exhaló el humo en su dirección y sonrió.

Ariel reconoció su sonrisa. La había visto en la pantalla en incontables ocasiones. La había mimetizado al hacer de Rae. Era la sonrisa que pondría una bruja antes de cortarle las alas a un murciélago. Sin darse cuenta, Ariel avanzó para salir en defensa de Booth.

La mirada de Liz se movió y se clavó en ella.

Su escrutinio no le resultó agradable. No era hostil, sino sencillamente frío. Ariel la observó a su vez, asimilando sus expresiones. Luego experimentó una sensación de vacío. Y sintió lástima por ella.

—Bueno... —Liz extendió el cigarrillo para que alguien lo tirara. Una mujer menuda con el rostro arrugado se lo quitó de los dedos—, es fácil deducir que esta es Rae.

—No —Ariel sonrió inconscientemente con la misma frialdad que Liz—, soy Ariel Kirkwood. Rae es un personaje.

—En efecto —Liz había utilizado aquel altivo alzamiento de sus cejas en multitud de escenas—. Pero yo siempre procuro asimilar al personaje que represento.

—Y sin duda le va muy bien —reconoció Ariel con completa sinceridad—. Pero yo solo lo hago cuando los focos están encendidos, señorita Hunter.

Un leve destello en la mirada de Liz delató su desagrado.

—¿Te he visto en alguna otra cosa, querida?

Su tono paternalista era evidente. Ariel sintió de nuevo una punzada de lástima.

—Posiblemente.

A Booth no le gustaba vedas juntas. No, pensó con rabia, no le gustaba. Le había producido un intenso placer ver de nuevo a Liz y no sentir nada por ella. Absolutamente nada. Ni ira, ni frustración, ni siquiera desagrado. La ausencia de sentimientos había sido como un bálsamo.

Hasta que Ariel había entrado en el estudio.

Cara a cara, podrían haber pasado por hermanas. El hecho de que Ariel fuera peinada, maquillada y vestida al estilo de Liz realzaba su parecido. Booth veía demasiadas semejanzas. Y, al mirar más de cerca, también veía demasiados contrastes. No sabía qué lo molestaba más.

Fuera cual fuera su atuendo, Ariel irradiaba calor. Su ternura trascendía sin esfuerzo. Booth podía sentir la emoción que emanaba de ella incluso a varios metros de distancia. Y advertía su... ¿compasión? Sí, había compasión en su mirada. Dirigida a Liz.

Booth encendió un cigarrillo con un movimiento brusco de la muñeca. Dios, se había librado de una sola para ser arrastrado por la otra. Allí de pie, podía sentir que las arenas movedizas se tragaban sus piernas. ¿Habría alguna otra analogía más precisa para representar al amor?

—Vamos a empezar —ordenó lacónicamente.

Liz le lanzó otra mirada.

—Por mí no os entretengáis. Prometo no estorbar —se retiró al borde del decorado, se sentó en una silla de director y cruzó las piernas. Un hombre fornido, la mujer menuda y un muchacho casi adolescente se apostaron tras ella.

El encuentro había hecho que la adrenalina de Ariel se disparara. La escena que iban a rodar era la misma que había leído en la prueba. Ariel sabía que en ella, más que en cualquier otra, se hallaba encapsulada la personalidad de Rae, sus intenciones y su esencia. No creía que a Liz Hunter fuera a gustarle, pero sin duda la reacción de esta le permitiría calibrar la calidad de su actuación.

Con una expresión levemente hastiada, Liz se reclinó en la silla y observó desarrollarse la escena. El diálogo no una copia exacta de lo ocurrido entre Booth y ella años antes, pero Liz reconoció su tenor. Maldito fuera, pensó con un destello de cólera que no llegó a aflorar a su cara esculpida. Maldito fuera por su memoria y por su talento. De modo que aquella era su venganza...

Aunque deseaba que la película pasara sin pena ni gloria, era demasiado perspicaz como para confiar en ello. Sin embargo, sabría salir airosa de aquel mal trago. Era lo suficientemente lista y mundana como para aprovechar en su favor el tirón de la película. Si pensaba en ello desde la perspectiva adecuada, podía conseguir una publicidad ingente gracias al trabajo de Booth. Eso equilibraba las cosas... hasta cierto punto.

Liz poseía pocas emociones, pero la más afinada de todas ellas era la envidia. Y era envidia lo que la reconcomía mientras permanecía sentada, en silencio, mirando la escena. Ariel Kirkwood, pensó tamborileando con una uña pintada de rosa el brazo del asiento. Liz era tan vanidosa como para considerarse más bella que Ariel, pero sabía que no había modo de ocultar su diferencia de edad. Y los años la obsesionaban.

Los años y el talento. Sus dientes rechinaban porque deseaba gritar. Su propio talento, las alabanzas y premios que había recibido gracias a él, nunca le parecían suficientes. Particularmente al hallarse frente a una mujer bella y más joven que poseía un talento comparable al suyo. Malditos fueran ambos. Su dedo comenzó a golpear con más fuerza, secamente, el brazo de la silla. El joven puso una mano sobre su hombro y ella lo apartó.

Paladeaba la envidia, que se convertía rápidamente en ira. Aquel papel debía haber sido suyo, pensó tensando los labios. Si hubiera hecho de Rae, habría sabido darle, al personaje un buen puñado de dimensiones, nuevas. Ella tenía más talento en la palma de la mano que aquella Ariel Kirkwood en todo el cuerpo. Más belleza, más fama, más sensualidad. Comenzó a dolerle la cabeza al ver que Ariel lograba hábilmente insuflar erotismo y hielo a la escena.

Entonces sus ojos se encontraron con los de Booth, y apenas pudo contener un juramento. Se estaba riendo de ella, pensó. Riéndose de ella a pesar de que su boca permanecía seria y su expresión en calma. Pagaría por ello, se dijo entornando ligeramente los párpados. Por eso y por todo lo demás. Ella personalmente se encargaría de que Booth y aquella actriz de tres al cuarto pagaran por lo que le habían hecho.

Booth conocía lo suficiente a su ex—mujer como para adivinar qué estaba pensando. Eso debería haberle complacido, y quizá lo hubiera hecho solo unas semanas antes. Pero en aquel momento apenas le causaba una leve repugnancia.

Apartó su mirada de ella y la fijó en Ariel. De todas las escenas del guión, aquella era la más dura para él. Se había cristalizado a sí mismo demasiado bien en el papel de Phil, en aquel diálogo áspero y desabrido. Y su Rae era demasiado auténtica en aquella escena. Ariel la hacía demasiado real, pensó deseando poder encender un cigarrillo. En aquella secuencia de apenas unos minutos era casi imposible disociar a Ariel de Rae... y a Rae de Liz.

Ariel había dicho que lo quería. Luchando contra un desasosiego mezclado con temor, Booth la observó atentamente. ¿Era posible? Ya había creído una vez a una mujer que le había susurrado aquellas mismas palabras. Pero Ariel... No había nada ni nadie como Ariel.

¿La quería? En otra ocasión se había creído enamorado. Pero, fuera lo que fuera lo que había sentido entonces, estaba seguro de que no se trataba de amor. Había sido un sentimiento impregnado de fascinación por la gran belleza, por el talento, por el glamour y el erotismo ostentoso. No, él no entendía de amor..., si es que tal cosa existía según la concebía Ariel. No, él no sabía nada del amor, y se dijo a sí mismo que tampoco quería saberlo. Lo que quería era soledad y quietud.

Y mientras permanecía allí, observando su propia escena dolorosamente reproducida en fotogramas, no hallaba ninguna de las dos cosas.

—¡Corten! ¡Corten y editen! —Chuck se pasó una mano por la nuca para relajar su tensión—. Un trabajo fantástico —dejando escapar un largo suspiro, se acercó a Ariel y a Jack—. Habéis estado geniales los dos. Vamos a dejarlo por hoy. Es imposible hacerlo mejor.

Aliviada, Ariel dejó que su estómago se relajara músculo a músculo. Miró lánguidamente a su alrededor al oír aplausos dispersos. Liz se levantó elegantemente de la silla.

—Un trabajo maravilloso —le dedicó a Jack su sonrisa deslumbrante antes de volverse hacia Ariel—. Tienes potencial, querida —le dijo—. Estoy segura de que este papel te abrirá algunas puertas.

Ariel percibió su condescendencia como un puñetazo en la barbilla.

—Gracias, Liz —deliberadamente se soltó las horquillas del pelo y dejó que le cayera suelto. Deseaba desesperadamente librarse de Rae—. Este papel es un gran reto.

—Lo has hecho lo mejor que has podido —sonriendo, Liz la tocó levemente en el hombro.

«He debido de hacerlo muy bien», pensó Ariel, sonriendo. «He debido de hacerlo de maravilla».

Liz deseó tirar de raíz de aquella abundante y desordenada cabellera. Se volvió hacia Marshall.

—Pat, me encantaría cenar contigo. Tenemos muchas cosas de que hablar —le dio el brazo y le palmeó la mano—. Invito yo, querido.

Maldiciendo para sus adentros, Marshall asintió. El mejor modo de librarse de ella sin provocar una escena era sacarla de allí cuanto antes.

—Será un placer Liz. Chuck, quiero echarle un vistazo a las tomas de hoy a primera hora de la mañana.

—Ah, por cierto —Liz se detuvo junto a Booth—. Sinceramente, no creo que esta pequeña película vaya a hacerle mucho daño a tu carrera, querido —con una risa gélida, deslizó un dedo por la camisa de Booth—. Y he de decir que, a fin de cuentas, me siento bastante halagada. No me guardes rencor, Booth.

Él bajó la mirada hacia su hermosa y despiadada sonrisa.

—No albergo ningún sentimiento hacia ti, Liz. Ninguno en absoluto.

Los dedos de ella se crisparon un instante sobre el brazo de Marshall antes de que se alejara.

—Ah, Pat, tengo que hablarte de ese maravilloso joven actor al que conocí en Atenas...

—Mutis por el foro —murmuró Jack y se encogió de hombros al ver que Ariel lo miraba alzando una ceja—. Creo que todavía estoy metido en el papel de Phil. Pero deja que te diga que yo de esa mujer no me fiaría ni un pelo.

—A mí me da un poco de pena —dijo Ariel casi para sí misma.

Jack profirió un soplo.

—Es una tarántula —dando otro soplo, puso una mano sobre el hombro de Ariel—. Deja que te diga algo, niña. Llevo muchos años en este negocio y he trabajado con muchas actrices. Tú eres de primera clase. Y eso la pone enferma.

—Me sigue dando pena —repitió ella.

—Pues será mejor que te deshagas de esa absurda compasión —le aconsejó él—. O saldrás escalada —dándole un último apretón en el hombro, abandonó el decorado.

Ariel se dejó caer en una silla. Las luces se habían apagado y la temperatura descendía. La mayoría de los técnicos se había ido, excepto tres que, reunidos en un rincón, hablaban de una partida de póquer. Echando la cabeza hacia atrás, Ariel esperó a que Booth se aproximara.

—Ha sido un mal trago —dijo ella—. ¿Qué tal te encuentras?

—Bien. ¿Y tú?

—Un poco cansada. Me quedan pocas escenas por rodar, ninguna de ellas tan importante como esta. La semana que viene, volveré a ser Amanda.

—¿Y te apetece?

—La gente de la serie es como mi familia. Los echo de menos.

—Ya, pero con el tiempo los hijos acaban abandonando el nido familiar —le recordó él.

—Lo sé. Y yo también lo haré, cuando llegue el momento.

—Los dos sabemos que no renovarás tu contrato con la serie —él sacó un cigarrillo y lo encendió automáticamente, aspirando el humo sin saboreado—, aunque tú aún no estés preparada para admitirlo.

Sintiendo la tensión de Booth, ella volvió a crisparse.

—Otra vez nos estás confundiendo —dijo suavemente—. ¿Cuánto tiempo vas a tardar en verme tal y como soy, sin esas sombras?

—Sé quién eres —dijo Booth—. Pero no estoy seguro de qué hacer al respecto.

Ella se levantó. Tal vez fuera por la tensión que le había creado la escena, o quizá por la pena que había sentido al ver a Liz Hunter sufrir a su modo.

—Te diré lo que no quieres —dijo con voz acerada—. No quieres que te quiera. No quieres sentirte responsable de mis sentimientos, ni de los tuyos.

Podía afrontar aquella situación, se dijo Booth dando otra calada al cigarrillo. Las discusiones no lo asustaban.

—Tal vez tengas razón. Pero te dije lo que pensaba desde el principio.

—Sí, es cierto —con una media risa, ella se dio la vuelta—. Es curioso que siempre me hables de la necesidad de cambiar y que seas tan incapaz de cambiar tú mismo. Deja que te diga algo, Booth —se giró hacia él—. Mis sentimientos son míos. No puedes manejarlos. Lo único que puedes hacer es controlar los tuyos.

—No es una cuestión de control —de pronto se dio cuenta de que no le apetecía el cigarrillo. Su sabor le desagradaba. Dejó que se consumiera y lo aplastó en un cenicero—. El problema es que no puedo darte lo que quieres.

—Yo no te he pedido nada.

—No hace falta que me lo pidas —estaba enfadado, realmente enfadado—. Me has presionado desde el principio, intentando imponerme cosas de las que quiero olvidarme. Ya me comprometí una vez, y maldito sea si vuelvo a hacerlo. No quiero cambiar mi forma de vida. No quiero...

—Arriesgarte a fracasar otra vez —concluyó Ariel.

Él clavó su mirada ardiente en ella, pero su voz sonó muy serena.

—Ándate con cuidado, Ariel. Los huesos frágiles se rompen fácilmente.

—Y también se sueldan fácilmente —de pronto se sintió muy cansada para discutir—. Tendrás que dar tú mismo con la solución, Booth. Igual que yo daré con la mía. No lamento quererte, ni me arrepiento de lo que te he dicho. Pero siento que no sepas aceptar un regalo.

Tras verla marchar, Booth deslizó las manos en los bolsillos y contempló el decorado en penumbra. No, no podía aceptarlo. Sin embargo, se sentía como si acabara de rechazar algo que llevaba buscando toda su vida.

CAPÍTULO 10

La mar estaba levemente embravecida. Allá arriba, el cielo era un duro diamante azul, pero hacia el este bullían y se amontonaban negros nubarrones. En el viento que soplaba desde el interior del Atlántico arrastraba amenaza de lluvia. Booth calculó que quedaban dos horas para que le alcanzara la tormenta. Una hora antes tendría que dirigirse a la costa para evitada.

Y en la costa el calor sería sofocante y la humedad tan densa que podría cortarse con un cuchillo. En el agua, la brisa olía a verano, a sal y a tormenta. Booth sentía el sabor del viento que lo azotaba y henchía su vela. Euforia: aquella era la sensación que despejaba su mente y le erizaba la piel. Sujetando suavemente las jarcias, se dejó llevar por el viento.

Llevaba puestos únicamente unos pantalones cortados y unas sandalias. Hacía dos días que no se molestaba en afeitarse. Sus ojos se habían acostumbrado a la reverberación del sol en el agua y sus manos al tacto rasposo de las cuerdas. Ambas cosas eran ásperas e invitaban al desafío.

¿Euforia? Esta vez, aquella sensación no lo había acometido con la fuerza que esperaba. Durante días había navegado tanto tiempo como el sol y las condiciones meteorológicas lo permitían. Por las noches, se había quedado trabajando hasta sentirse mentalmente agotado.

¿Huida? ¿Sería aquella una definición más exacta de lo que había ido a buscar? Tal vez, pensó mientras surcaba el leve oleaje. Llevándose una cerveza a los labios, dejó que su sabor se le extendiera por la lengua. Tal vez estuviera huyendo, pero su presencia en el estudio ya no era necesaria, y finalmente había tenido que admitir que no podía trabajar en la ciudad. Necesitaba pasar unos días alejado del rodaje, de la presión de seguir rindiendo en su trabajo, de sus propios parámetros de perfección.

Todo eso era mentira.

No había dejado Manhattan y se había marchado a Long Island por ninguna de aquellas cosas. Tenía que alejarse de Ariel, de lo que Ariel representaba. Y quizás, por encima de todo, de sus sentimientos hacia ella. Sin embargo, la distancia no había logrado desterrarla de su pensamiento. No le costaba trabajo alguno pensar en ella y, en cambio, no hacerlo le suponía un ímprobo esfuerzo. A pesar de que no lograba olvidada, estaba seguro de haber acertado al marcharse. Si se consumía con solo pensar en Ariel, veda y tocarla podría haberlo arrastrado a la locura.

No deseaba su amor, se decía furiosamente. No podía, ni quería, sentirse responsable de las exaltadas emociones de Ariel. Tomó otro largo trago de la lata de cerveza y miró ceñudo el agua. No podía corresponder a su amor. Él no poseía esa clase de sentimientos. Todas las emociones que albergaba, fueran de la índole que fuesen, las dirigía exclusivamente hacia su trabajo. Se lo había prometido a sí mismo. En su fuero interno, en el compartimiento en que se guardaban los sentimientos más vívidos que una persona podía experimentar hacia otra, él estaba vacío. Estaba hueco.

Deseaba a Ariel en cuerpo y alma, dolorosamente.

Maldita fuera, pensó, tirando de las jarcias. Maldita fuera por arrastrarlo, por llenarlo de obsesiones..., por no pedirle nada. Si le hubiera pedido, o exigido, o suplicado algo, él se habría negado. Era muy sencillo negarse a un compromiso. Pero Ariel solo se daba a sí misma hasta que Booth se sentía tan lleno de ella que creía perderse.

Trabajaría, se dijo mientras empezaba a virar metódicamente hacia la costa. El barco osciló bajo sus pies al alzarse el viento. Ajustando las velas, Booth se concentró únicamente en los movimientos físicos que requería la tarea. Usaba sus músculos, su espalda, no su cerebro. «Nopienses», se decía, «hasta que puedas escribir otra vez».

Se sumergiría en su trabajo el resto del día. Se derramaría en su escritura la tarde entera, hasta la madrugada, hasta que su mente estuviera tan abotargada que no pudiera pensar en nada, ni en nadie. Se mantendría físicamente apartado de Ariel hasta que pudiera separarse de ella mentalmente. Entonces volvería a Nueva York y retomaría su vida donde la había dejado. Antes de Ariel.

Un trueno rugió, amenazador, mientras amarraba el barco en el muelle.

Ariel observó la serpentina del rayo que cruzaba el cielo, restallando. El cielo de la noche era como un espejo oscuro roto bruscamente y recompuesto de nuevo. Seguía sin llover. La tormenta llevaba amena-

zando toda la tarde, alzándose en el este y dirigiéndose hacia Manhattan. Ariel tenía ganas de que estallara de una vez. Vestida únicamente con una camisa larga, permanecía de pie junto a la ventana, viéndola acercarse.

Horas antes, los vecinos habían salido a sentarse en los escalones, abanicándose, sudando y quejándose del calor. A ella el calor no le importaba. Antes de que acabara la noche, la lluvia se llevaría el bochorno. Pero, en ese momento, a pesar de que la fina camisa se le adhería, húmeda, a la espalda y a los muslos, disfrutaba de la violencia del cielo y de la sensación enervante que producía el calor.

La tormenta procedía del este, pensó de nuevo. Quizá Booth estuviera ya contemplando la lluvia que ella aún solo barruntaba. Se preguntaba si estaría trabajando, ajeno al retumbar de los truenos. O sí, como ella, estaría contemplando la furia desatada del cielo. Se preguntaba cuándo regresaría... con ella.

Porque regresaría, se decía tenazmente. Ella solo esperaba que, cuando volviera, lo hiciera sin remordimientos. Con una media sonrisa, Ariel sintió la primera brisa rizada atravesar la cortina y tocar su piel. No se arrepentía de lo que le había dicho, a pesar de que la reacción de Booth no solo le había dolido, sino que más tarde había despertado también su ira. Pero aquello era agua pasada. Quizá de momento había decidido olvidar que para Booth el amor no era la dádiva que era para ella. Él nunca perdía de vista los impedimentos, los riesgos, el sufrimiento que implicaba el amor.

El sufrimiento, pensó Ariel apoyando las manos en el alféizar de la ventana. ¿Por qué siempre la sorprendía tanto darse cuenta de que podía experimentar el dolor en el mismo grado que experimentaba la felicidad? Deseaba a Booth físicamente, pero él estaba a miles de kilómetros. fuera de su alcance; lo deseaba emocionalmente, pero él se había distanciado por propia voluntad de los sentimientos que Ariel le había declarado.

No la había sorprendido que Booth no apareciera durante los últimos días de rodaje. Todas las escenas clave ya habían sido filmadas. Tampoco se había sorprendido cuando Marshall mencionó de pasada que Booth se había ido a su solitaria casa de Long Island a escribir y navegar. Ariel lo echaba de menos, acusaba su falta, pero era demasiado independiente como para llorar una ausencia que sin duda solo duraría unos días. Booth necesitaba estar solo. Ariel lo comprendía en parte, aunque eso no la salvara del dolor. ¿Acaso no se había pasado ella casi toda la noche pintando después de la visita de Liz?

Ariel miró el llamativo lienzo surcado de manchas de azul cobalto y rojo escarlata. Aquel cuadro no permanecería mucho tiempo en su cuarto de estar. Era demasiado violento, demasiado perturbador. En cuanto hubiera logrado asimilar su ira, guardaría aquel lienzo en un armario.

Cada cual tenía su propio modo de enfrentarse a sus emociones más oscuras. El de Booth consistía en replegarse sobre sí mismo; el de ella, en arrojar aquellas emociones fuera de sí. De cualquier modo, al final Booth tendría que decidirse. Ella solo tenía que esperar un poco más.

Eso mismo se decía cuando pensaba en Scott. La vista comenzaba a finales de esa semana. Aquel asunto también se resolvería, pero Ariel se negaba a contemplar una solución que no fuera la suya. Scott iría a vivir con ella. Las dudas que en algún momento había albergado acerca de su derecho a reclamar la custodia de niño se habían disipado. Cuanto más tiempo pasaba, más infeliz era Scott con los Anderson. Sus visitas estaban punteadas de abrazos desesperados y, cada vez con mayor frecuencia, de súplicas para que le permitiera quedarse con ella.

No era una cuestión de abusos o de negligencia por parte de los Anderson. Era simplemente una cuestión de amor, del amor incondicional que manaba naturalmente de Ariel y que el niño no recibía en absoluto de sus abuelos. Las dificultades que Scott y ella estaban encarando pronto serían cosa del pasado. Era hora de concentrarse en el porvenir, no en el presente. Así era como Ariel soportaba el lento paso de los días entre el rodaje y la vista. Y sin Booth.

Cerró los ojos cuando empezó a caer la lluvia. Oh Dios, si al menos se acabara la noche...

El tamborileo de la lluvia acababa de cesar cuando Booth, se' apartó del ordenador. Había avanzado más de lo que esperaba, pero empezaba a sentirse agotado. Sabía que, llegado a aquel punto, no debía forzarse. Tal vez volvería a intentarlo al cabo de una hora, o tal vez lo dejara por un día o dos. Pero recuperaría la inspiración y su escritura volvería a fluir.

No, no podía seguir escribiendo, pero aún no era medianoche y se sentía inquieto. La tormenta había aclarado el aire, despertando en él el deseo de hallarse de nuevo en el mar, bajo la luna creciente. Tenía que comer algo. Frotándose el cuello agarrotado, recordó que no se había molestado en cenar. Comería algo y se iría a la cama temprano.

Mientras atravesaba la casa en dirección a la cocina, el silencio retumbaba a su alrededor. Qué extraño, nunca había notado lo denso que podía ser el silencio y la sensación de vacío que podía transmitir una casa cuando tenía un único ocupante. Y aún más extraño era el hecho de que solo unos meses antes

apreciara la soledad y el silencio, e incluso los necesitara. Pero eso también había sido antes de Ariel. Su vida parecía haberse reducido a dos fases: antes de Ariel y después de Ariel. No resultaba fácil admitirlo.

Booth sacó con desgana una bandeja de embutidos de la nevera. Se preparó mecánicamente un sándwich, encontró un melocotón maduro y se sirvió un vaso de leche. Nunca antes le había parecido tan poco atrayente una cena solitaria. Hasta pensó en tirar todo aquello a la basura.

Sacudiéndose aquella sensación, llevó la cena al dormitorio y puso el plato sobre la cómoda. De pronto decidió que lo que le hacía falta era un poco de ruido. Algo con que distraerse sin necesidad de pensar. Encendió el televisor y comenzó a pulsar los botones del mando a distancia sin ningún objetivo concreto.

Normalmente habría pasado por alto el programa de entretenimiento nocturno y habría elegido una vieja película. Pero se detuvo al llegarle flotando la risa de Liz. Pensando que tal vez fuera una diversión interesante, Booth tomó el plato, lo dejó en la mesita de noche y se estiró en la cama.

Él mismo había visitado aquel programa varias veces. Aunque aquel formato no acababa de gustarle, conocía las reglas del juego y comprendía la necesidad de llegar al gran público a través de aquella fórmula televisiva. El programa era popular, tenía una dirección eficaz y un presentador que conocía su oficio y que sorprendía a los famosos que visitaban el programa con su malicioso encanto e impedía que los espectadores cambiaran de canal o apagaran el televisor.

—Me apetecía muchísimo rodar en exteriores en Grecia, Bob —Liz se inclinó un poco más hacia el presentador y su vestido azul hielo brilló fríamente bajo los focos—. Y trabajar con Ross Simmeon ha sido una experiencia apasionante.

—¿No he oído decir en alguna parte— que Simmeon y tú mantenéis una relación muy tensa? —Robert MacAllister lanzó la pregunta con una sonrisa. Parecía decir: «vamos, relájate, a mí puedes contármelo». Era su arma más socorrida.

—¿Tensa? —Liz batió las pestañas ingenuamente. Era demasiado astuta como para caer en aquella trampa. Cruzó las piernas de modo que el vestido rutiló sobre su cuerpo—. No, qué va. No sé de dónde se han sacado esa idea.

—Puede que del hecho de que no aparecieras durante tres días por el rodaje —encogiéndose levemente de hombros con gesto indiferente, MacAllister se reclinó en su silla—. Cierta desacuerdo sobre el número de líneas de una escena clave, según tengo entendido.

—Eso son tonterías —«maldito sea Simmeon y todos los periodistas»—. Tomé demasiado el sol. Mi médico me puso en tratamiento un par de días y me recomendó reposo —le lanzó una sonrisa deslumbrante—. Naturalmente, hubo algunos momentos de tensión, como en cualquier película importante, pero volvería a trabajar con Ross mañana mismo... —«o con el mismísimo diablo», parecía inferirse de su tono—, si me ofreciera un guión interesante.

—Bueno, ¿y en qué estás trabajando ahora, Liz? Llevas una serie ininterrumpida de éxitos. Debe de resultarte cada vez más difícil encontrar un proyecto a tu altura.

—Siempre es difícil reunir la dosis adecuada de magia —hizo un elegante ademán de modo que su anillo atrapó la luz, reluciendo—. Un buen guión, el director apropiado, un protagonista masculino conveniente... Yo he tenido muchísima suerte en ese sentido. Sobre todo, desde Encuentro a medianoche.

Booth dejó a un lado su sándwich a medio comer y estuvo a punto de echarse a reír. Él había escrito aquel papel para Liz y la había convertido en una gran estrella. En una reina de las taquillas. La suerte no tenía nada que ver con ello. esa película, hay que buscar a los mejores actores disponibles. Naturalmente, esto es una opinión personal. Siempre he pensado que los actores debemos abrirnos camino gracias a nuestras dotes, y Dios sabe que yo 10 he hecho, en lugar de introducirnos en una gran producción gracias a... a, digamos, un encaprichamiento personal del director o del guionista.

—¿Crees que Booth DeWitt se ha encaprichado con Ariel Kirkwood? Se llama así, ¿no?

—Sí, creo que sí. En cuanto a tu otra pregunta, no me atrevo a decir que se haya encaprichado de ella —sonrió de nuevo encantadoramente—. Sobre todo, estando en el aire, Bob.

—Vuestro parecido físico es asombroso.

—¿De veras? —los ojos de Liz se helaron de repente—. Yo prefiero ser única en mi especie, aunque por supuesto es halagador que alguien intente emularte. Naturalmente, le deseo a esa chica toda la suerte del mundo.

—Eso es muy generoso por tu parte, Liz, sobre todo teniendo en cuenta que se rumorea que el personaje que muchos creen inspirado en ti no sale precisamente biémpatado en la película.

—Los que me conocen prestarán poca atención a una visión tan sesgada de los acontecimientos, Bob. De todos modos, estoy deseando ver el resultado final —afirmó con hastío, casi como si bostezara—. Si es que llega a estrenarse, claro.

—¿A estrenarse? ¿Crees que habrá algún problema al respecto?

—Ninguno del que yo pueda hablar aquí —dijo ella con evidente reticencia—. Pero tú y yo sabemos cuántas cosas pueden pasar entre el rodaje y la emisión de una película, Bob.

—Entonces, ¿no piensas demandarlos, Liz? Ella se echó a reír, pero su risa sonó hueca. —Eso sería darle demasiada importancia a esa película.

Bob se dirigió a la cámara.

—En fin, dicho esto, vamos a tomarnos un pequeño descanso. Cuando volvamos, James R. Lemont se unirá a nosotros para hablar de su nuevo libro, *Secretos de Hollywood*. De eso también sabemos mucho tú y yo, ¿verdad, Liz? —después de que Bob le hiciera un guiño a Liz Hunter, en la pantalla apareció el primer anuncio.

Reclinándose en las almohadas, Booth dio una calada al cigarrillo y expelió el humo hacia el techo. Estaba enfadado. Lo notaba por el nudo que tenía en el estómago. Las andanadas que Liz había lanzado contra la película ni siquiera habían sido sutiles, pensó. Quizá lograra engañar a un pequeño porcentaje de los espectadores, pero nadie relacionado con el negocio se dejaría engatusar por sus palabras. Su ex mujer había intentado lanzar unos cuantos dardos envenenados.

—El papel que te valió un Oscar —dijo Bob—. Gracias a un guión magnífico, por supuesto —le lanzó una sonrisa ladeada—. ¿Estás de acuerdo conmigo en eso?

Era la insinuación que ella estaba esperando. Y hacia la que había dirigido la conversación.

—Oh, sí. Booth DeWitt es posiblemente... no, con toda certeza, el mejor guionista actual. A pesar de nuestras... ejem... rencillas personales, siempre nos hemos respetado profesionalmente.

—Yo sé mucho de rencillas personales —dijo Bob con desgana, y se ganó una carcajada del público. Sus tres matrimonios habían recibido gran publicidad. Al igual que las exorbitantes pensiones de sus ex mujeres—. ¿Qué te parece su último trabajo?

—Oh —Liz sonrió y se llevó una mano a la garganta antes de dejada caer sobre el regazo—. Supongo que su argumento no es ningún secreto, ¿no? —de nuevo, la carcajada esperada, esta vez un tanto más desgana—. Estoy segura de que el guión de Booth es maravilloso, como todos los suyos. Pero es natural que sea... eh... un poco sesgado —dijo cuidadosamente—. Tengo entendido que es muy común que un escritor refleje en sus obras algunos aspectos de su vida privada..., desde su punto de vista, naturalmente —añadió—. Lo cierto es que visité el rodaje la semana pasada. Como sabes, Pat Marshall produce la película y Chuck Tyler la dirige.

—¿Pero...? —dijo Bob invitándola a seguir al notar su obvia reticencia.

—Como te decía, es muy difícil dar con el toque preciso de magia —Liz, lanzó las primeras semillas con una sonrisa—. Y Booth no había escrito nunca nada para la pequeña pantalla. Es una transición difícil para cualquiera.

—Jack Rohrer interpreta al protagonista —dijo Bob, poniéndole en bandeja su siguiente comentario.

—Sí, una elección excelente. En mi opinión, Jack estaba absolutamente brillante en *Intenciones ocultas*. Ese sí que era un guión al que podía hincarle el diente.

—Pero este...

—Bueno, yo soy una gran admiradora de Jack —dijo Liz, soslayando aparentemente la pregunta—. Dudo de que haya algún papel al que no pueda sacarle jugo.

—¿Y la coprotagonista? —Bob juntó las manos encima de su mesa. Liz iba directa a la yugular, pensó. Aquello no le vendría mal a los índices de audiencia.

—La actriz protagonista es una chica encantadora. Ahora mismo no recuerdo su nombre, pero creo que hace un papel en una teleserie diurna. A Booth a veces le gusta probar con jóvenes intérpretes en lugar de recurrir a actores experimentados.

—Como hizo contigo.

Los ojos de Liz se entornaron levemente. No le gustaba aquel tono, ni la dirección que parecía querer imprimir a la conversación.

—Podría decirse así —la arrogancia de su voz indicaba lo contrario—. Pero, en mi opinión, cuando se dispone de un presupuesto como el de esa película, hay que buscar a los mejores actores disponibles. Naturalmente, esto es una opinión personal. Siempre he pensado que los actores debemos abrirnos camino gracias a nuestras dotes, y Dios sabe que yo lo he hecho, en lugar de introducirnos en una gran producción gracias a... a, digamos, un encaprichamiento personal del director o del guionista.

—¿Crees que Booth DeWitt se ha encaprichado con Ariel Kirkwood? Se llama así, ¿no?

—Sí, creo que sí. En cuanto a tu otra pregunta, no me atrevo a decir que se haya encaprichado de ella —sonrió de nuevo encantadoramente—. Sobre todo, estando en el aire, Bob.

—Vuestro parecido físico es asombroso.

—¿De veras? —los ojos de Liz se helaron de repente—. Yo prefiero ser única en mi especie, aunque por supuesto es halagador que alguien intente emularme. Naturalmente, le deseo a esa chica toda la suerte del mundo.

—Eso es muy generoso por tu parte, Liz, sobre todo teniendo en cuenta que se rumorea que el personaje que muchos creen inspirado en ti no sale precisamente bien parado en la película.

—Los que me conocen prestarán poca atención a una visión tan sesgada de los acontecimientos, Bob. De todos modos, estoy deseando ver el resultado final —afirmó con hastío, casi como si bostezara—. Si es que llega a estrenarse, claro.

—¿A estrenarse? ¿Crees que habrá algún problema al respecto?

—Ninguno del que yo pueda hablar aquí —dijo ella con evidente reticencia—. Pero tú y yo sabemos cuántas cosas pueden pasar entre el rodaje y la emisión de una película, Bob.

—Entonces, ¿no piensas demandarlos, Liz?

Ella se echó a reír, pero su risa sonó hueca.

—Eso sería darle demasiada importancia a esa película.

Bob se dirigió a la cámara.

—En fin, dicho esto, vamos a tomarnos un pequeño descanso. Cuando volvamos, James R. Lemont se unirá a nosotros para hablar de su nuevo libro, *Secretos de Hollywood*. De eso también sabemos mucho tú y yo, ¿verdad, Liz? —después de que Bob le hiciera un guiño a Liz Hunter, en la pantalla apareció el primer anuncio.

Reclinándose en las almohadas, Booth dio una calada al cigarrillo y expelió el humo hacia el techo. Estaba enfadado. Lo notaba por el nudo que tenía en el estómago. Las andanadas que Liz había lanzado contra la película ni siquiera habían sido sutiles, pensó. Quizá lograra engañar a un pequeño porcentaje de los espectadores, pero nadie relacionado con el negocio se dejaría engatusar por sus palabras. Su ex mujer había intentado lanzar unos cuantos dardos envenenados y, en opinión de Booth, solo había conseguido ponerse en evidencia.

Pero aun así estaba enfadado. Y su enfado procedía de las estocadas que Liz había lanzado contra Ariel. Sus ataques habían sido deliberados y, para desgracia de Liz, también evidentes. Liz era una gata. Normalmente, una gata muy astuta. Los celos eran lo único que podía ofuscarla hasta el punto de hacerle perder la astucia.

Naturalmente, estaba celosa de Ariel, pensó Booth. De una mujer joven, bella y llena de talento. A eso había que añadir la bilis que sin duda había tenido que tragar por culpa de la película. Debía de estar tan iracunda como sus limitadas emociones le permitían. Y aquel era su modo de devolver el golpe.

Booth se levantó, apagó el televisor y comenzó a pasearse por la habitación. Liz sacaría a relucir la película y a Ariel en cada entrevista que concediera, en cada fiesta a la que asistiera, siempre con la esperanza de sabotear a ambas. Naturalmente, no podía infligirles ningún daño apreciable, pero eso no mitigaba el enfado de Booth. Nadie tenía derecho a atacar a Ariel, y el hecho de que esos ataques se hicieran utilizándolo a él, y por él, solo empeoraba las cosas.

Si lo deseaba, podía implicarse en la promoción de la película y contrarrestar la campaña iniciada por Liz. Pero eso sería echar más leña al fuego: Sabía que el mejor modo de desinflar la tormenta que Liz intentaba conjurar era guardar silencio. Irritado, se acercó a la ventana. Desde allí podía oír a lo lejos el mar. Se preguntó si Liz habría visto el programa. Y qué sentiría al respecto.

Tumbada en la hamaca, hundida entre almohadones, con un cuenco de palomitas recién hechas sobre la tripa, Ariel escuchaba a Liz Hunter. Alzó las cejas al oír que se referían a ella. Masticó las palomitas y sonrió cuando Robert MacAllister le recordó a Liz que «la chica» se llamaba Ariel Kirkwood.

Pobre Liz, pensó. Solo estaba poniéndose en ridículo. Tal vez por el hecho de haberse metido en el pellejo de Rae durante varias semanas, Ariel detectó en Liz numerosos signos de inquietud. El tamborileo de la punta de un dedo sobre el brazo de la silla, la fugaz crispación de los labios, el brillo en la mirada que parecía provocado en parte por la rabia, en parte por la desesperación... Cuanto más hablaba Liz, más precaria se hacía su posición.

Habría salido mucho mejor parada si hubiera mantenido la boca cerrada, pensó Ariel. Un «sin comentarios», un encogimiento de sus altivos hombros... Aquello era un error de cálculo, pensó Ariel con un suspiro. Una estupidez.

«Yo no puedo hacerle ningún daño». Ariel paseó la mirada de la pantalla al techo. Nadie podía arrebatárle él, Liz su talento. Era una pena que no se diera cuenta de ello. «Es a Booth a quien quiere hacer daño», decidió. Quería hacerle pagar por usar a Rae para desvelar las miserias de su vida en común. Sin embargo, ¿no se daba cuenta de que Booth se había mostrado igualmente implacable y descarnado con el personaje a través del cual se había reflejado a sí mismo?

Cuando volvió a mirar el televisor, el rostro de Liz dominaba la pantalla. Había una ligerísima arruga de insatisfacción entre sus cejas. Ariel se preguntó si era ella la única que lo notaba por haber asimilado tan perfectamente a su personaje. «Te conozco», le decía a la imagen de la pantalla, «te conozco por dentro y por fuera». Y eso hizo que tragara saliva con dificultad. Resultaba un tanto aterrador.

Se tumbó hacia atrás, quitó el sonido del televisor y volvió a sintonizar el de la lluvia. Ya casi había cesado. Ahora no era ya más que un leve tintineo en el cristal de la ventana. Seguramente Booth también había visto el programa, pensó. Y si se lo había perdido, muy pronto se enteraría de lo ocurrido. Se enfadaría. Ariel casi podía ver su mirada dura, la mueca crispada de su boca. Ella misma había tenido que reprimir una punzada de ira que había amenazado con dominar sus otros sentimientos.

La ira era inútil. Deseaba poder decírselo a Booth. Él debía saber que había abierto la caja de los truenos al escribir el guión. Ella la había abierto un poco más al aceptar el papel. Confiaba en que, cuando Booth se hubiera calmado, comprendiera que Liz Hunter le había hecho a la película más bien que mal.

Ariel se incorporó al oír el teléfono. Balanceándose precariamente en la hamaca, agarró el aparato y lo alzó hasta ella.

—¿Diga?

—¡Esa bruja!

Con una media risa, Ariel volvió a recostarse en los almohadones.

—Hola, Stella.

—¿Estás viendo el programa de MacAllister?

—Sí, lo estoy viendo.

—Oye, Ariel, esa mujer se está poniendo en ridículo. Cualquiera con dos dedos de frente se daría cuenta.

—Entonces, ¿por qué estás tan enfadada?

Oyó que Stella respiraba hondo.

—Porque llevo un rato aquí sentada escuchando hablar a esa mujer... ¡y tiene el descaro de decir que te desea toda la suerte del mundo! —Stella masculló algo incomprensible y luego comenzó a hablar atropelladamente—. ¡Toda la suerte del mundo! ¡Y un cuerno! A esa le gustaría que desaparecieras de la faz de la tierra. Le gustaría clavarte un cuchillo.

—Una lima de uñas, más bien.

—¿Cómo puedes bromear con esto? —preguntó Stella.

«Porque, si no lo hago, puede que me ponga a gritar».

—¿Y cómo puedes tú tomártelo tan en serio? —dijo en voz alta.

—Mira, Ariel... —Stella apenas podía controlar su voz—, conozco a esa clase de mujeres; llevo cinco años haciendo de una. No hay nada que no sean capaces de hacer, nada, si quieren perjudicarte. Y, ¡maldita sea!, tú te fías de todo el mundo.

—De unos más que de otros —a pesar de que la preocupación de su amiga la conmovía, se echó a reír—. No soy del todo tonta, Stella.

—No eres tonta en absoluto —replicó su amiga, exasperada—. Pero eres muy ingenua. Si un crío te para en la calle para pedirte un donativo, tú vas y te crees que está recogiendo dinero para una orfanato.

—Puede que así sea —murmuró Ariel—. Además, ¿qué tiene eso que ver con...?

—¡Todo! —la atajó Stella con algo parecido a un rugido—. Estoy preocupada por ti. Cada vez que pienso que vas por la calle a ciegas, sin pensar en los locos que hay por ahí sueltos...

—Vamos, Stella, si pensara mucho en eso, nunca saldría de casa.

—Pues piensa en esto: Liz Hunter es una mujer poderosa y vengativa a la que le gustaría arruinarle la vida. Vigila tus espaldas, Ariel.

«¿Quién lo sabe mejor que yo?», pensó Ariel con un repentino estremecimiento. «Llevo semanas haciendo de ella».

—Si te lo prometo, ¿dejarás de preocuparte?

—No —ligeramente apaciguada, Stella suspiró—. Pero prométemelo de todos modos. —Prometido. ¿Estás más tranquila?

Stella profirió un suave sonido gutural.

—No entiendo por qué no estás enfadada.

—¿Y para qué iba enfadarme si ya te enfadas tú por mí... y además tan bien?

Stella dejó escapar un largo suspiro.

—Buenas noches, Ariel.

—Buenas noches, Stella. Y gracias.

Ariel colgó el teléfono y se balanceó suavemente en la hamaca. Al mirar el techo, se maravilló de lo afortunada que era. La amistad era algo precioso. Tener a alguien dispuesto a salir en tu defensa, a sacar las uñas por ti, era una sensación reconfortante. Ella tenía esa clase de amigos, y un trabajo en el que le pagaban bien por hacer lo que de buena gana habría hecho gratis. Gozaba del amor incuestionable de un niño del que, Dios mediante, podría hacerse cargo al cabo de unas semanas. Tenía mucha suerte.

Mientras permanecía allí tumbada, reflexionando sobre su buena estrella, pensó en Booth. y deseó que estuviera a su lado.

Dos días después, Ariel recibió una visita inesperada. Era su primer día libre desde que había retomado el papel de Amanda y había decidido invertido en una tarea que rara vez acometía y más raramente aún acababa: limpiar la casa.

Ataviada con unos viejos pantalones cortos y una camiseta sin mangas, permanecía sentada en el alféizar de su ventana en el segundo piso del edificio, con el cuerpo inclinado hacia fuera, limpiando el exterior de los cristales. Había subido el volumen de la radio y los sinuosos violines de Sherezade casi hacían vibrar los cristales. De vez en cuando algún vecino le gritaba algo desde la calle. Ariel dejaba su tarea un momento y le respondía a voces.

Lo importante era mantenerse ocupada, atarearse. Si se detenía a pensar un solo instante, tal vez se volviera loca. Al día siguiente comenzaba el juicio sobre la custodia y se cumplían dos semanas enteras sin noticias de Booth. Ariel siguió limpiando el cristal hasta dejarlo brillante.

De pronto sintió un pinchazo entre los omóplatos, como si la punta de un dedo se clavara bajo su nuca. Al girar la cabeza y mirar hacia abajo, vio a Booth en la acera. Experimentó una oleada de alivio. Aunque lo intentó, o eso le pareció, no pudo impedir que una sonrisa iluminara toda su cara.

—Hola.

Al verla, Booth sintió un deseo tan intenso que le flaquearon las rodillas.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—Limpiando las ventanas.

—Puedes romperte la crisma.

—No, estoy bien sujeta —uno de los gatitos le rozó los tobillos sobresaltándola, y tuvo que sujetarse con las corvas al poyete—. ¿Subes?

—Sí —sin decir nada más, él desapareció de su vista.

Mientras subía las escaleras, Booth recordó la promesa que se había hecho a sí mismo. No iba a tocarla... ni una sola vez. Le diría lo que había ido a decirle, cumpliría su propósito y se marcharía. No la tocaría, ni iniciaría otra vez aquel ciclo interminable de anhelos, sueños y deseos. Durante las dos semanas anteriores había conseguido desintoxicarse de ella. Cuando alcanzó el descansillo, casi se había convencido de ello. Entonces Ariel abrió la puerta.

Todavía sujetaba en la mano un paño húmedo. No llevaba maquillaje; el rubor de sus mejillas era de placer y de sofoco. Llevaba el pelo recogido hacia atrás y atado con un hilo de lana. Había un fuerte olor a amoníaco.

Booth deseaba tocada aunque solo fuera una vez, solo una. Cerró las manos y se las metió en los bolsillos.

—Me alegro de verte —Ariel se apoyó en el quicio de la puerta y lo observó atentamente. La gente no cambiaba en dos semanas, se dijo mientras comparaba cada ángulo y plano del rostro de Booth con la imagen que guardaba de él en su recuerdo. Parecía el mismo, un poco más moreno quizá debido al sol, pero el mismo. El amor la inundó por completo.

—Has estado navegando.

—Sí, un poco.

—Te sienta bien. Se te nota —retrocedió, comprendiendo por la postura tensa de Booth que no aceptaría su mano si se la ofrecía—. Pasa.

El se internó en aquel caos. Cuando Ariel limpiaba, lo hacía a conciencia y nada estaba a salvo. Los cajones habían sido vaciados, las mesas despejadas. Los muebles y las ventanas relucían. No había un solo sitio despejado donde estar de pie, y mucho menos donde sentarse.

—Perdona —dijo ella, siguiendo su mirada—. Voy un poco retrasada con mi limpieza primaveral —la presión de su pecho aumentaba con cada segundo que permanecían el uno junto al otro, a miles de kilómetros de distancia—. ¿Quieres beber algo?

—No. No me quedará mucho tiempo. Ya veo que estás ocupada. —no se quedaría porque le dolía físicamente no tocar lo que tanto deseaba... y seguir deseando lo que se había convencido de que no podía ser suyo—. Supongo que viste el programa de MacAllister la otra noche.

—Eso es agua pasada —contestó él. Se sentó en la hamaca, balanceando los pies, con los dedos de las manos apretados.

Con las manos aún en los bolsillos, Booth osciló sobre sus talones.

—¿Qué te pareció?

Ella se encogió de hombros y cruzó los tobillos.

—Le lanzó un par de estocadas a la película, pero...

—Te lanzó un par de estocadas a ti —dijo él. Su voz se había crispado y sus ojos se habían achicado.

Percibiendo su estado de ánimo, Ariel decidió quitarle hierro al asunto. Sonrió.

—Pues ya ves que ,no estoy sangrando.

Booth la miró ceñudo un momento y al fin decidió que parecía mucho menos preocupada que él.

—No se ha detenido ahí, Ariel —se acercó a ella para estudiar mejor su cara, tal vez para captar mejor su perfume—. Ha tenido una pequeña charla con el productor de tu serie y con unos cuantos ejecutivos de la cadena.

—¿Con mi productor? —asombrada, ella ladeó la cabeza e intentó comprender lo que le decía—. ¿Para qué?

—Quiere que te despidan... o... eh... que dejen expirar tu contrato.

Asombrada, ella guardó silencio, pero su rostro palideció. El paño cayó silenciosamente de su mano al suelo.

—Se ha ofrecido a hacer unos cameos en la serie si te echan. Como tu productor la despachó amablemente, ella se fue al piso de arriba.

Ariel tragó saliva, angustiada. Lo único que podía pensar, lo único que tamborileaba en su cabeza, era «ahora no, no durante la vista». Necesitaba la estabilidad del contrato para conseguir la custodia de Scott.

—¿Y?

Booth no esperaba que sus labios palidieceran, que sus ojos se agrandaran al oír la noticia. Una mujer con su temperamento se habría enfadado, tal vez hasta el punto de enfurecerse, de tirar cosas, de estallar. Ni siquiera lo habría sorprendido que se lo tomara a broma, que se echara a reír a carcajadas, o que sacudiera la cabeza y se encogiera de hombros. Tenía la suficiente seguridad en sí misma como para reaccionar así. O eso había creído él. Pero lo que advertía en sus ojos era miedo.

—Ariel, ¿hasta qué punto crees ser importante para la serie?

Ella descubrió que tenía que tragar saliva antes de responder.

—Amanda es un personaje popular. Yo soy quien más cartas recibe, muchas veces dirigidas a la propia Amanda, en vez de a mí. En mi último contrato, me subieron el sueldo sin apenas negociación —tragó saliva de nuevo y juntó las manos con fuerza. Todo aquello era muy lógico, muy práctico. Sentía ganas de gritar—. Nadie es imprescindible. En una serie, esa es la regla número uno. ¿Van a despedirme?

—No —mirándola con el ceño fruncido, se acercó a ella—. Me sorprende que creas que van a hacerlo. Ahora mismo eres el principal tirón de la audiencia. Y en otoño la serie se beneficiará del estreno de la película. Pensando con estricta lógica, tu presencia diaria en la serie vale mucho más para la cadena que un cameo de Liz —al ver que Ariel dejaba escapar un largo suspiro, tuvo que contener las ganas de abrazarla—. ¿Tanto significa la serie para ti?

—Sí, tanto.

—¿Por qué?

—Es mi trabajo —dijo ella con sencillez—. Mi personaje —a medida que el miedo se disipaba, iba llenándose de ira—. Si lo dejo, será porque quiera, o porque ya no sirva —cediendo a la rabia, agarró de la mesa un pequeño jarrón amarillo lleno de flores y lo arrojó contra la pared. El jarrón se rompió y las flores se

esparcieron por el suelo—. He dedicado cinco años de mi vida a ese papel —cuando su respiración se calmó de nuevo, miró los fragmentos del jarrón y las flores aplastadas—. Es importante para mí —continuó, mirando de nuevo a Booth—. En este momento, por muchas razones, es esencial —se asió a un lado de la hamaca y procuró relajarse—. ¿Cómo te has enterado de todo eso?

—Por Pat. Los peces gordos se han reunido para hablar de ti. Pensamos que debías saberlo.

—Os lo agradezco —la ira empezaba a desvanecerse. El alivio que sentía le producía un leve aturdimiento—. Bueno, lamento que esté tan rabiosa como para intentar echarme de mi trabajo, pero imagino que ahora desistirá.

—Eres demasiado lista como para creer tal cosa.

—En realidad, no puede hacerme nada. Y parece que cada vez: que lo intenta lo único que consigue es ponerse en evidencia —Ariel relajó las manos lenta y deliberadamente—. Cada entrevista que concede es publicidad gratis para la película.

—Si existe algún modo de hacerte daño, Liz intentará aprovecharlo. Debería habérmelo imaginado antes de darte el papel de Rae.

Sonriendo, ella le tendió las manos hacia los brazos de Booth.

—¿Estás preocupado por mí? Me gustaría que lo estuvieras... aunque fuera solo un poco.

Él sabía que debía apartarse en ese preciso instante. Pero deseaba desesperadamente sentir su contacto. Solo sus manos sobre los brazos. Si tenía cuidado, mucho cuidado, con eso bastaría.

—Soy responsable de cualquier problema que te cause.

—Eso es absolutamente ridículo..., además de arrogante y egocéntrico —ella sonrió—. Y muy propio de ti. Te he echado de menos, Booth. Te he echado muchísimo de menos.

Lo estaba atrayendo hacia sí, arrastrándolo consigo. Cuando la mano de Ariel alcanzó su cara, Booth se inclinó hacia ella para besarla. Y el primer roce de sus labios bastó para hacerle olvidar todas las promesas que se había hecho durante su ausencia.

Ariel gimió cuando sus labios se encontraron. Le parecía que llevaba años esperando sentir de nuevo aquella laxitud. Deseaba más. El ansia se apoderó de ella. Tiró de Booth y la hamaca se hundió bajo el peso de ambos.

No había ya delicadeza alguna en sus caricias.

Ambos bullían de impaciencia. Sin proferir palabra, se urgían el uno al otro. «Date prisa, tócame. Ha pasado mucho tiempo», parecían decirse. Ya medida que se quitaban la ropa y sus cuerpos se entrelazaban, su ansiedad crecía.

El movimiento de la hamaca era como el del mar, y Booth se sintió libre de nuevo. Experimentaba una sensación de libertad con solo estar de nuevo junto a Ariel. Y dé aquella sensación de libertad surgía el delirio. No podía impedir que sus manos se deslizaran presurosas sobre el cuerpo de Ariel. No podía evitar que su boca intentara devorar cada centímetro de la carne de ella. Estaba hambriento de su cuerpo y ya no le importaba haber prometido abstenerse. La piel de Ariel fluía, cálida y suave, bajo las manos de Booth. Su boca era caliente y sedosa. Aquella generosidad que Booth nunca lograba medir manaba de ella sin traba alguna.

Ariel dejó de pensar en cuanto Booth empezó a besarla. Ya no necesitaba servirse del intelecto, sino solo de los sentidos. Podía saborear la sal en la piel de Booth mientras se abrazaban en el bochorno húmedo de la tarde. Ariel percibía en su deseo una furiosa intensidad que no había sentido hasta ese momento. Se estremecía al sentirse tan salvajemente deseada.

Pero aquel estremecimiento iba acompañado de un deseo parejo al de Booth. La parte superior de la hamaca le arañó la espalda cuando Booth se tumbó sobre ella. Por un instante, Ariel creyó sentir cada cuerda de la hamaca. Luego, aquella sensación se disipó, dando paso a otra. Booth llevó las manos hasta su pelo y le sujetó la cabeza hacia atrás para apoderarse de su boca. Ariel notó que su respiración se estremecía y, al parpadear, vio que la estaba mirando fijamente.

Los ojos de Booth permanecían abiertos, fijos en su rostro, cuando se hundió en ella. Quería verla, necesitaba saber que lo deseaba tanto como él a ella. Y podía sentir en el temblor de la boca de Ariel, que entre jadeos susurraba su nombre, y en el placer asombrado de sus ojos. Todo aquello se lo daba él. Se lo daba él, pensó Booth enterrando la cara entre el pelo de Ariel.

—Ariel... —con el último vestigio de cordura que le quedaba, comprendió que estaban los dos a punto de perderse. Tomó la cara de Ariel entre sus manos y la besó con fuerza para que alcanzaran juntos el éxtasis, bebiendo mutuamente sus gritos de placer.

El movimiento de la hamaca se aminoró, haciéndose suave como el balanceo de una cuna. Booth y Ariel permanecían abrazados, cara a cara. Ella tenía la cabeza apoyada en la curva del hombro de él. El sudor humedecía sus cuerpos. Un mechón del pelo de Ariel cayó sobre el pecho de Booth.

—He pensado mucho en ti —murmuró Booth. Tenía los ojos cerrados. Los latidos de su corazón comenzaban a espaciarse, pero sus brazos seguían aferrando con fuerza a Ariel—. No podía pensar en otra cosa.

Ariel tenía los ojos abiertos y sonrió. Aquellas palabras eran lo único que le hacía falta.

—Duerme conmigo un rato —girando la cabeza, le besó el hombro—. Solo un rato.

Durante días y noches, Ariel solo había pensado en el mañana. Había llegado el momento de pensar únicamente en el ahora. Mucho después de que Booth se durmiera, ella seguía despierta, sintiendo la hamaca balancearse suavemente.

CAPÍTULO 11

Ariel permanecía sentada en un pequeño banco de madera, fuera de la sala del tribunal. El pasillo estaba lleno de gente que iba y venía, pero nadie se fijaba en aquella mujer solitaria, ataviada con un traje color —crema, que miraba fijamente hacia delante.

El primer día de la vista había concluido, y Ariel sentía una extraña mezcla de alivio y crispación. El proceso había comenzado; ya no había marcha atrás. Una puerta se abrió en el pasillo y de ella manó un caudal de gente., Ariel nunca se había sentido tan sola.

Bigby le había resumido los acontecimientos de la jornada. No había habido sorpresas. El primer día de la vista había consistido básicamente en establecer las líneas maestras del caso. Para Ariel, las cuestiones preliminares habían resultado terriblemente áridas. Pero los engranajes se habían puesto al fin en marcha, y tal vez su ritmo pronto se aligeraría.

«Ojalá esto acabe pronto», pensó, cerrando los ojos un instante. «Ojalá pase de una vez». Se crispaba con solo pensar en el mañana. Y extraía alivio de la absoluta certeza de estar haciendo lo correcto.

Bigby salió de la sala del tribunal con un ligero maletín en una mano y tendiéndole la otra.

—Deja que te invite a una copa.

Ariel sonrió, le dio la mano y se levantó.

—Hecho. Pero que sea un café.

—Lo has hecho muy bien ahí dentro.

—Pero si no he hecho nada.

Él se dispuso a decir algo, pero al final cambió de idea. Tal vez fuera mejor no decidir lo eficaz que había sido su sola presencia en la sala. Su naturalidad, su mirada preocupada, el tono de su voz, todo ello había contrastado vivamente con la tiesura y la expresión pétrea de los Anderson. Y, ante un caso de custodia, un buen juez no solo se dejaba influir por los datos y las cifras.

—Tú sigue así —le aconsejó él y, apretándole la mano, echaron a andar por el pasillo. Ninguno de los dos se fijó en el hombre de traje oscuro y gafas de pasta que iba tras ellos—. Cuéntame qué tal te va todo lo demás —le dijo Bigby mientras la guiaba suavemente hacia la puerta—. No todos los días represento a una celebridad.

Ella se echó a reír cuando, al salir a la acera, sintió la primera oleada de calor. Nueva York en verano era un lugar cálido, húmedo y sofocante.

—¿Eso es lo que soy? ¿Una celebridad?

—Tu foto apareció en el Tube y tu nombre salió a relucir en el programa de MacAllister —sonrió al ver que ella enarcaba una ceja—. Confieso que estoy impresionado.

—Conque lees el Tube, Chadie —Ariel se dio cuenta de que intentaba calmada. Y lo estaba consiguiendo. Le dio el brazo afectuosamente—. He de admitir que la publicidad no le vendrá mal a la serie, ni a la película, ni a mí.

—¿En ese orden?

Ariel sonrió y se encogió de hombros.

—Depende del humor que tenga —no, ella no carecía de ambición. El artículo del Tube le había producido una intensa satisfacción—. He hechos muchos anuncios de champú, así que no me quejaré si no tengo que volver a pasarme tres horas embadurnada de espuma delante de una cámara.

Entraron en una cafetería en cuyo interior la temperatura descendía hasta los veinticinco grados. Ariel se estremeció un instante y luego dejó escapar un suspiro de alivio.

—Así que, profesionalmente, ¿te va todo bien? —preguntó Charlie.

—No me quejo —Ariel se deslizó en una silla de vinilo y se quitó los zapatos—. La semana que viene hacen las pruebas para Capítulo dos. Hace mucho tiempo que no hago teatro en vivo.

Bigby chasqueó la lengua mientras tomaba la carta. El hombre del traje oscuro ocupó el asiento de al lado, dándole la espalda a Ariel.

—Así que no paras, ¿eh?

—No, mientras puedo evitado. Tengo un buen presentimiento respecto al juicio, tal vez porque mi carrera va viento en popa. Todo saldrá bien, Charlie. Conseguiré la custodia de Scott y la película de Booth será un éxito.

Él la miró por encima de las gafas y sonrió.

—El poder del pensamiento positivo.

—Espero que—funcione —ella apoyó los codos en la mesa y descansó la barbilla sobre los puños—. Toda mi vida he perseguido ciertas metas sin comprender realmente que era yo misma quien las establecía. Ahora las tengo casi al alcance de la mano.

Bigby alzó la mirada hacia la camarera antes de volver a mirar a Ariel.

—¿Quieres una ración de tarta y un café?

—Me has leído el pensamiento. La tarta, que sea de arándanos —se tocó el labio con la punta de la lengua, casi percibiendo el sabor de pastel.

—Dos de cada —le dijo Bigby a la camarera—. Hablando de Booth DeWitt... —continuó.

—¿Estábamos hablando de él?

Bigby advirtió el brillo irónico de la mirada de Ariel.

—Creo que me mencionaste su nombre hace unas semanas. ¿No es uno al que no le gustan mucho las relaciones de pareja, ni las actrices?

—Tienes buena memoria... y grandes habilidades deductivas.

—Fue muy fácil sumar dos y dos, sobre todo después del numerito de Liz Hunter en el programa de MacAllister la otra noche.

—¿Numerito? —repitió Ariel con una media sonrisa.

—Supongo que, normalmente, un actor detecta fácilmente los trucos de otro. Y un abogado tiene mucho de actor —hizo una pausa y cruzó las manos sobre la mesa de formica como hacía sobre su escritorio—. Hace un par de años, esa mujer estuvo a punto de destrozarle la vida a DeWitt.

—Se hicieron daño el uno al otro. Ya sabes, a veces nos sentimos atraídos precisamente por la persona que menos nos conviene.

—¿Lo dices por experiencia?

La mirada de Ariel se tornó muy seria; su boca, muy suave.

—Booth me conviene. Sé que en muchos sentidos me complicará la vida. Pero aun así es bueno para mí.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque estoy enamorada de él —les llevaron la tarta; Ariel hizo caso omiso del café y comenzó a comérsela—. Bendito seas, Charlie —dijo tras probarla.

Él alzó una ceja.

—Veo que es fácil impresionarte.

—No te pongas cínico. Anda, come.

Él asió el tenedor y lo limpió distraídamente con una servilleta de papel.

—A riesgo de meter la pata, he de decir que nunca te habría imaginado con un hombre como DeWitt.

Ariel comió otro pedazo de tarta.

—¿Por qué no?

—Porque es muy serio, muy intelectual. Sus guiones lo demuestran sin lugar a dudas. Y tú eres...

—¿Un tanto alocada? —sugirió ella, cortando otro pedazo de tarta.

—No —Bigby abrió uno de los recipientes de crema de leche que había en un cuenco, sobre la mesa—. No eres alocada. Pero estás llena de vida, de alegría. No es que no sepas afrontar el lado crudo de la vida cuando se presenta, pero no lo buscas deliberadamente. Y parece que De Witt sí.

—Tal vez. O tal vez sea que no espera otra cosa de la vida. Si esperas que suceda algo malo y sucede, el golpe no es tan fuerte. Para algunas personas, es un mecanismo defensivo —frunció ligeramente las cejas—. Creo que Booth y yo podemos aprender mucho el uno del otro.

—¿Y qué cree Booth? ¿O me estoy extralimitando?

—No, Charlie —dijo ella distraídamente mientras recordaba la expresión áspera de Booth al llegar a su puerta y la intensidad con que le había hecho el amor. Había ido relajándose poco a poco, grado a grado. Luego se había quedado dormido, sujetándola entre sus brazos, como si solo necesitara abrazarla. ¿A ella, se preguntaba Ariel, o a aquella quietud? Tal vez no importara—. Para Booth resulta duro —murmuró—

. Quiere que lo dejen en paz, que su vida prosiga como hasta ahora. Y yo me he metido de por medio. Necesita más tiempo, más espacio.

—¿Y tú qué necesitas?

Ella lo miró y comprendió que su respuesta no le había complacido. «Está preocupado por mí», se dijo, conmovida. Estirando la mano, la puso sobre la de él.

—Quiero a Booth, Charlie. Con eso me basta por ahora. Sé que no siempre será suficiente, pero a las emociones no se les puede poner un interruptor. Al menos, yo no puedo —añadió.

—¿Significa eso que él sí?

—Hasta cierto punto —Ariel abrió la boca de nuevo y luego sacudió la cabeza—. No, no quiero que cambie ni siquiera en eso. Necesito el equilibrio que me proporciona; y deseo poder aliviar algunas de esas sombras que arrastra consigo. En cierto sentido, me pasa lo mismo con Scott. Necesito la estabilidad que le proporciona a mi vida. Básicamente, padezco una furiosa necesidad de que me necesiten.

—¿Le has hablado a Booth de Scott? ¿Del juicio?

—No —Ariel le puso azúcar al café, pero no se lo bebió—. No me parece justo cargado con un problema que ya existía cuando nos conocimos. El instinto me dice que debo afrontar esto yo sola. Se lo diré a Booth más adelante, cuando se haya resuelto.

—Puede que no le guste —señaló Bigby—. Lo único que dijo Ford en nuestro último encuentro con lo que estoy de acuerdo es que algunos hombres no pueden o no quieren hacerse cargo del hijo de otro.

Ariel sacudió la cabeza.

—No creo que Booth sea de esos. Pero, si lo es, tendré que asumirlo.

—¿Y si tuvieras que tomar una decisión?

Ella no dijo nada al principio, pero sintió el dolor que le producía pensar siquiera en aquella posibilidad.

—Cuando hay que elegir entre dos personas a las que amas —dijo suavemente—, eliges a la que más te necesita —alzó los ojos de nuevo—. Scott solo es un niño, Charlie.

Él se inclinó y le, palmeó la mano.

—Solo quería oírtelo decir. Faltando de nuevo a mi profesionalidad —dijo con una sonrisa—, confieso que no creo que haya ni un solo hombre en el mundo capaz de rechazaros ni a ti ni a Scott.

—Por eso estoy loca por ti —Ariel hizo una pausa y lamió ligeramente el tenedor—. Charlie, ¿me considerarías una completa hedonista si pidiera otro trozo de tarta?

—Sí.

—Bien —Ariel alzó una mano y le hizo una seña a la camarera—. De vez en cuando me gusta comportarme como una decadente.

La vida de Amanda era una olla a presión. Mientras repasaba sus líneas una última vez, Ariel pensó que le sentaba bien aquella tensión. La ayudaba a afrontar la realidad un poco mejor. Se había pasado la mañana en el juzgado y al día siguiente estaba previsto que subiera al estrado. Aquel era un papel para el que no podía ensayar. Pero ni su optimismo ni las buenas sensaciones que había experimentado el primer día de la vista se habían disipado. Era la pobre Amanda, pensó, quien continuaba teniendo problemas que nunca se resolverían del todo. Así era la vida en un culebrón.

El resto del reparto no había regresado aún del descanso para comer. Ariel estaba sentada sola en el estudio; tumbada, en realidad, en la cama revuelta de la que se levantaría cuando a Amanda la despertara el ruido de un cristal roto. Sola e indefensa, se enfrentaría al Destripador de Trader's Bend. Solo dispondría de su ingenio y de su habilidad profesional para protegerse de un asesino psicópata.

Ya vestida con una camisola de dormir de color violeta, siguió murmurando sus líneas en voz alta mientras lánguidamente hacía ejercicios levantando una pierna. Sentía cierta culpabilidad por haberse comido una segunda ración de tarta de arándanos.

—Vaya, vaya, así que este es el ritmo frenético de las series de televisión.

Sobresaltada, Ariel dejó caer el guión.

—Cielo santo, Booth. Espero que sepas hacer el boca a boca, porque se me acaba de parar el corazón.

—Yo lo pondré en marcha de nuevo —poniendo las manos a ambos lados de su cabeza, se inclinó y la besó suavemente.

Tan sorprendida por la ternura de aquel beso como por su súbita aparición, Ariel se quedó muy quieta. Solo sabía que algo había cambiado; pero como la cabeza le daba vueltas y la sangre le bombeaba con fuerza, no acertaba a saber qué era.

Él sí lo sabía. Al sentarse en la cama para prolongar el beso, Booth comprendió exactamente qué era lo que había cambiado. La quería. Esa mañana se había despertado solo y la había buscado en la cama. Había leído una tontería en el periódico y al instante había pensado en cómo se habría reído ella. Había visto a una niña con un globo que, riendo, arrastraba a su madre hacia el parque y había pensado en Ariel. Y al pensar en ella, había visto que el cielo era azul y hermoso, que la ciudad estaba llena de sorpresas, que la vida era un placer. Qué estúpido había sido al resistirse, al rechazar todo cuanto ella le ofrecía.

Ariel era su segunda oportunidad. No, para ser honesto, era su primera oportunidad de alcanzar la verdadera felicidad. No volvería a permitir que la fealdad de sus recuerdos lo apartara de ella.

—¿Qué tal tu ritmo cardíaco? —murmuró. Ariel dejó escapar un largo suspiro y abrió los ojos lentamente.

—Ya no hace falta que llames a una ambulancia.

Él miró la cama revuelta y luego su camisón sedoso y seductor.

—¿Estabas echándote una siesta?

—Estaba —contestó ella puntillosamente— trabajando. El resto del reparto se ha ido a comer. Yo no tenía que empezar hasta la una —le apartó el pelo que le caía en desorden sobre la frente—. ¿Qué haces aquí? A estas horas sueles estar metido hasta las rodillas entre frases brillantes.

—Quería verte.

—Qué bien —sentándose, le echó los brazos al cuello—. Eso es fantástico.

Qué poco costaba hacerla feliz, pensó Booth mientras la abrazaba. ¿Cómo reaccionaría cuando le dijera que había dejado de resistirse y que nada le había hecho tan feliz como tenerla a su lado? Esa noche, pensó besándole el cuello. Esa noche, cuando estuvieran solos, cuando nadie los molestara, se lo diría. Y le haría la gran pregunta.

—¿Puedes quedarte un rato? —Ariel no sabía por qué se sentía tan bien, no quería averiguarlo.

—Me quedaré hasta que acabes y luego te llevaré a casa conmigo, aunque sea a rastras —ella se echó a reír y, al cambiar de postura, arrugó bajo ella el guión—. Tus frases —le advirtió Booth.

—Ya me las sé. Esta... —echó la cabeza hacia atrás de modo que sus ojos brillaron— es una escena culminante llena de peligro y dramatismo.

Él miró la cama.

—¿Y de sexo?

—¡No! —dándole un empujón, se puso de rodillas—. Amanda tiene pesadillas; Da vueltas en la cama. Fundido en negro, la cámara enfoca lentamente y se la ve caminando entre la niebla, sola y perdida. Oye pasos tras ella. Primer plano. Y entonces... —echó la cabeza hacia atrás y su voz adquirió un tono dramático—, delante de sí ve una figura entre la niebla —alzó una mano como si quisiera apartar una cortina de bruma—. ¿Debe correr hacia aquella figura o huir? Los pasos tras ella se hacen más rápidos, la respiración de Amanda se acelera. Un rayo de luna, pálido y espectral, atraviesa la escena. Delante de ella está Griff tendiéndole una mano, llamándola con voz resonante y hueca. La quiere, desea que vaya con él. Pero los pasos se acercan. Y cuando ella empieza a correr, se ve el brillo acerado y cruel de un cuchillo —Ariel agarró a Booth por los hombros y fingió desmayarse sobre su regazo. Booth sonrió. Le dio un leve tirón de pelo y ella abrió los ojos.

—¿Y luego?

—Conque quieres saber más, ¿eh? —irguiéndose de nuevo, Ariel apartó el guión—. Un grito se le huela en la garganta, pero antes de que pueda dejarlo escapar, se oye un estruendo, un ruido de cristales rotos. Amanda se despierta sobresaltada, con el rostro empapado en sudor, jadeando. ¿Lo ha soñado, o lo ha oído de verdad? Asustada y al mismo tiempo irritada consigo misma, se levanta de la cama —balanceando los pies sobre el borde de la cama, Ariel se levantó mirando las puertas con el ceño fruncido, como haría Amanda. Se apartó distraídamente el pelo de la cara y tendió la mano hacia la lámpara de la mesilla de noche—. Tal vez haya sido el viento —prosiguió—, o quizás un sueño, pero sabe que no podrá volver a dormirse a menos que eche un vistazo. La música sube de intensidad mientras ella abre la puerta del dormitorio. Corte para publicidad.

—Vamos, Ariel —exasperado, él la agarró de la mano y tiró de ella hacia la cama.

Ella le rodeó el cuello con los brazos, poniéndose delante de él.

—Ahora es cuando te recomiendan el mejor modo para mantener el brillo de tus suelos sin usar cera.

Él le dio un fuerte pellizco.

—Es el Destripador.

—Tal vez sí —dijo ella batiendo las pestañas—. O tal vez no.

—Es el Destripador —dijo él con firmeza—. Y nuestra intrépida Amanda baja las escaleras. ¿Cómo se libra de ser la quinta víctima?

—La sexta —lo corrigió ella—. Yo ya lo sé. Eres tú quien tiene que averiguarlo —tirando de ella, Booth la hizo girar de modo que cayó sobre sus rodillas, riendo—. Adelante, tortúrame, hazme todo lo que quieras. No conseguirás que hable —uniendo las manos en tomo al cuello de Booth, alzó la mirada hacia él y sonrió. Y era tan hermosa, tan llena de vida, que Booth se quedó sin aliento.

—Te quiero, Ariel.

Booth sintió que los dedos de Ariel, posados sobre su cuello, se aflojaban, y vio que su sonrisa se desvanecía y que sus ojos se agradaban. A Ariel le pareció que alguien acababa de cortar el flujo sanguíneo de su corazón.

—Esa es una manera un tanto tramposa de sacarme el argumento —logró decir al cabo de un momento. Se habría levantado si hubiera tenido fuerzas para resistir la suave presión de la mano de Booth sobre su hombro.

—Te quiero, Ariel —repitió él, olvidando su plan de decírselo con delicadeza y en privado—. Creo que siempre te he querido. Y sé que siempre te querré —tomó la cara de ella entre sus manos. Los ojos de Arielse llenaron de lágrimas—. Eres todo cuanto deseaba y temía desear. Quédate conmigo —sus labios rozaron los de ella y sintió su temblor—. Cástate conmigo.

Ella se aferró a su camisa. Escondiendo la cara en su hombro, respiró profundamente.

—Tienes que estar seguro —musitó—. Booth, tienes que estar absolutamente seguro, porque nunca te daré un momento de reposo. Nunca dejaré que te vayas. Antes de volver a pedírmelo, recuérdalo. Yo no creo en la incompatibilidad de caracteres, ni en las diferencias irreconciliables. Conmigo, es para siempre, Booth. Para siempre.

Él le echó suavemente la cabeza hacia atrás. En sus ojos, Ariel vio fuego y pasión. Y amor.

—Tienes toda la razón —su boca sofocó la suave risa de Ariel—. Quiero que nos casemos ahora mismo —apostilló sus palabras con otro beso—. ¿Crees que podrán grabar todas las escenas de Amanda para que podamos tener más de un fin de semana de luna de miel?

Ariel estaba convencida de que nadie iba más rápido que ella. Pero, ahora, mientras luchaba por ponerse al paso de Booth, sus pensamientos se amontonaban. Casarse... Booth ya estaba hablando de boda y de luna de miel...

—Bueno, veamos... Después de que Griff salva a Amanda del Destripador, ella pierde al bebé y entra en coma. Las escenas del hospital podrían hacerse...

—Ajá —con una sonrisa satisfecha, Booth le besó la nariz—. O sea que Griff la salva del Destripador, lo cual significa que podemos borrarlo de la lista de sospechosos.

Los ojos de Ariel se achicaron.

—Eres una rata.

—Da gracias de que no sea un espía de otra cadena. Eres una ingenua.

—Conque sí, ¿eh? —exclamó Ariel, y se abalanzó sobre él de modo que Booth aterrizó de espaldas. Él la quería. Aquella idea la hacía tan feliz que se dejó caer sobre él, riendo. Antes de que Booth pudiera reaccionar, oyeron que alguien subía corriendo las escaleras.

—¡Ariel! ¡Ariel! Será mejor que eches un vistazo a... —Stella se paró de golpe al ver a Ariel y a Booth riendo, recostados en la cama. Escondió tras la espalda el periódico que llevaba en las manos y masculló una maldición—. ¡Uy! —con la ayuda de una sonrisa azorada, reunió todo su talento para que ninguno de los dos notara que se sentía levemente enferma y terriblemente preocupada—. Vaya, habría llamado si os hubierais molestado en cerrar la puerta —señaló con la mano libre hacia la falsa pared—. ¿Hacemos que salgo y entro otra vez? —«justo después de quemar este periódico», pensó ásperamente y, sonriendo, retrocedió.

—No te vayas —Ariel intentó levantarse, pero siguió dándole la mano a Booth—. Estoy a punto de concederte un inmenso honor —apretó los dedos de Booth—. Mi hermana, aunque sea una impresentable, debe ser la primera en saberlo.

—Desde luego.

—Stella... —Ariel se interrumpió al advertir un brillo extraño en los ojos de su amiga. Con eso le bastó—. ¿Qué ocurre?

—Nada. Que me he acordado de que tenía que hablar con Neal de una cosa, nada más. Mira, será mejor que vaya a buscarlo antes de que... Ariel se levantó de la cama.

—¿A qué querías que le echara un vistazo, Stella?

—Ah, a nada —había una advertencia deliberada en sus ojos—. Puede esperar.

Sin sonreír, Ariel extendió la mano con la palma hacia arriba. Stella apretó con fuerza el periódico.

—Ariel, este no es buen momento. Creo que será mejor que...

—Que lo vea ahora.

—Maldita sea —mirando a Booth por encima del hombro de Ariel, Stella le pasó a su amiga el periódico.

El explorador de la fama, leyó Ariel con ligero asombro. Aquel era uno de los tabloides de más baja estofa. Medio divertida, leyó por encima los grandes titulares.

—De veras, Stella, si esto es lo mejor que se te ocurre leer a la hora de la comida, me decepcionas —le dio distraídamente la vuelta al periódico y hojeó su contenido.

Detrás de ella, Booth notó la tensión que agarrotaba de pronto su cuerpo.

«LA LUCHA DESESPERADA DE LA REINA DEL CULEBRÓN POR EL AMOR DE UN NIÑO»

Bajo el titular en negrita había una granulosa fotografía de Ariel sentada con Scott en la hierba de Central Park. En un rincón de su mente, apareció aquel momento del domingo anterior que la cámara había congelado. Mientras miraba perpleja y asqueada la fotografía, no oyó que Booth se levantaba y se acercaba a ella.

Booth sintió de pronto un golpe en el estómago. No el golpe de un martillo, sino el de un puño que lo golpeará con todas sus fuerzas. A pesar de la mala calidad de la fotografía, el parecido entre Ariel y el niño que reía entre sus brazos era asombroso. El lazo de sangre era inconfundible. Al leer el titular, Booth sintió ganas de matar a alguien.

—¿Qué demonios es esto?

Sobresaltada, Ariel alzó la mirada. Scott no podía ver aquello, pensaba una y otra vez. Él no debía saberlo. Pero ¿cómo? ¿Cómo se había filtrado la noticia? ¿Habrían sido los Anderson? No, Ariel descartó de inmediato aquella idea. A ellos les interesaba aun menos que a ella que el asunto se hiciera público.

La fotografía... ¿quién la había tomado? Alguien la había seguido, pensó de pronto. Alguien había ido tras sus pasos y había averiguado lo de Scott y lo del juicio por la custodia. Pero ¿quién...?

Liz Hunter. Los dedos de Ariel se crisparon sobre el periódico. Naturalmente, tenía que ser ella. Ariel sabía de lo que era capaz. Una persona así. Liz no había podido perjudicarla profesionalmente, así que había dado el paso siguiente.

—Ariel, te he preguntado qué demonios es esto.

Ariel se concentró bruscamente en Booth. «Oh, Dios», pensó, «ahora tendré que abrirme paso entre toda esta miseria antes de poder explicárselo». Notó de pronto que a los ojos de Booth había vuelto el enojo y la desconfianza.

—Quisiera hablar contigo en privado—dijo con calma—. Abajo, en mi camerino.

Al darse Ariel la vuelta, Stella extendió el brazo, pero, impotente, lo dejó caer de nuevo. —Lo siento, Ariel.

Ella solo sacudió la cabeza.

—No importa. Hablaremos luego.

Mientras atravesaban los pasillos del estudio, Ariel intentaba pensar lógicamente. Lo único que veía era el despreciable titular y la brumosa fotografía del periódico. Cuando entró en su camerino, se dirigió directamente a la cafetera. Necesitaba ocupar las manos en algo. Oyó que se cerraba la puerta.

—No quería que te enteraras de este modo, Booth —respiró hondo mientras manipulaba el café—. No esperaba que esto saliera a la luz. He tenido tanto cuidado...

—Sí, mucho —él metió las manos en los bolsillos.

Ella apretó los labios y sintió que el tono de su voz le erizaba la piel.

—Sé que tendrás muchas preguntas. Si pudiera...

—Sí, tengo muchas preguntas —agarró el periódico que ella había dejado sobre el tocador. Él también necesitaba mantener las manos ocupadas—. ¿Estás pleiteando por la custodia de un niño?

—Sí.

Booth sintió de nuevo un golpe en el estómago.

—Adiós a la confianza.

—No, Booth —ella se dio la vuelta y se detuvo cuando un centenar de emociones en conflicto se agolparon dentro de ella. ¿Sería aquel el momento de tomar una decisión? ¿Tendría que elegir precisamen-

te cuando creía tener al alcance de su mano todo cuanto quería?—. Por favor, deja que te explique. Déjame pensar en cómo explicártelo.

—Estás pleiteando por la custodia de un niño —Booth recordó la crispación que había creído advertir en ella de vez en cuando y deseó hacer trizas el periódico—. Tienes un niño y no me lo has dicho. ¿A eso lo llamas tú confianza?

Confusa, ella se pasó una mano por el pelo.

—Booth, yo ya estaba metida en este lío antes de que nos conociéramos. No podía implicarte en algo así.

Booth sintió amargura.

—Ah, ya veo. Ya estabas metida en esto, así que no era asunto mío. Parece que tienes dos raseros para medir la confianza, Ariel. Uno para ti y otro para los demás.

—Eso no es cierto —comenzó a decir ella y luego se detuvo, confundida. ¿Tendría él razón?—. No pretendía que fuera así —empezaron a temblarle la voz y las manos—. Estaba asustada, Booth. En parte, temía que algo se filtrara a la prensa. Lo más importante para mí era que nada de esto afectara a Scott.

Él aguardó, intentando ser comprensivo mientras ella se enjugaba la primera lágrima.

—¿Así se llama el niño?

—Sí. Solo tiene cuatro años.

Booth se dio la vuelta porque el dolor que advertía en su cara lo estaba destrozando.

—¿Y su padre?

—Su padre se llamaba Jeremy. Está muerto.

Booth no preguntó si lo había amado. No hacía falta. Ariel había amado a otro hombre, pensó. Había tenido un hijo con otro. ¿Podía afrontar tal cosa, aceptarla? Apoyando las manos sobre el tocador, dejó que la emoción se apoderara de él. Sí, sí podía. Aquello no cambiaba a Ariel, ni lo que sentía por ella. Y sin embargo... Y, sin embargo, ella no se lo había contado. Era precisamente eso lo que lo cambiaba todo.

—¿Con quién está el niño ahora? —preguntó secamente.

—Con sus abuelos. No es... no es feliz con ellos. Me necesita, Booth, y yo lo necesito a él. Os necesito a los dos. Por favor... —su voz se convirtió en un susurro—, no me pidas que elija. Te quiero. Te quiero muchísimo, pero él es solo un niño.

—¿Elegir? —Booth encendió su mechero y lo arrojó sobre el tocador al dar la primera chupada al cigarrillo—. Maldita sea; Ariel, ¿tan insensible crees que soy?

Ella aguardó hasta que pudo controlar los sollozos que sentía en la garganta.

—¿Nos aceptarás a los dos?

Booth exhaló el humo. Bajo la superficie bullía la furia.

—Me lo has ocultado. Eso es lo que importa ahora. Difícilmente podría rechazar a un niño que forma parte de ti.

Ella extendió un brazo hacia él.

—Booth...

—Me lo has ocultado —repitió él, y ella apartó la mano—. ¿Por qué?

—Por favor, compréndelo. Si no te lo dije fue únicamente porque quería proteger a Scott. Ya lo ha pasado bastante mal. Temía que, si hablaba con alguien del juicio, pudiera ocurrir algo así —señaló el tabloide y luego se dio la vuelta.

—No hay nada que tú no sepas sobre mi vida, Ariel. No dejo de pensar que me has ocultado algo tan importante para ti. Todo este tiempo, casi desde el principio, me has pedido que confiara en ti. Lo habías conseguido, y ahora descubro que eras tú quien no confiaba en mí.

—Antepuse a Scott a todo lo demás. Él lo necesitaba.

—Tal vez pueda entenderlo si me explicas por qué renunciaste a su custodia antes.

—¿Renunciar a su custodia? —Ariel lo miró fijamente, pero las lágrimas empañaban sus ojos—. No sé a qué te refieres.

—¡Pensaba que te conocía! —estalló Booth—. Estaba convencido de ello. Por eso me enamoré de ti, a pesar de que había jurado que nunca volvería a hacerlo. ¿Cómo pudiste abandonar a tu hijo? ¿Cómo es posible que tengas un hijo y que no me lo hayas dicho?

—¿Abandonar a mi hijo? —repitió ella, aturdida—. ¡No, no! No es eso.

—Maldita sea, Ariel, has permitido que otras personas eduquen a tu hijo. Y ahora que quieres recuperarlo, ahora que estás metida en algo tan serio como una batalla legal, pretendes hacerlo sola. ¿Cómo puedes quererme, cómo puedes pedirme que confíe en ti y no contármelo?

—Temía decírtelo a ti o a cualquiera. Tú no entiendes cómo le afectaría a Scott.

—¿O cómo te afectaría a ti? —él señaló de nuevo el periódico.

Ariel respiró hondo y apenas pudo controlar el deseo de negar compulsivamente aquella acusación. Tal vez se mereciera todo aquello.

—Solo pensaba en Scott —dijo suavemente—. El juicio por su custodia difícilmente podría dañar mi reputación. Como tampoco la dañaría tener un hijo de soltera. Aunque Scott no es mi hijo. Jeremy era de mi hermano.

Booth la miró fijamente. Nada tenía sentido. A pesar de su ofuscación, sentía que en los ojos de Ariel no debía haber lágrimas. Sus ojos estaban hechos para la risa.

—El niño ¿es tu sobrino?

—Jeremy y su mujer murieron a fines del pasado invierno. Sus abuelos, los Anderson, fueron nombrados tutores del niño. Scott no es feliz con ellos.

No era su hijo, pensó Booth de nuevo, sino el hijo de su hermano. Aguardó para calibrar su propia reacción. Y descubrió que seguía estando enfadado y dolido. Que el niño fuera o no suyo, no era la cuestión. Ariel le había mantenido apartado de aquella faceta de su vida.

—Creo —dijo lentamente— que será mejor que empieces por el principio.

Ariel abrió la boca, pero antes de que pudiera decir nada alguien llamó a la puerta.

—Una llamada para ti, Ariel. En el despacho de Neal. Es urgente.

Reprimiendo su irritación, ella salió del camerino y se dirigió al despacho de Neal. Había demasiadas cosas que explicar, pensó. A Booth y a sí misma. Se frotó las sienes con dos dedos mientras alzaba el teléfono.

—¿Diga?

—¿Señorita Kirkwood?

—Sí, soy yo —frunció el ceño—. ¿Señor Anderson?

—Scott ha desaparecido.

CAPÍTULO 12

Ariel no dijo nada. Pasaron solo unos segundos, pero un centenar de pensamientos atravesaron su cabeza, amontonándose unos sobre otros sin orden ni concierto. Los músculos de su estómago quedaron paralizados. Sintió un vago dolor en la mano con la que sujetaba el teléfono.

—Señorita Kirkwood, he dicho que Scott ha desaparecido.

—¿Desaparecido? —repitió en un susurro. Aquella sola palabra conjuraba demasiados fantasmas. Fantasmas aterradores. Clavándose las uñas en la palma de la mano, Ariel reprimió el pánico y se obligó a hablar y a escuchar cuidadosamente. Pero incluso el murmullo que profirió sonó tembloroso—. ¿Cuándo?

—Al parecer, hacia las once. Mi mujer creía que estaba en casa de los vecinos, jugando con su hijo. Cuando fue a llamarlo para comer, descubrió que no había ido por allí.

A las once... Ariel miró su reloj, sintiéndose enferma. Tres horas. ¿Adónde podía ir un niño en tres horas? A cualquier parte. Tres horas eran una eternidad.

—¿Han llamado a la policía?

—Por supuesto —su voz era áspera, pero parecía atravesada por un hilo de temor que él aturdimiento de Ariel no le permitía percibir—. Ya hemos buscado por el barrio, hemos preguntado a todo el mundo. Se ha hecho todo lo posible.

¿Todo lo posible? ¿Qué significaba eso? Ariel repitió la frase en su cabeza, pero siguió sin entenderla.

—Sí, claro —oyó el sonido hueco de sus palabras por entre el ruido atronador de su cabeza—. Enseguida estaré allí.

—No, la policía dice que es mejor que se vaya a casa y espere allí, por si Scott se pone en contacto con usted.

A casa, pensó ella. Querían que se fuera a casa y se quedara de brazos cruzados mientras Scott estaba desaparecido.

—Quiero ir. Puedo estar allí en media hora —su murmullo se transformó en una súplica desesperada—. Puedo ayudar a buscarlo. Puedo...

—Señorita Kirkwood —la atajó Anderson, y luego respiró hondo antes de continuar—, Scott es un niño muy inteligente. Conoce su dirección y su número de teléfono. En un momento como este es mejor admitir que es usted con quien quiere estar. Si... si le es posible contactar con alguien, será con usted. Por favor, váyase a casa. Si lo encontramos, la avisaré inmediatamente.

Una sola frase atravesó la cabeza de Ariel tres veces. «Si le es posible contactar con alguien...»

—Está bien. Me iré a casa. Esperaré allí —aturdida, miró fijamente el teléfono, sin darse cuenta siquiera de que lo había colgado ella misma. Maravillándose de poder andar aún, se dirigió a la puerta.

Claro que podía andar, se dijo apoyándose en la pared. Podía seguir adelante. Tenía que hacerlo. Scott querría verla cuando lo encontraran. Tendría muchas aventuras que contarle..., sobre todo, si tenía la ocasión de montarse en un coche de policía. Querría contárselo todo. Seguramente el teléfono estaría sonando cuando abriera la puerta de su casa. Seguramente Scott solo había estado soñando despierto, vagando por el barrio, nada más. Iban a llamarla, así que tenía que llegar a casa cuanto antes. Le parecía tener las piernas de plomo; apenas se sentía capaz de moverlas.

Booth estaba mirando la foto de Ariel y Scott cuando oyó que se abría la puerta. Se dio la vuelta con el periódico en la mano, pero las preguntas que se agolpaban en su mente se desvanecieron al ver a Ariel. Su piel parecía de pergamino. Booth nunca había visto sus ojos tan vacíos de expresión.

—Ariel... —dijo acercándose a ella—, ¿qué ocurre?

—Booth... —ella apoyó una mano sobre su pecho. Era cálido y sólido. Podía sentir el latido de su corazón. No, nada de aquello era un sueño. Ni una pesadilla—. Scott ha desaparecido. No saben dónde está. Ha desaparecido.

Él la agarró de los hombros con fuerza.

—¿Cuándo, Ariel?

—Hace tres horas —una primera oleada de pánico disipó su aturdimiento—. Oh, Dios mío, ¡nadie lo ha visto desde hace tres horas! ¡Nadie sabe dónde está!

Él apretó con más fuerza sus hombros al sentir que empezaba a temblar.

—¿Y la policía?

—Sí, sí, ya lo están buscando —sus dedos se curvaron, clavándose en la camisa de Booth—. No quieren que vaya, quieren que me marche a casa y espere allí por si acaso. Scott... Booth...

—Yo te llevaré a casa —le apartó el pelo de la cara con suavidad—. Nos iremos a casa y espera.remos la llamada. Lo encontrarán, Ariel. Todos los días se escapan niños.

—Sí —ella se aferró a aquella idea, y a la mano de Booth. Sí, era cierto. ¿Acaso no tenía que vigilar a Scott como un halcón cuando iban al parque o al zoo?—. Scott siempre anda soñando despierto. Puede que se haya perdido sin darse cuenta. Van a llamarme... Debería estar en casa.

—Yo te llevaré —Booth siguió agarrando la mientras ella miraba desorientada la habitación—. Cámbiate. Voy a avisar de que no puedes grabar esta tarde.

—¿Cambiar-me? —asombrada, Ariel bajó la mirada y vio que todavía llevaba puesto el camisón de Amanda—. Está bien. Me daré prisa. Pueden llamar en cualquier momento.

Intentó apresurarse, pero los dedos se le enredaban en las tareas más sencillas. Tenía que ponerse los vaqueros, pero su conciencia parecía apagarse y encenderse mientras se los ponía. Procuraba pensar con claridad, pero el martilleo de su cabeza se lo impedía. Intentar contener las náuseas la ayudó a despegarse. Le procuró algo tangible en lo que concentrarse mientras luchaba por atarse los zapatos.

Booth volvió enseguida. Cuando Ariel se giró para mirarlo, él advirtió su pánico.

—¿Lista?

—Sí —ella asintió y salió con él, un pie delante de otro, mientras imágenes de Scott perdido y asustado cruzaban a toda velocidad su imaginación. O peor, mucho peor: Scott montándose en un coche con un desconocido, un desconocido cuyo rostro era solo una sombra. Deseaba gritar. Se montó en un taxi. Booth tomó su mano helada.

—Ariel, no te pongas en lo peor. No es propio de ti. Piensa con calma —puso su otra mano sobre la de ella e intentó calentársela—. Hay un millar de razones inofensivas para que Scott haya desaparecido durante unas pocas horas. Puede que haya encontrado un perro, o que se haya ido en busca de una pelota. Tal vez haya dado con una piedra fascinante y se la haya llevado a algún lugar secreto para estudiarla.

—Sí —ella intentó imaginarse aquellas cosas. Sería típico de Scott. Pero la imagen del coche y el desconocido seguía atormentándola. Scott no temía a la gente, algo que ella siempre había admirado en él y que ahora la llenaba de miedo. Girando la cara sobre el hombro de Booth, intentó convencerse de que el teléfono estaría sonando cuando abriera la puerta de su casa.

Cuando el taxi se detuvo, Ariel se irguió de pronto y buscó a tientas el cierre de la puerta. Subió corriendo las escaleras antes de que Booth acabara de pagar al conductor.

Silencio. El silencio la recibió como una acusación. Ariel miró fijamente el teléfono y deseó que sonara. Al mirar su reloj, vio que hacía menos de media hora que había hablado con Anderson. No había pasado tiempo suficiente, se dijo mientras empezaba a pasearse de un lado a otro.

«Demasiado tiempo». Demasiado tiempo para que un niño estuviera solo.

«¡Haz algo!» Las palabras surcaban su mente a toda velocidad mientras trataba de encontrar algo sólido a lo que aferrarse. Ella siempre era capaz de hacer algo, fuera cual fuese la situación.

No había respuestas y, si no las había, tampoco había elección. Solo podía esperar. No tener respuestas, ni otra elección más que la espera... Oyó que la puerta se cerraba y se dio la vuelta. Alzó las manos y las dejó caer, impotente.

—Booth... ¡Oh, Dios! No sé qué hacer. Debe de haber algo que... lo que sea...

Sin decir palabra, Booth se acercó a ella, la envolvió en sus brazos y dejó que se aferrara a él. Era extraño que hubiera hecho falta algo así, algo tan terrible para ella, para que Booth se diera cuenta de que Ariel lo necesitaba tanto como él a ella. Todas las dudas que tenía y el enojo que había sentido porque le hubiera ocultado aquella parte de su vida, parecieron desvanecerse de pronto. El amor era más sencillo de lo que nunca había imaginado.

—Siéntate, Ariel —mientras hablaba, la llevó hacia una silla—. Voy a prepararte una copa.

—No, yo...

—Siéntate —repitió con firmeza—. Haré café, o te traeré un tranquilizante.

—No necesito un tranquilizante.

Él asintió, notando con alivio el tono áspero de su respuesta. Si estaba enfadada, aunque fuera solo un poco, no se derrumbaría.

—Entonces, voy a hacer café.

En cuanto Booth entró en la cocina, Ariel se levantó de nuevo. Le resultaba imposible quedarse sentada; no podía estar quieta. No debía haber aceptado volver a casa, se decía. Debía haber insistido en ir a casa de los Anderson a buscar a Scott. Allí no podía hacer nada... Nada. Pero si Scott llamaba y ella no estaba allí para responder... Oh, Dios. Se llevó las manos a la cara e intentó no echarse a llorar. ¿Qué Dora era? Al mirar su reloj, sintió que la acometía un primer sollozo histérico.

—Ariel —Booth llevaba dos tazas de café caliente y fuerte. Vio que ella se estremecía y que intentaba sofocar los sollozos, pero lágrimas corrían ya libremente por sus mejillas.

—¿Dónde estará, Booth? No es más que un niño. No les tiene miedo a los extraños. Es culpa mía porque yo...

—Basta —dijo él suavemente, pero su voz atajó los balbuceos de Ariel. Le tendió la taza y esperó a que ella le diera la suya. Le temblaba tanto que estuvo a punto de derramar el café. Ella se sentó otra vez—. Háblame de él.

Ella se quedó mirando un momento el café, como si no supiera qué era, ni cómo había llegado a sus manos.

—Tiene cuatro años..., casi cinco. Quiere un camión, un camión amarillo, para su cumpleaños. Le gusta fantasear —alzando la copa, tragó el café y, al sentir que le quemaba la boca, se calmó un poco—. Tiene una imaginación maravillosa. Puedes darle una caja de cartón y verá en ella una nave espacial, un submarino, una tumba egipcia. Lo ve de verdad, ¿sabes lo que quiero decir?

—Sí —él puso una mano sobre la de ella, sentándose a su lado.

—Cuando Jeremy y Barbara murieron, quedó tan perdido... Era maravilloso verlos a los tres juntos. Eran tan felices... —sus ojos se posaron en los guantes de boxeo que colgaban tras la puerta. Los guantes de Jeremy. Algún día serían de Scott. Sintió un nudo en el estómago. Empezó a hablar atropelladamente—. Se parece mucho a su padre. Tiene su mismo encanto, su misma curiosidad. Los Anderson, los padres de Barbara, nunca quisieron a Jeremy. No querían que Barbara se casara con él, y casi no se vieron desde su boda. Después... después del accidente, fueron nombrados tutores de Scott. Yo quería quedarme con él, pero parecía natural que se fuera a vivir con ellos. Tenían una casa, un jardín, una familia, pero... —interrumpiéndose lanzó una mirada desesperada al teléfono.

—¿Pero? —insistió él.

—No comprenden a Scott. Él finge ser un arqueólogo y excava un hoyo en el jardín...

—Eso molestaría a cualquiera —dijo Booth, esbozando una leve sonrisa.

—Pero no abriría hoyos en el jardín si alguien lo llevara a la explanada de arena del parque y le dijera que es un desierto. Los Anderson se limitan a castigarlo, en vez de encauzar su imaginación.

—Así que decidiste luchar por él.

—Sí —Ariel se humedeció los labios—. Si eso fuera todo, no habría iniciado el proceso. Pero ellos no lo quieren —sus ojos brillaron al alzar la mirada—. Solo se sienten responsables de él. No soporto pensar que vaya a crecer sin el amor que merece.

«¿Dónde está, dónde está, dónde está?»

—No será así —Booth la atrajo hacia sí para besar las lágrimas que se agolpaban en las comisuras de sus ojos—. Cuando consigas la custodia, nosotros nos ocuparemos de ello.

Ella se apartó cautelosamente, aunque seguía apretándole con fuerza los hombros.

—¿Nosotros?

Booth alzó las cejas.

—¿Scott no forma parte de tu vida?

—Sí, él...

—Entonces, también forma parte de la mía.

A ella le tembló la boca antes de que pudiera hablar.

—¿Sin preguntas?

—He perdido mucho tiempo en preguntas. A veces, no hay ninguna necesidad de hacerlas —se llevó los dedos de Ariel a los labios—. Te quiero.

—Estoy tan asustada, Booth —Ariel apoyó la cabeza en él. Y entonces el dique se rompió.

Booth la dejó llorar. Dejó que lo abrazara y extrajera toda la fuerza que pudiera encontrar en él. Él vivía de las palabras, pero sabía cuándo eran inútiles, por muy sabias que fueran. De modo que se limitó a abrazarla en silencio.

Llorar le sentaría bien, pensaba mientras le acariciaba el pelo. Le permitiría ceder al miedo sin ponerle nombre. Mientras ella lloraba, Booth deseaba que sonara el teléfono. Pero su deseo no se cumplió.

El dolor dejó a Ariel exhausta. Apoyada contra Booth, aturdida y desorientada, consciente solo del dolor hueco que sentía, intentó comprender cuál era la razón de su estado. Scott. Había desaparecido. El teléfono no había sonado. Scott seguía perdido.

—La hora —murmuró, mirando con ojos hinchados el teléfono por encima del hombro de Booth—. ¿Qué hora es?

—Casi las cuatro —contestó él, apesadumbrado. Le entristeció sentir que Ariel se sobresaltaba. Podía decidir docenas de cosas para consolarla. Todas ellas inútiles—. Haré más café.

Cuando llamaron a la puerta, Ariel miró a su alrededor, aturdida. No quería compañía. Ignorando la llamada, le dio la espalda a la puerta. Era el teléfono lo que importaba.

—Yo traeré el café —forzándose a moverse, se levantó—. Por favor, no quiero ver a nadie.

—Les diré que se vayan —Booth se acercó a la puerta preparado para cerrarle el paso a quien quiera que hubiera llamado. Al abrirla, vio a una joven con un pañuelo en la cabeza y un mono manchado de pintura. Entonces vio al niño.

—Disculpe, he encontrado a este pequeño a unas manzanas de aquí. Me ha dado esta dirección. Quería saber si...

—¿Quién eres tú? —le preguntó Scott a Booth—. Esta es la casa de Ariel.

—Soy Booth. Ariel te está esperando, Scott.

Scott sonrió, mostrando sus dienteillos blancos. Dientes de bebé, pensó Booth.

—Quería llegar antes, pero me perdí. Bobbi estaba pintando su porche y dijo que me traería.

Booth puso una mano sobre la cabeza de Scott y sintió la suavidad de su pelo, tan parecido al de Ariel.

—Le estamos muy agradecidos, señorita...

—Freeman, Bobbi Freeman —ella sonrió y miró a Scott—. No pasa nada. Puede que este jovencito se haya extraviado un poco, pero sabe lo que quiere. Y creo que lo que quiere es ver a Ariel y comerse un bocadillo de manteca de cacahuete. En fin, yo tengo que volver a mi porche. Hasta luego, Scott.

—Adiós, Bobbi —el niño bostezó con la boca muy abierta—. ¿Está Ariel en casa?

—Ahora mismo te la traigo —dejando que Scott se encaramara a la hamaca, Booth se fue a la cocina. Detuvo a Ariel en la puerta y le quitó las dos tazas de café de las manos—. Hay alguien que quiere verte.

Ella cerró los ojos.

—Oh, por favor, Booth, ahora no.

—No creo que acepte un no por respuesta.

Algo en su voz hizo que Ariel abriera los ojos.

El corazón le dio un vuelco. Pasó al lado de Booth y corrió al cuarto de estar. Un niño rubio se columpiaba alegremente en la hamaca, con los gatitos en el regazo.

—¡Oh, Dios, Scott!

El niño le tendió los brazos y Ariel se precipitó hacia él. Sintió el calor de su cuerpecillo y gimió de alegría. El pelo despeinado de Scott le rozó la cara. Podía sentir el leve perfume del jabón con que se había lavado esa mañana, mezclado con el sudor del día y el olor de las gominolas que atesoraba en los bolsillos. Llorando y riendo al mismo tiempo, Ariel se dejó caer al suelo mientras lo abrazaba.

—Scott, oh, Scott. ¿Estás bien? —de pronto sintió otra punzada de pánico. Apartándolo, examinó su cara, sus manos, sus brazos—. ¿Te duele algo?

—No —Scott frunció el ceño, un poco molesto— por la pregunta—. Todavía no he visto a Butch. ¿Dónde está?

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —Ariel lo agarró de nuevo y cedió al deseo de besarle la cara: las mejillas redondeadas, la naricilla recta, la pequeña boca—. Scott, ¿dónde has estado?

—En el tren —su rostro se iluminó—. Me monté yo solo en el tren. Para darte una sorpresa.

—¿Tú...? —Ariel lo miró, incrédula—. ¿Has venido solo desde casa de tus abuelos?

—Ahorré el dinero —orgulloso, se metió la mano en el bolsillo y sacó lo que le quedaba: unos cuantos peniques, dos cuartos de dólar y algunas gominolas—. Fui andando a la estación, pero se tarda mucho más que en taxi. En taxi no está tan lejos —afirmó con su lógica infantil—. Y pagué el billete yo solo..., como tú me enseñaste. Tengo hambre, Ariel.

—Ahora mismo comes algo —asombrada ante la idea de que hubiera viajado en tren solo e indefenso, ella lo tomó en brazos—. ¿Has ido andando hasta la estación y luego has venido en tren hasta aquí?

—Y solo me he perdido un poco, cuando Bobbi me ayudó. Y no me he asustado nada de nada —sus labios temblaron. Arrugando la cara, la escondió en el hombro de Ariel—. No me he asustado.

Todas las cosas horribles que podían haberle pasado cruzaron la cabeza de Ariel. Apretándolo contra sí, dio gracias a Dios.

—Claro que no —murmuró, luchando por contener la emoción—. Eres muy valiente y muy listo por haberte acordado del camino. Pero, Scott —le alzó la cara hacia ella—, no has debido venir hasta aquí solo.

—Pero quería verte.

—Lo sé, y a mí siempre me apetece verte —lo besó de nuevo solo por sentir el calor de su mejilla—. Pero te fuiste sin decirles nada a tus abuelos y estaban muy preocupados. Y yo también —añadió, apartándole el pelo de la frente—. Tienes que prometerme que no volverás a hacerlo.

—No quiero volver a hacerlo —empezó a temblarle de nuevo el mentón y se frotó los ojos con los puños cerrados—. He tardado mucho tiempo y tenía hambre, y luego me perdí y me dolían las piernas. Pero no me asusté.

—Ahora ya estás aquí, mi niño —sin dejar de abrazarlo. Se levantó—. Vamos a prepararte algo de comer y luego podrás descansar en la hamaca, ¿de acuerdo?

Scott se sorbió los mocos, acurrucándose contra ella.

—¿Puedo comer manteca de cacahuete?

—Claro —Booth entró en la habitación y vio que ambos giraban la cabeza hacia él. Scott podía haber sido hijo de Ariel, pensó asombrado. De pronto, sintió ganas de abrazar al niño—. Acabo de ver un sándwich de manteca de cacahuete en la cocina. Debe de ser para ti.

—¡Vale! —Scott se desprendió de los brazos de Ariel y corrió a la cocina.

Poniéndose en pie, Ariel se llevó la mano a la frente.

—Podría arrancarle la piel a tiras. Oh, Booth —musitó sintiendo que los brazos de él la envolvían—, ¿no es maravilloso?

Al anochecer, Scott se había quedado dormido abrazado a un viejo perro de peluche que había pertenecido a su padre. Butch, el gato de tres patas, montaba guardia a su lado, sobre un cojín. Ariel estaba sentada en el sofá, junto a Booth y frente al abuelo de Scott. El café se enfriaba en la mesa, entre ellos. Como siempre, el señor Anderson permanecía muy erguido. Su ropa parecía impecable. Pero en sus ojos había un cansancio que Ariel no había visto nunca.

—Podía haberle pasado cualquier cosa.

—Lo sé —Ariel deslizó la mano entre las de Booth, agradeciéndole su apoyo—. Le he hecho prometer que no volverá a hacer nada parecido. Usted y su esposa habrán estado muy preocupados. Lo siento, señor Anderson. En parte me siento culpable porque alguna vez he dejado que Scott comprara el billete del tren.

Él sacudió la cabeza y guardó silencio un momento.

—Es un chico valiente —consiguió decir al fin—. Y lo bastante listo como para saber qué tren tenía que tomar y a qué hora —sus ojos se concentraron en Ariel de nuevo—. Tenía muchas ganas de estar con usted.

Normalmente, aquella declaración la habría puesto sobre aviso. Ahora, tensó los músculos ya sensibilizados de su estómago.

—Sí. Los niños a menudo no entienden las consecuencias de sus actos, señor Anderson. Scott solo pensaba en venir aquí, no en el miedo que pasaríamos nosotros, ni en los peligros que corría. Estaba cansado y asustado cuando llegó. Espero que no lo castigue con excesiva severidad.

Anderson respiró hondo y apoyó las manos sobre sus muslos.

—Hoy me he dado cuenta de algo, señorita Kirkwood. No quiero a ese niño.

—Oh, no, señor Anderson...

—Por favor, déjeme acabar. No le tengo afecto, y no me gusta saber eso de mí mismo —su voz sonaba crispada, áspera y anciana. No tanto en años, pensó Ariel, como en actitud—. Me he dado cuenta de que su presencia en la casa es una fuente constante de disgustos para mi mujer. Scott le recuerda lo que perdimos. No voy a justificar mis sentimientos ante usted —añadió secamente—. El chico es mi nieto, y, por tanto, soy responsable de él. Sin embargo, soy un hombre viejo y no me siento inclinado a cambiar. No

quiero al niño y usted sí —se levantó mientras Ariel lo miraba fijamente—. Le notificaré a mi abogado mis sentimientos al respecto.

—Señor Anderson —aturdida, Ariel se levantó—, usted sabe que quiero a Scott, pero...

—Yo no, señorita Kirkwood —con los hombros erguidos, Anderson le lanzó una mirada fija—. Es así de simple.

Y de triste.

—Lo lamento —fue lo único que acertó a decir ella.

El señor Anderson asintió y se marchó.

—¿Cómo —comenzó a decir Ariel tras un momento de silencio— es posible que alguien no quiera a un niño?

—¿A un niño? —replicó Booth—. ¿O a sí mismos?

Ella se volvió hacia él, asombrada por un instante.

—Sí, se trata de eso, ¿verdad?

—Soy un experto en la materia. La diferencia es... —tiró de ella para que se sentara otra vez y la rodeó con un brazo, Ella apoyó la cabeza sobre su hombro—, que a mí alguien se ha abierto camino en mi vida y al mismo tiempo me ha abierto los ojos.

—¿Eso es lo que he hecho? —ella se echó a reír. Scott dormía en su cama, con los gatitos acurrucados a sus pies. Ahora podía quedarse así. Ya no habría más despedidas dolorosas—. ¿Abrirme camino en tu vida?

—Puedes ser muy cabezota —le dio un tirón de pelo y luego se apoderó de su boca—. Gracias a Dios.

—¿He de advertirte que, una vez me abro camino en un sitio, ya no hay quien me eche?

—No —él se movió para poder mirar a la cara a Ariel, que estaba sentada sobre sus rodillas—. Deja que lo averigüe por mí mismo.

—No te resultará fácil, ¿sabes?

—¿El qué?

—Aguantarme, si es quieres que nos casemos.

Él alzó las cejas e, incapaz de resistirse, ella trazó la forma de su ceño con la punta de un dedo.

—¿Si quiero?

—Te estoy dando una última oportunidad para escapar —medio en serio, Ariel apretó la palma de la mano contra su mejilla—. Yo suelo actuar impulsivamente. Prefiero vivir en el caos que en el orden. Lo cierto es que no puedo vivir ordenadamente. Y de un modo u otro me las ingeniaré para involucrarte en multitud de organizaciones caritativas.

—Eso aún está por ver —masculó Booth.

Ariel se limitó a sonreír.

—¿Todavía no he logrado asustarte?

—No —la besó y, aunque las sombras de la habitación se alargaban, ninguno de los dos lo notó—. Ni lo lograrás. Yo también puedo ser muy cabezota.

—Recuerda que también tendrás que vértelas con un niño de cuatro años. Un niño muy activo.

—Tienes una opinión muy pobre de mis energías.

—Oh, no —rio ella—. Pero estoy segura de que te volveré loco con mi desorganización.

—Mientras te mantengas alejada de mi despacho —replicó él—, puedes poner todo lo demás patas arriba.

Ella se abrazó a su cuello y se aferró a él un momento. Hablaba en serio, se dijo, llena de felicidad. Tenía a Booth y a Scott. Y, con ellos, su vida daría un nuevo giro. Se moría de ganas de saber qué le esperaba a la vuelta de la esquina.

—Pienso mimar a Scott —murmuró junto al cuello de Booth—. Y al resto de nuestros niños.

Él se retiró lentamente con una media sonrisa en los labios.

—¿A cuántos te refieres con «el resto»?

La risa de Ariel sonó suave y ligera como una brisa.

—Elige un número.

FIN